

MIGUEL SERRANO



**QUIÉN LLAMA
EN LOS
HIELOS**



II

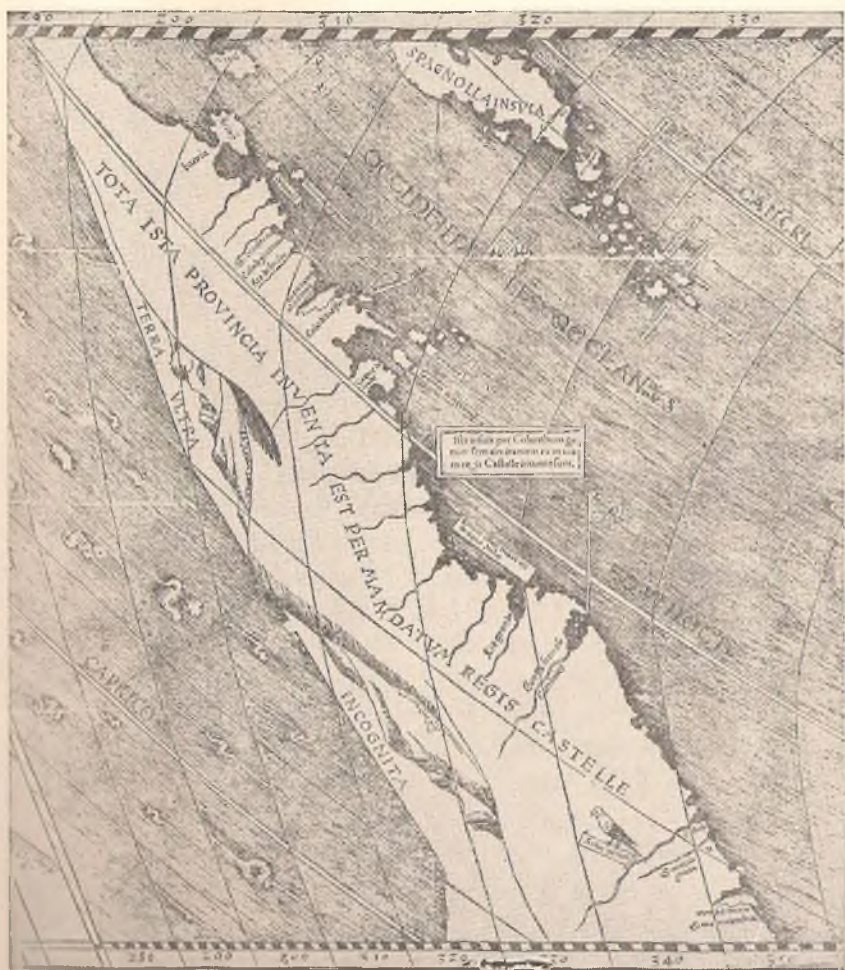
QUIEN LLAMA EN LOS HIELOS

Historia de la Búsqueda en la Antártida

II

QUIEN LLAMA EN LOS HIELOS

Historia de la Búsqueda en la Antártida



El Mapa de Waldseemüller.—Primera carta impresa en que apareció el diseño del continente americano (¿año 1507?)



Fig. 1. Map of the area of the study. The map shows the location of the study area (indicated by a rectangle) within the larger context of the region. The map is oriented with North at the top.

*A los que emprendieron
la aventura de nacer en el Sur.*

Ni por mar, ni por tierra encontrarás
el camino que lleva a la región de los
eternos hielos...

PÍNDARO

de los que comprendieron
la naturaleza de la obra en el 200.

En los años 30 por tanto, en los años 40
el camino que lleva a la región de los
cielos altos...

Financiero

*El mundo del futuro será el de la Nueva Antártida.
Puede que la nueva Antártida sea la vieja Atlántida.
Y antes y después el mar.*

He aquí un libro inconcluso. Muertos antiguos y otros recientes me ayudaron. He sido sólo un vehículo del amor eterno.

Por ello este es también el libro de la vida eterna. El libro del país austral de los hielos. Y del Sol Blanco.

La parte del libro que debió seguir, prefiero vivirla. Caminar, caminar, hasta reencontrar el Oasis del hielo, la Antártida interior, la sonrisa última, la tierna indiferencia, hasta juntarme de nuevo con mi Padre, muerto antaño.

Viajero pálido, he aquí el viento, he aquí todo lo perdido. Lo poco ganado. He aquí otra vez el mar...

Santiago de Chile, 1955.

EL MAR

He aquí el mar. Posibilidad de todos los caminos. Sangre y linfa de la tierra. Divinas máscaras de proa lo surcaron, lo hirieron, efímeras. Divinidades solares imagináronse triunfantes sobre el mar. Fue un día, un solo día; luego las olas extendieron manos y dedos, garras de espuma y hundieron montañas y templos. Al fondo de las aguas, entre el peso infinito y la sombría luz, crecen aún los viejos sueños, los orgullos invencibles de otro Adán. Viven ahí, donde la masa líquida apenas se mueve y los seres fríos no saben del aire que se prolonga encima del dorso de las olas y que, después de todo, tal vez sea la respiración del mar, el hálito y el vapor desprendidos de su cuerpo anciano, de su pesado trabajo.

Y vienen las olas, las olas, las olas. Unas tras de otras, alzan sus blancas espumas, sus yodos y sus sales, hacia la luz; guardan el sol en su repliegues de agua, lo envuelven, lo refrescan, lo proyectan en miríadas de reflejos en la soledad, en la vastedad de su desierto. Así también es la vida en el océano del tiempo. Puede que una ola recuerde a un bello navío, o a un náufrago solitario, y que por ellos piense durar eternamente, para narrar su historia a las algas y a las rocas de una playa imprecisa. Pero la ola sólo dura un minuto y no sabe si traspasa su experiencia, ni el reflejo de su sol, ni el recuerdo de su historia, a su herma-

na inmediata, para enriquecer la gran memoria del mar. El ruido y el canto son el lamento y el martirio de las olas. También la vida del hombre, de los animales, de los dioses, debe producir un ruido hondo sobre las playas del infinito, y sus alas se quebrarán y morirán sobre la roca en la que alguna ilusión más grande nos contempla.

(Yo me sostengo con dedos de espuma y me resisto en la resaca. Mi ola quiere curvar su espalda, hacer inmensa su forma, hundir un continente, transformar la tierra entrevista, no perderse otra vez en la amplitud inconsciente del mar. Mi yo es el reflejo diminuto del sol, guardado en los pliegues del agua instantánea. Si mi ola fuera capaz de desprenderse y sentarse sobre una roca, ¡ah, entonces, podría contemplar el mar como ese solitario de ojos oscuros, participando de su enorme memoria y de sus recuerdos! O bien, retornar, ampliando la luz del sol bajo las aguas, iluminando los recuerdos, los naufragios, las ciudades perdidas, las herencias olvidadas, y ser ya la luz de todas las olas, el sol fijo a través de sus muertes y retornos. La luz del mar, la luz verde, azul y blanca, que desciende y luego sube, desde las profundidades).

El mar existe aún para que lo contemplemos en profundidad. Hasta ahora la aventura en él ha sido externa. Guerras, conquistas, descubrimientos, corsarios. Se enfilaban las proas hacia playas distantes, se descubrían islas y continentes. Sobre el dorso del mar se transportaban el oro, los esclavos y la muerte. Pero nadie lo ha mirado hacia dentro, nadie lo ha buscado en su esencia y su razón. Por eso no saben que hay un río que desciende al fondo y que se interna en el centro del mundo; se dobla, vuelve sobre sí mismo y en seguida sube, rescatando su corriente hacia las alturas, desde los abismos del mar. Algunas ballenas enloquecidas quisieron surcarlo, pereciendo en el intento. Sólo tritones y sirenas remontan su sombrío curso, y también una barca con un anciano tripulante de barbas de agua. Pues este río es el río de los muertos, que se extiende más allá de la Selva Oscura, bajo la primera superficie del mar. Recorre al fondo las ciudades de la Atlántida, visita sus palacios sumergidos y los huesos distintos del antiguo Adán. Es allí donde penan grandes pecados, perversos sueños, fatídicas reminiscencias y donde árboles de coral pulposo se mecen sobre un caballo de auricalco. En el centro del mar, donde el río todavía no alcanza, caminan dos seres desnudos cogidos de la mano; son dos suicidas, son dos amigos. Sus cabellos sueltos flotan en la

atmósfera líquida. Observan el vacío contorno y van como volando, mueven las piernas y miran con el cuerpo, en la espera de un advenimiento. Buscan a alguien, en la imprecisa distancia de las aguas, en la soledad oscura, a alguien que debe llegar, a alguien que les dio una cita en el fondo del mar, y que tal vez navegue ya por el río de los muertos. Pero ellos están lejos de este río y ni siquiera lo conocen. Ellos existen entre la vida y la muerte.

Cuántas cosas.

Mar del Sur. Mar Pacífico. Sus olas son más grandes que los montes, más grandes que las esfinges de la Lemuria, que los templos de Mu, que los desiertos helados de Godwana, que las barreras de hielo de la Antártida. En medio de este océano crece una isla; en ciertas estaciones sube como una roca hacia los cielos y, en otros tiempos, se sumerge, siendo cubierta por el mar. En sus playas, por el borde de sus acantilados húmedos, hay una figura humana que se aleja, pero que vuelve su rostro hacia el mar y lo contempla con sus cuencas vacías y espantables. El Océano es el alma oscura, infinita, que la aprisiona, y ella es la forma efímera, una ola rebelde, el yo, un nuevo continente, otra vida, otra angustia: un intento de vencer al mar. Sin embargo, ¡cómo añora el seno profundo, el espanto, el horror, la noche del Océano! ¡Las tormentas del caos sobre la divina Memoria! Ya no puede dar un paso más... Por eso la isla volverá a hundirse.

Mirado desde aquí, el mar solitario guarda viejos recuerdos. La luna sobre sus calmas, las noches de tormentas, los barcos que lo surcan en todas las edades, y los bellos meses del sol. Su sal, su yodo, las espumas de sus distancias y los colores de sus intensos crepúsculos. En los lejanos tiempos, en sus azules días, hubo alas sobre las olas. Fueron los veleros de los tiempos clásicos. Vistos desde las colinas de la isla del oro, parecían seres con alas: alas de las olas; gigantes alados del cielo y del mar. Y entonces la música de todo cuanto un día pereció y de cuanto aún no viene y es ya una promesa en el azul del cielo, los acompañaba en su rielar dulce sobre las suaves olas. Semidioses quietos reflejaban en sus pupilas claras la visión amable, contemplada desde los palacios y los templos en las colinas de los antiguos continentes.

Hoy el mar es igual; el mar no ha cambiado. El humo de los navíos cruza su horizonte con una estela blanca. Y el sol de la tarde descende

rojo sobre el perfil de las olas lejanas. En las playas el viento curva los espinos y los grandes cardos, esparciendo los pétalos de una flor blanca. Pájaros negros se detienen sobre los esqueletos calcinados de las ballenas y en las rocas batidas por la resaca se oye un gemido prolongado y doloroso. Un frío lento desciende sobre el mar, mientras poco a poco se encienden las estrellas en el cielo.

Nada nuevo hay en esto. Y siempre sería hermoso, si no supiéramos que sobre el Océano, entre el cielo y el agua, se yergue el gigantesco dorso de un ser sombrío. Intensamente mira y maldice. Sus pies se hunden más abajo del mar, en el centro de la tierra, y su rostro contempla por encima del desierto de las aguas, hasta más allá de los últimos montes. Maldice a las estrellas, porque El es una estrella. Se entretiene con las olas. Y así juega con nosotros, porque es el *Espíritu de la Tierra*. Nos coge en una mano, nos aprieta y nos destruye. Luego lava su mano en el mar. Sin embargo, sus ojos están sombríos, porque sabe que algún día, en alguna parte, sobre este mismo Océano, el hombre lo vencerá.

LA CAMARA DE OFICIALES

Fue hace algunos años, en mi viaje a la Antártida y a bordo de una fragata de la Marina de guerra. Esa tarde, el mar, la sal y la espuma del mar me sanaron. Entonces, cogiéndome de los cables de cubierta, descendí por la angosta escala hasta la cámara de oficiales. El cuarto era de regulares dimensiones, con una mesa larga, de fierro y algunas sillas cómodas. Diseminados, había algunos hombres entre los cuales pude reconocer a mi amigo Poncet. Al verme, se levantó presentándome a los otros. Ellos interrumpieron momentáneamente la charla y me miraron intrigados. Yo era un civil. ¿Qué hacía en esta expedición? Luego volvieron a su tema y se olvidaron de mi persona. Un mayor de Ejército exponía sus planes de exploración para la Antártida. Le acompañaban un geógrafo y un astrónomo. Los marinos, con sus uniformes claros, escuchaban concentrados. De tiempo en tiempo alguno se levantaba y salía de la cámara. Volvía luego, con la luz del mar en las pupilas, y se acomodaba en el mismo sitio. En un rincón, silencioso, medio envuelto en la penumbra, se hallaba un hombre moreno y grueso. Cuando habló, supe que no

era militar, ni tampoco marino; era un comandante de Aviación. Terció en el tema para referirse a ciertos planes que él también acariciaba. En esa cabeza enmarañada, envuelta en nubes, yo creí adivinar mi estrella entre los hielos. Hasta él debería acercarme, intentando comunicarle mi esperanza y la ilusión de una gran aventura. Ibamos a necesitar del avión; sin él nos faltaría tiempo.

La fragata cabeceó un poco y por una de las ventanillas entró un rayo de luz roja, oblicua, que fue a dar sobre los cortinajes de la entrada, en el momento en que se descorrían para dejar paso a un hombre de uniforme. En él descubrí al médico de a bordo. Miró a todas partes; al reconocerme, su rostro se distendió en una sonrisa. Me saludó, diciéndome:

—Qué bueno verle. Vengo de su camarote y allí no le encontré; pero hallé esto.

Y me extendió un libro con tapas de pergamino.

—Me alegro que se encuentre en esta historia y en este buque. No sé a dónde vamos, ni si volveremos; pero, a lo menos, sé que será posible conversar sobre cosas viejas, sobre el mar...

En ese instante sonó un timbre prolongado, como una campana aguda, y todos levantaron la vista hasta el reloj; pero los marinos permanecieron silenciosos y no se movieron, como si estuvieran esperando a alguien. Y así era en realidad; porque la cortina de la entrada volvió a descorrerse y por ella apareció la figura del segundo comandante de a bordo. Se detuvo un momento en la puerta y saludó. Luego se quitó la gorra y, sentándose a la cabecera de la mesa, invitó a los demás a hacer lo mismo. Había llegado la hora de la comida. El capitán bajó el rostro sobre el pecho. Fue sólo un segundo. En ese momento el rayo de luz dio en su rostro y vi un perfil agudo, un rictus amargo, una indefinible tristeza. Parecía que de pronto oraba, o bien, que sufría un instantáneo desmayo. Sonrió y dijo algo, cualquier cosa. De improviso golpeó furibundo con el puño la cubierta de fierro de la mesa, increpando al marino que nos servía. El mayor de Ejército irguió la cabeza, bastante sorprendido. El comandante de Aviación se encogió de hombros. Yo me levanté, acercándome a la ventanilla. Apoyé ahí la frente, en el grueso vidrio, y miré afuera. Saltaba el agua, subía la espuma. Y lejos, en la línea del horizonte, surgió una sombra gris, larga y dura, envuelta en la

penumbra del crepúsculo. Era la tierra distante, el continente amado y desconocido, tal como apareció alguna vez a los ojos de los antiguos navegantes.

LA EXTRAÑA CONVERSACION DEL CAPITAN S.

La primera etapa de la navegación se cumplió en el puerto de Talcahuano, donde fondeamos durante todo un día. En el momento en que levábamos anclas, llegó el petrolero, que venía con un día de retraso y que era el segundo buque de la expedición.

Una fina llovizna caía sobre el muelle y sobre el mar esa mañana. Dentro del petrolero, en su cabina, el capitán S. llamó al ordenanza para que le ayudara a calzarse las botas. Después de ajustarse el uniforme, se caló la gorra. Cerró la puerta del camarote e inició el camino por las distintas cubiertas del buque, entre hierros, tubos y cajones amontonados. Desarmada, en piezas, se encontraba la base que se iba a instalar en la Antártida. Antes de descender al bote que le llevaría a tierra, el capitán S. fue hasta popa a echar un vistazo a los perros, que serían sus compañeros en el continente blanco. Los animales, al verlo, saltaron dando aullidos.

Después, el bote le llevó hasta el muelle subiendo y bajando sobre las olas grises.

El capitán evitó el encuentro con otros militares o marinos y no quiso hacer uso del auto del recinto, sino que esperó pacientemente un ómnibus que lo trasladara hasta Concepción.

En esta ciudad se veía bastante gente esa mañana, circulando por su plaza bajo la lluvia fina. Era domingo. El capitán S. continuó hasta la Ciudad Universitaria y allí descendió junto a los jardines y a las estatuas. Con paso ágil marchó por una de sus calles y llegó a la puerta de una casa. Un momento se detuvo a mirar hasta que pareció ver lo que buscaba. En una placa de bronce, adosada al muro, podía leerse: "Profesor Oliver Klohn". El capitán esbozó una sonrisa de satisfacción y tocó el timbre.

Por una rara casualidad el profesor se encontraba esa mañana en su casa. Del fondo del pasillo, en la penumbra, emergió su silueta voluminosa. Al ver a un hombre de uniforme pareció extrañarse un poco, aunque

su rostro jovial denotó agrado. Con acento alemán —erres muy pronunciadas—, saludó al militar, quien le expuso brevemente la razón de su visita: era el jefe de la nueva base que se iba a instalar en la Antártida. Deseaba conversar con el profesor, para consultarle sobre algunos puntos de interés.

El profesor Klohn rió alegremente. Tomándole del brazo, le hizo pasar a su gabinete. Era éste un cuarto lleno de libros, de papeles, animales disecados, microscopios, cuadros, condecoraciones, diplomas y recuerdos de la Antártida: huesos de focas y ballenas, cueros de pingüinos y petreles embalsamados. El capitán se sentó en una silla y el profesor, tras de su escritorio. Y fue así como empezó la conversación que aquí vamos a reproducir:

—Profesor, ¿cree usted que alguien ha vivido sobre ese continente que hoy llamamos Antártida?

—Es esta una pregunta curiosa... Scott encontró frente al Mar de Ross, en la Cordillera de la Reina Victoria, o por los montes Erebus y Terror, restos fósiles de hojas y cortezas de árboles correspondientes a una vegetación tropical. Trópico en los hielos. Esto vendría a corroborar la hipótesis de la migración de los polos, la precesión de los equinoccios y la teoría sustentada por Wegener acerca de la traslación de los continentes. Los continentes se desplazan a razón de tres kilómetros por cada millón de años... La Antártida fue trópico hace millones y millones de años. Según Wegener, todos los continentes estaban unidos en su origen, reunidos, ello hace unos cincuenta millones de años, en el período jurásico, o cretáceo y, luego, por diversas causas, entre otras la fuerza centrífuga de rotación de la tierra, se fueron dividiendo, partiendo, alejándose y formando lo que hoy es el mundo, una pluralidad de tierras dispares.

—Eso me parece bien, profesor. Todo deber ser igual en el universo. De la unidad se parte a la pluralidad, de lo indeterminado a la individuación. Para retornar algún día a lo indeterminado, a una nueva *reunión*. Yo he visto los esquemas de Wegener. Y ese continente único, central, se parece mucho a un feto recogido en el vientre de la madre. Luego se desprende, se estira, se levanta y tal vez sufre en la vida plural y consciente, en la separación. Y esto que acontece con los continentes, también sucederá con las razas. En el origen existió algún punto de donde el primer hombre partió, un solo punto; tal vez ese mismo continente central...

—¡Oh, no, capitán! Usted es demasiado imaginativo... Para retornar a su primera pregunta: ¿Hubo habitantes en la Antártida?... Pienso que para que este continente haya tenido un clima templado...; ¡cuántos millones de años! Y el hombre sobre la tierra tendrá a lo sumo un millón de años. ¡Si es que lo tiene! Un antropólogo afirma que el hombre llegó a América del Sur por la Antártida. Sus etapas fueron Australia, Nueva Zelandia, Mar de Ross, Tierra de la Reina Victoria, Península de Graham, Mar de Drake y Tierra del Fuego. Seguramente el Mar de Drake era más angosto y la cordillera en él sumergida aún conservaba muchas cumbres fuera del agua...

—¿No cree en un hombre autóctono de América?

—No. Yo creo como usted que al comienzo existió un solo punto; pero no tan lejano en el tiempo. No creo tampoco en la aparición plural y simultánea del hombre en lugares varios del planeta. Puede que el punto inicial fuera la India. Allí se habría formado una Alta-Cultura, extendiéndose luego al Asia y a las islas del Pacífico. El paso hacia América se habría efectuado por el Estrecho de Behring, de donde se habría corrido al extremo sur, con lentitud de siglos.

—A propósito de su afirmación, profesor, de que el hombre no puede tener más de un millón de años sobre la tierra, ¿no es Ameghino quien asegura haber descubierto en la Argentina señales del hombre y un esqueleto humano en los sedimentos del terciario?

—Así es, capitán, pero llama mucho la atención que el “hombre terciario” de Ameghino no se diferencie en nada de los indígenas patagones, de los tehuelches actuales. ¿Se da usted cuenta? Esto no puede ser. Mas, para su tranquilidad, le diré que en Africa y América también se han encontrado fósiles humanos de una espantable antigüedad, del plioceno y del mioceno. Son los *Australopithecus Africanus*, y su estructura no difiere gran cosa del *homo sapiens* y está lejos de semejarse al *Pithecanthropus Jabeanus*. También hay pruebas evidentes del paleolítico más antiguo en América... Pero yo soy hombre de ciencia y mientras todos los datos no estén recopilados y clasificados, me quedo con la certidumbre tradicional.

—Bien, profesor, en cuanto a su argumento sobre Ameghino, debo decirle que no me convence. Imagínese usted que ahora mismo terminara la civilización debido a un cataclismo, o por otras causas, y sólo queda-

ran seres humanos dispersos que, lentamente, desde una nueva barbarie, se encaminaran otra vez a la civilización. Al cabo de siglos, olvidando el pasado glorioso, restante sólo en una difusa leyenda, algún nuevo hombre de ciencia podría encontrar un esqueleto en un lugar del Africa o del Brasil; pero he aquí que ese esqueleto no es el de uno de nosotros dos, por ejemplo, sino que es de un salvaje contemporáneo nuestro, de un caníbal y, junto a este esqueleto, se encuentra otro de un chimpancé. ¿Qué pensaría ese hombre de ciencia? Desde luego, que la humanidad civilizada no tenía más que la edad de su propia historia, algunos cuantos milenios... Sin embargo, sin embargo... si de pronto excavara en otra parte, y encontrase su esqueleto, profesor, y su cráneo... ¿Qué diría? ¿Diría que no puede ser...?

El profesor sonrió.

—Ya veo, capitán. La teoría catastrófica de los ciclos. Por este camino usted me va a confesar que cree en la Atlántida. Pero la teoría de Wegener, precisamente, ha dado un golpe de muerte a esta creencia.

—¿Por qué? ¿Acaso no pudo ser la Atlántida ese continente único y central? Después de la partición y separación, trozos intermedios, u otros continentes aparecidos mientras tanto, pudieron hundirse catastróficamente en las aguas...

El profesor siguió sonriendo.

—Se olvida, capitán, que el principal apoyo de la teoría de Wegener es la coincidencia casi exacta entre promontorios africanos y depresiones sudamericanas, entre golfos y penínsulas, entre las dos costas de los continentes.

El capitán guardó silencio, miraba con sus ojos azules un punto vago del muro, entre los cuadros y los insectos disecados, y se quedó un momento con la barbilla sostenida entre las manos.

—Es cierto; pero eso mismo es lo que me hace dudar de la hipótesis de Wegener. Hay demasiada coincidencia, demasiada evidencia. Cuando esto sucede, es que el demonio anda metiendo su mano por allí para ocultar otra cosa que es la verdad y que no desea que nosotros veamos, porque con su luz nos cegaría...

El profesor se levantó de su asiento un tanto inquieto y comenzó a pasearse por el cuarto.

—¡Caramba, capitán! ¿Pertenece usted a alguna secta espiritualista? Me parece que a usted le interesa el ocultismo más que la ciencia positiva.

El capitán respondió presto:

—No, profesor, no pertenezco a ninguna institución de esas... Por lo demás, no veo por qué rehuir la lógica de los raciocinios cuando los datos faltan. Por ejemplo, ¿sabe la ciencia lo que es una *época glaciár*? No lo sabe aún... ¿Y no podríamos estar viviendo actualmente una época interglaciár? Las épocas glaciares han durado cientos de miles de años y algunas épocas interglaciares sólo treinta mil años. Viniendo una nueva época glaciár, la raza humana puede desaparecer. Y a lo mejor ya ha desaparecido antes en el inmenso pasado...

Como en un monólogo, el profesor habló fuerte, mientras se paseaba:

—Sí. ¡Qué sabe la ciencia! Es cierto, es cierto... Se dice que los índices cefálicos prueban la superioridad de la raza y la evolución del hombre actual. Pero la capacidad cúbica craneana del *Homo Musteriense* y del Neanderthal era superior a la nuestra según detalladas mediciones. ¿Entonces? ¿En dónde estamos? ¿Y el hombre del Cro-magnon, ha vuelto a aparecer sobre la tierra? Sólo en Grecia, tal vez, hubo una belleza y un equilibrio iguales... El cerebro es una cosa rara, muy rara; una vértebra que floreció, que se abrió como una flor y que en vez de suave o penetrante perfume, emanó ideas, pensamientos, es decir, perfume también, "flatús", "humus" cósmico... ¿Y por qué las demás vértebras no podrían florecer, expandirse, transformarse en cerebros? Entonces el hombre sería redondo, sí, redondo, como un planeta, como un astro y giraría tal vez en el cielo de la sabiduría, con todas sus vértebras pensando. ¿No es esto, capitán, lo que a usted le interesa? ¿No es esto lo que se llama ocultismo? O sea, pensamiento oculto, que no se dice, que no se confiesa al vulgo; pero que se medita callado, a veces, en la noche, cuando nadie y sólo Dios nos ve... A usted le interesa América, el sur de su patria; pues bien, yo, que soy un europeo, puedo decirle una cosa: esta raza de aquí, los restos que usted va a encontrar en los canales, no pertenece ya a nuestro cielo, corresponde a otro astro, a "otra tierra", y es hija de otro Adán. Puede que usted, por haber alimentado en esta tierra sus huesos, tenga algo de ella; pero yo no tengo nada en común y soy un rebelde de otro cielo... Esta raza de los canales es un resto del paleolítico y persiste aún junto a sus "conchales" y a sus "colitos", a sus piedras de la

aurora de la humanidad... Debiera creerse que hasta su albúmina es distinta... Mire, capitán, ¿sabe usted algo del hombre magdalenense? ¿Sabe algo de su arte? Esto le dará un indicio y le servirá de ejemplo para aquilatar la diferencia... Siempre me han preocupado las cavernas del período magdalenense. Es algo tan extraordinario, tan... ¿cómo decirlo...? *unitivo* y, al mismo tiempo, *leal*; externo, lejano... A la vez que se penetra del objeto representado y lo ve por dentro, se coloca fuera y lo mira, lo contempla, con un alma sensible, fina, tierna y delicada. Tal delicadeza no ha existido aún en nuestro tiempo. El artista de las cavernas de Altamira, que pintó un bisonte en la roca oscura y misteriosa, vio tal vez en el animal a un dios perdido, un estado arcangélico irremediablemente pasado para su alma, y fue tal su dolor y su emoción que se retiró a lo más profundo y solitario de la caverna para recordarlo. Observe usted, capitán, ¿por qué, por qué ese antepasado del paleolítico no dibujó jamás un rostro humano? ¿Por qué no pintó su rostro sobre la roca? Quizá tenía vergüenza de sí mismo, de su desnudez indefensa de Adán. Había perdido el dios del animal y aún no encontraba al dios del hombre. Tenía vergüenza de sí mismo. Seguramente usaba máscaras de animales, trataba de imitar y compenetrarse de lo perdido, hacía una "comedia" de su vida. Y en ese estado intermedio, invocaba a Satán, como única escapatoria, es decir, encontraba en el arte su fuerza y su evasión en la "representación". Cuando se atrevió a pintar al hombre, lo hizo sólo en forma esquemática y simbólica, por medio de signos abstractos, que aún perduran. Imagínese a ese hombre, a ese "monstruo de sensibilidad", acurrucado en un lugar húmedo y sombrío de la caverna, usando cabeza de toro y pintando, reproduciendo de memoria, seguramente con los ojos cerrados, al animal amado y temido...

El profesor vociferaba y sus palabras salían a borbotones y con facilidad:

—¿Y qué pasó? Todo se acabó. El hombre del magdalenense dejó de pintar; ese arte sagrado se interrumpió de la noche a la mañana en forma misteriosa y repentina, y ya no hubo tradición que lo alimentara y perpetuara. Esa raza de hombres extraños desapareció de Europa. ¿De dónde venía, de qué lugar procedía su evolución, su magnífico equilibrio y su sentido del drama? Aquí sí, capitán, aquí puede ser que tenga un asidero el mito de la Atlántida. A lo mejor su desaparición coincide con

un gran hundimiento, con una catástrofe en el Atlántico... Pero hay algo más importante, que es adonde quiero llegar. Toda la investigación posterior ha hecho hincapié solamente sobre la pintura magnífica y naturalista de los animales, haciendo caso omiso de los signos esquemáticos en que se representaba al hombre. Sin embargo, para mí y para usted principalmente, es esto último lo que tiene más importancia. ¿Se da cuenta? Ellos nunca pintaron al hombre como una realidad. Es decir, lo pintaron como una fuerza, una energía, un arquetipo, algo que actúa, que se produce como un gesto, como un pensamiento, como una idea, como un símbolo, o una "representación", que no es real como un animal; pero que ya no puede perecer, porque se reproduce eternamente, siempre que haya alguien capaz de "pensarle", de interpretarle en su estructura simple, esquemática, cósmica, de signo. Es un drama y una comedia: la imitación y la interpretación de una fuerza. El hombre puede perecer; pero queda el signo. Y mientras haya cavernas en el mundo que conserven estos signos, aunque el hombre sea borrado de la superficie del planeta por una gran catástrofe, esos signos vibrantes le volverán a producir. Esto es lo que yo pienso, capitán. Y pienso más, creo que luego el hombre se desvió. Y que es aquí en América, en el Sur, donde podría retornar esta "sabiduría de las cavernas"...

EL ULTIMO SOL

Era el amanecer de un hermoso día de diciembre. Cuando la fragata penetró en el Canal de Chacao, yo dormía, así es que no vi las islas como piedras preciosas, ni el color turquesa de las aguas, ni la vegetación, ni los techos rojos de las casas. En torno a las islas seguramente navegaban lanchones y veleros y los pájaros iniciaban sus vuelos de adoración al sol.

Una dulce languidez me invadía y con tal de permanecer más tiempo tendido en la litera preferí quedarme sin el desayuno de a bordo. No veía el sol; pero lo presentía.

A mediodía subí a cubierta. A lo lejos se divisaba la silueta de la gran isla de Chiloé. Dentro de poco iba a cruzar el límite de las aguas que muchos años antes me retuvo, no siendo entonces capaz de sobrepasar

sarlo, y que ahora vencería fácilmente. Y hoy, como ayer, sentía el influjo del misterio de lo desconocido, la imperiosa corriente submarina que arrastraba al barco hacia "más al sur". Allá, en un horizonte nuboso, alguien manejaba un imán irresistible; las planchas de acero de la fragata eran fácil presa para su fuerza insaciable. Debajo de las tersas aguas, surcadas por a'egres toninas, manos y voces secretas aceleraban nuestra marcha, la hacían más exacta, nos alejaban del sol. Al fondo y abajo, fieles centinelas nos vigilaban y cumplían órdenes precisas. Y yo era la presa fundamental, pues me había preparado a través de estos años tal como en la antigüedad se preparaban las víctimas elegidas para el sacrificio. Y cuando crucé el límite, un estremecimiento de júbilo me recorrió, junto con pensamientos ansiosos por el universo ignorado que se abría ante mí.

El Canal Moraleda nos recibió rutilante, tibio, nos envolvió en su luz. A lo lejos aparecían las cumbres nevadas de la cordillera impenetrable, sobre el cielo de un azul purísimo. Esas regiones son casi desconocidas y están cubiertas de selvas vírgenes. Mirando los montes, dibujados con transparencias celestiales, pensaba en la Ciudad de los Césares y un perfume legendario se desprendía de las cumbres y los abismos. A mi lado, sobre cubierta, el *cameraman* de la expedición no se cansaba de hacer funcionar su filmadora; luego se quedaba contemplando, embebido en la luz.

—He pasado por aquí —decía—; pero esta luminosidad no me había tocado nunca.

Cerca de proa, debajo del cañón mayor de la fragata, que apuntaba con su boca tapada al horizonte, me senté a gozar del sol. Mi amigo Poncet se acercó.

—Disfrutemos de este sol —dijo—, es el último que veremos.

Se tendió de espaldas a contemplar la claridad del cielo y el vuelo suave de las gaviotas. En el mástil giraba la placa del radar, también con suavidad, como un pájaro aprisionado.

Todo ese día cruzamos a través de la luz. Después, junto al girocompás, conocí al arquitecto de la expedición.

—Usted no puede comprender —me dijo— lo que significa levantar viviendas en esos parajes. Es algo así como ser Dios y empezar a poblar el mundo; junto con las casas, me parece que estoy creando hombres.

El arquitecto era un experimentado navegante y, en el girocompás, me dio mis primeras lecciones de navegación.

Al atardecer, sobre la cubierta, en medio de un suave crepúsculo y del rielar tranquilo sobre las aguas, un brazo se extendió señalando la distante tierra:

—¡El Milimoyu!

Me estremecí. Allá, en el confín, cubierto de nieve blanca y rosada, nimbado de luz temblorosa, se perfilaba la cumbre de un monte esbelto y, en su cúspide, aparecían dos tenazas de cangrejo, como pretendiendo aprisionar el cielo.

“De cumbre a cumbre —pensé—, la sabiduría podría traspasarse, de Kailás a Milimoyu... Pero somos un continente vacío —no hay más alma que el alma de la tierra—, despoblado, sin dioses, sin hombres, sin animales. Nuestro camino es por un páramo, envuelto en luz ilusoria...”

Anclamos. Caen los velos bermejos del último crepúsculo. En ese anfiteatro de montañas los hilos de la noche se tejen. Todo es rojo. Sólo el agua conserva su transparencia de vidrio, o de espejo. Estoy solo en cubierta; me inclino sobre la cuerda de la baranda y miro. Entonces me parece distinguir un extraño movimiento del agua, que se hincha, comenzando a levantarse y un cuerpo parece estar a punto de aflorar en la superficie; gira un tanto y se moviliza, dejando una línea tras de sí en el agua. ¿Estoy seguro de lo que veo? ¿No será una ilusión de esta luz y de esta sombra? Ahora se va alejando. Entonces grito:

—¡Esperen! ¡Estoy aquí!

Pero la sombra ha caído, viene la noche. Siento que unos ojos me observan. No estoy solo sobre la cubierta.

LAS SOMBRAS

Nubes. Ha muerto el sol. De vez en cuando, entre los espesos humos del cielo, reaparece un breve instante y entonces un rayo se abre paso, derecho, violento, sobre el mar. La fragata se mueve silenciosa, tratando de alcanzarlo. Pero es inútil. Se cierran las nubes, vuelan pájaros

grises y ahora viene la lluvia, comienza su reinado eterno. Es una lluvia fina, constante, casi imperceptible, que forma parte del aire y del contorno; rebota sobre el mar, sobre alguna isla, sobre el ya distante archipiélago de los Chonos, sobre la tierra y las cumbres inexploradas del continente que al este limita con los canales, sobre el perfil de la isla Magdalena, que se acerca en el horizonte. Una vegetación distinta empieza a insinuarse. El verde profundo de los helechos se hace más escaso, el color menos variado y un olor a cosas podridas por la humedad lo envuelve todo. Los árboles se achaparran y el bosque es de hayas y robles patagónicos, curvados por el viento, doblados por el agua, apellinados, traspasados de humedad, con su corteza reblandecida y descascarada, hundiendo sus raíces en un suelo seguramente blando y pantanoso.

Todas estas regiones, con sus nombres precisos, se encuentran descritas minuciosamente en las cartas marinas y en otros libros. Yo no me detendré en nuevas enumeraciones. Después de estos largos años sólo me queda un recuerdo vago de nombres y lugares y la impresión fundamental de la sombra y la humedad. El sur de Chile, el sur del mundo, más allá de Chiloé, corresponde al reino de las aguas y de la sombra. Hay un sol esporádico que de vez en cuando descende como el rayo de la gracia al pozo del Infierno. Se dilatan los pulmones y se aspira humedad y un olor a vegetación empapada que viene de la tierra y de las islas; al mismo tiempo que abajo, en lo profundo, en lo submarino, se adivina una fuerza, una suerte de declive, que empuja hacia "más al sur", hacia un punto que debe ser el principio y el fin de lo frío y de lo húmedo. El sol se ha perdido; ha quedado atrás. Y con igual rapidez se ha borrado su recuerdo en la mente del que descende por estos silenciosos hilos de agua.

Me he puesto a recorrer el buque; he subido y bajado por la escala de hierro, mirando el paisaje, siguiendo el vuelo de las aves oscuras, vigilando la estela del barco y el fondo opaco de las aguas. De vez en cuando las toninas pasan veloces, como una sombra al fondo; o el cadáver de un pingüino escuálido es arrastrado junto a un atado de huiros. Se forman remolinos y embudos en el agua consistente y, ahí, cae la lluvia. El cielo crea bombas de nubes, techos bajos y una bruma helada sube y descende durante el día. En la cubierta hay algún marinero enro-

llando un montón de cordeles, otro coloca brea en la quilla de un bote. No se hablan, ni siquiera miran el contorno, van ensimismados, vueltos de espalda a la corriente gris del sur que los arrastra.

Así llegamos al Golfo de Penas. E iniciamos su cruce. Poco antes casi detuvimos la marcha esperando al petrolero, que venía al máximo de su andar para darnos alcance. Lo vimos pasar a estribor, en medio de la niebla. Es hermoso un barco navegando al máximo de su velocidad, partiendo el agua con la quilla afilada, que aparece y desaparece en el oleaje.

Entonces se desencadenó el viento y las aguas del golfo se encresparon y la lluvia azotó las cuerdas y los costados de nuestro buque. Comenzó la tempestad. Subí a la torre del comandante y me quedé en el castillo del lado de fuera, afirmado en la baranda y con el gorro impermeable sobre las orejas. Junto a mí se encontraba un marinero bajo, fornido, de cierta edad. Me miró y sonrió.

—Es mejor que se quede aquí. El aire impedirá que se maree. Este golfo es muy bravo.

Sonreí. Era un hombre rudo, un contraatastre tal vez. Me aconsejaba y, evidentemente, estaba contento de que los elementos se desencadenaran.

Las olas empezaron a subir por encima de la quilla, reventando furiosamente contra el pecho del buque. La fragata, cerrada como un submarino, toda de acero, era una cáscara que se zarandeaba, bajando y subiendo sobre el dorso embravecido del golfo. En un momento todo fue caos a'lededor; el viento silbando, truenos en el cielo, arrastrándose como montañas para caer sobre las aguas y hundirse en las profundidades; relámpagos como fogonazos entre la niebla y una rara claridad en el aire, a pesar del gris de la lluvia; las olas en danza de colinas y el cielo corriendo como columpio. Aferrado al barandal, junto al contraatastre, sentía también más allá del temor inmediato, una gran alegría y un impulso de desafío y de combate. Miraba el buque y lo veía impasible en medio del agua enfurecida, subir y bajar, desaparecer casi bajo el oleaje, para luego reaparecer, chorreando, bruñido, lleno de espuma, sudoroso. En la torre donde estábamos hubo momentos que nos pareció quedar perpendiculares al mar, con la cabeza hacia abajo. Pensé que nos hundíamos. Las olas, reventando por sobre la quilla, entraron hasta nuestra torre y nos hicieron sentir su frío sabor salado. Entonces miré arriba y vi la pan-

talla de radar girando imperturbable, con igual lentitud y serenidad; nada sabía de esta tormenta. Su especialidad era registrar sombras de sonidos, vibraciones de otra especie. El contramaestre extendió el brazo y me señaló el horizonte en torbellino:

—¡Mire, mire ahí! —gritó contra el viento—. ¡Ballenas!

—¿Dónde? ¿Qué cosa? —grité a mi vez.

Y a estribor, muy cerca, sobre la cima de una gran ola, se proyectó un chorro doble de vapor y de agua, en línea recta hacia arriba, y luego otro más, hasta tres veces.

—La tempestad las aleja de la costa, son cachalotes. Observe ahora su lomo. ¡Ahí pasa uno!

Eran las primeras ballenas vistas en medio de la tempestad. El contramaestre sentía renacer su ancestro de viejo pescador, junto con el alma de la aventura y de la guerra. Los elementos desencadenados nos unían en una comprensión que hincaba con seguridad sus raíces en la prehistoria. El chileno reencuentra su alma en medio de los temblores, de la tempestad o de la guerra, y entonces, se unifica, se ama y descubre la fe en el destino. Pero se hace necesaria una tormenta furiosa en el Golfo de Penas, o un cataclismo, para que las separaciones y los falsos dioses se sumerjan y el alma del guerrero esté dispuesta a coger de nuevo las riendas del paisaje.

Empapado y consciente, prestaba atención al silencio que se hace bajo la tempestad. Mi oído interior me decía que alguien reía a carcajadas dentro de las aguas y que era su risa la que ahuyentaba de esas profundidades a las ballenas. El bosque, los monstruos, los cetáceos, los hombres y la tormenta, éramos empujados por encima del golfo hacia una sombra aún peor.

Golpecé la puerta de la torre del comandante y alguien me abrió por dentro. Junto a los instrumentos y a las cartas marinas los oficiales dirigían la difícil navegación. El comandante apenas se volvió y me hizo una señal:

—Venga... Desde aquí esto se ve mucho mejor. De todos modos ha sido un buen bautizo para usted. El golfo se encarga de mantener su prestigio frente a los visitantes.

No veía al comandante de la fragata desde antes de nuestra partida. Ahora pude reconocerle con agrado. Era menudo y muy joven, con un

rostro claro y abierto. En torno al cuello llevaba una bufanda de seda blanca, su cabello aparecía rapado y sonreía, dando las órdenes con una serenidad inalterable y en voz baja.

Me acerqué al ventanal que se estremecía; a través del vapor, formado por las diferentes temperaturas que separaban su diminuto espesor, pude distinguir una explosión de luz, subiendo sobre las aguas de la tormenta. El rostro de los oficiales se iluminó con una claridad sulfurosa, y el buque se cimbró, inclinándose peligrosamente. Nos cogimos de lo que teníamos más cerca, afirmándonos unos a otros.

El rostro del comandante seguía impasible.

Más allá del horizonte apareció un arco iris. Una de sus puntas descendió hacia el mar y aquietó las olas, llenando de perlas verdes la superficie negra de las aguas; el otro extremo quedó oculto tras las nubes espesas, sostenido, quizá, por alguna mano que tuvo miedo de que se hundiera para siempre en las profundidades del mar. Porque, ahí abajo, cogieron la otra punta del arco iris y tiraron de ella hasta partirlo por la mitad.

NAVIDAD HACIA LA ANTARTIDA

Al final del Golfo se encuentra el Faro San Antonio. Cuesta llegar a él con los botes porque el oleaje rompe con fuerza y el tiempo es tormentoso. A menudo los hombres deben esperar durante meses para que los releven de su permanencia en ese Faro. El petrolero bajó una chalupa llevando a su bordo al dentista de la expedición para atender a uno de los guardafaros. Nosotros seguimos navegando.

La vida en la fragata se hacía rutinaria. Yo pasaba el día tendido en mi litera, sin leer, sin pensar casi, atento sólo a un tenue murmullo externo y a una suerte de embalsamiento interior que iba en aumento. Una tarde caminé por un pasillo. Al llegar a la puerta de un camarote, que me pareció ser el del comodoro de la flotilla, creí observar una sombra que se escurría y percibí un suave olor a tabaco mezclado con perfumes.

Un día después anclamos en una especie de rada o bahía. Era el 24 de diciembre. Esa noche sería Navidad. A las tres de la tarde descendimos un grupo en la chalupa ballenera y encallamos en una isla. Llovía, como siempre. Fue la primera vez que pisaba en esta tierra extraña y

mojada. Saltando sobre piedras y hundiéndonos en el agua alcanzamos hasta la playa. El aspecto de los oficiales y marineros era el de viejos lobos de mar con sus capotes negros impermeables. El primer olor que me asaltó, subiendo desde el suelo y viniendo del bosque inmediato, fue un olor soso, producido por la humedad de las raíces, de las hojas y de los helechos.

Buscamos un camino y empezamos a subir la pendiente de la isla por el lado abrupto. El arquitecto y los oficiales pusieron a cortar unas ramas y unas flores semejantes a copihues. Arriba, desde la cumbre, contemplé el paisaje. A través de ramas y árboles se perfilaba la línea esbelta de la fragata, al ancla en la bahía. Junto a mí, el fotógrafo estaba inclinado sobre una especie de almohadilla de hierbas diminutas, en medio de la cual asomaban sus cabecitas temblorosas, agitadas por el viento y la lluvia, perladadas de gotas, unas flores rojas y amarillas. Me las señaló y estuvimos largo rato contemplándolas. Algunos insectos caminaban sobre ese cojín de flores y de hierbas. Esa era toda la vida y la luz de estos parajes. Luego, también, unas lánguidas flores, creciendo en algún barranco umbrío, esparcidas y enfermizas, sobre el verde negro de las ramas y el castaño leproso de los árboles en la lluvia. Eran los coicopihues—que no pertenecen a la familia de los copihues—, entre el enmarañado y chato bosque de los robles y coihues patagónicos.

Al retornar a bordo, el arquitecto venía cargado de flores y de ramas. Eran para celebrar la Navidad.

Esa noche, el comedor estaba transformado. El arquitecto, en compañía de los oficiales hicieron los arreglos. Al centro de la mesa había una gran rama de árbol semejando un pino y junto a los cubiertos y a los licores, muchas de las flores pálidas y de las hojas sombrías.

Poco a poco el comedor empezó a llenarse con la oficialidad y con los expedicionarios civiles. Apareció el segundo comandante, siempre opaco, tenso. Luego el primer comandante, fino, diminuto, afable. A pesar de ello, no nos sentamos. Esperábamos. Tras un largo rato se abrió nuevamente la cortina y surgió una figura escuálida, de ojos hundidos. Vestía un uniforme lustroso y, por los dorados galones, todos supieron que era el comodoro. Saludó cortés y se sentó al centro, teniendo a sus lados al mayor de Ejército y al comandante de Aviación. Junto a mí quedaron el médico y el fotógrafo.

La comida de Navidad comenzó con un discurso de Poncet que recordaba a los familiares ausentes. Los ojos del segundo comandante se ensombrecieron.

Después de Poncet habló el aviador. Lo hizo en forma brillante y con énfasis. Los marineros de servicio se agolpaban en la puerta para escucharle.

En seguida el comodoro hizo venir al corneta de a bordo y le pidió que tocara una larga y aguda diana que, en medio de la noche y en el buque de acero, repercutió como un lamento extraño, vibrando a veces como grito, o alarido, que nos rasguñaba las entrañas.

Fuera, gemía el viento de la Patagonia y por algunos resquicios del buque, entre las planchas de acero, penetraba hasta nosotros y soplabá sobre nuestras almas, desmoronándonos y dispersando las palabras y las mejores intenciones. Ni este buque, ni estos hombres, ni fe alguna nuestra, podría subsistir junto a este paisaje.

A medida que pasaba el tiempo, todos se dieron a beber para protegerse de ese viento y de esa fina y constante lluvia que se adivinaba. El comodoro desapareció y, tras de él, el comandante. Entonces el médico se levantó y empezó a hablar de las navidades de la infancia y de los tristes juguetes lejanos: "¡Ah, los juguetes! ¿Dónde estaban ahora? ¿Cómo encontrarlos otra vez? Un cochecito con ruedas de madera, un caballo con la cabeza cortada... Y aquellos seres, aquellos seres, que del cielo y de la noche oscura nos trajeron los juguetes..." El médico se retorció las manos.

Yo escuchaba el viento, sentía la humedad y, más abajo, más hondo, escuchaba un pensamiento, veía un dios que no era el nuestro, con un rostro grande, de ojos malignos y alargados, alguien que estaba sosteniendo las islas, hasta que llegara la hora de asentarse sobre ellas, sobre los huesos duros de extraños despojadores. Ahí, en su reino sumergido...

PUERTO EDEN

Absurdo nombre. Como si pudieran juntarse dos extremos. El Edén y el Infierno.

Era muy temprano. La niebla tendía velos en torno a la lluvia. Alguien vino a despertarme para que subiera a cubierta. Había un movi-

miento inusitado y el ancla comenzaba a descender con su ruido profundo de cadenas. Vi que estábamos rodeados de islitas, que aparecían como manchas oscuras detrás del gris amanecer. Una luz mortal se abría paso con dificultad, apartando membranas sutiles, desgarrando los paños de agua.

En medio de las voces de órdenes dadas a los marineros y de su trajinar febril sobre cubierta, me pareció oír unos ruidos guturales que provenían del mar. Me aproximé y vi un enjambre de sombras deslizándose sobre el agua y unas canoas detenidas al costado del buque. Eran troncos de árboles ahuecados llevando a su bordo extraña gente. Hombres y mujeres harapientos, con niños hirsutos en los brazos. Las mujeres levantaban el rostro y hablaban a los marineros en un español monosilábico. Los rostros de los hombres, viejos a'gunos, eran cenicientos, como de cartón, y las crenchas de pelos tiesos y negros apenas si descubrían un trozo de frente, cayéndoles sobre las orejas y la nuca.

Los marineros les invitaron a subir y les compraron unos canastitos trenzados con mucha habilidad y llenos de cholgas y conchitas de mar. Recuerdo la impresión que me hizo una mujer semicubierta con trapos sucios y que sujetaba con un brazo a un niño desnudo y le daba de mamar bajo la lluvia. Sus piernas atrofiadas la sostenían sobre la cubierta de la fragata y los dedos de los pies, con los pulgares muy separados, no parecían de un ser humano. Permaneció insensible a la lluvia que caía, mientras el niño chupaba del pecho flácido. Esos seres venían del agua y vivían bajo el agua. Seguramente del pecho de la madre tampoco salía leche, sino agua.

A mediodía subió a bordo un hombre de largas barbas, vestido con el uniforme de la aviación. Vino en un bote tripulado por alacalufes. Era el Gobernador de la isla. Nos invitó a visitar su casa. Lo hicimos en uno de nuestros botes. Un muelle grande y bien tenido nos acogió. Al fondo se veía una gran casa. Mientras los demás se dirigían a su interior yo me dispuse a visitar los alrededores. Me alejé por la playa tratando de ascender hasta una región pantanosa, donde el fango verde del suelo parecía hervir de humedad, haciendo reventar unas burbujas de agua turbia.

Así llegué a unos montículos oscuros. Iba lleno de barro y de agua. Pude comprobar que los montículos eran rucas de pieles de focas y latas superpuestas. De forma cónica, se levantaban sobre el limo. A veces te-

nían colgados a su entrada los mismos canastos de paja que ya había visto. Un grupo de perros famélicos comenzó a ladrar. No se veía a ningún hombre o mujer. Solamente algunos niños. Observé que uno, al lado de un tronco cortado, defecaba. No quise mirar dentro de las rucas, pues un olor fétido salía de ellas. Entonces descubrí que el niño alacalufe se estaba comiendo sus propios excrementos. Con repulsión mezclada de piedad me alejé en dirección a la casa del Gobernador.

Al entrar en el pasillo me pareció volver al mundo conocido, a un resto de civilización, o a un arca en medio del diluvio. El aviador de la barba hablaba:

—En este clima, viviendo a la intemperie, lo peor que pudo sucederle a los indígenas fue que les vistieran. Las ropas se empaparon con la lluvia. Y vino la tuberculosis. Ya quedan muy pocos. Mientras permanecieron desnudos, eran fuertes.

El comandante interrumpió:

—Creo que Thomas Bridge ha descubierto más de treinta mil palabras en el idioma yagán. Es increíble. Esto no armoniza con el estado actual de las razas fueguinas y patagónicas. ¿Es posible que alguna gran civilización perdida haya desgajado de su tronco estas ramas moribundas y degeneradas?

En el centro de los pantanos, los cuerpos de esas razas dementes, lejanas, con universos de agua sobre sus siglos, se resisten aún a perecer, quién sabe por qué satánica fuerza. Se hunden en el fango y apenas si sus crenchas negras sobresalen ya. Esas crenchas rebeldes, hermanas del helecho y del milodón.

CON EL DOCTOR

El Espíritu surgió de las aguas; pero ya no está en las aguas. Ahora flota sobre el hielo. Allá lejos.

Antes de Puerto Edén habíamos pasado por la Angostura Inglesa. Es ésta una especie de lengua de mar muy estrecha, entre dos islas. Los bosques suben a ambos lados, casi por encima de la fragata y, a través de la espesa vegetación, caen unas vertientes de agua cristalina. Las mag-

nolias, los robles, las hayas y los helechos se enmarañan, entrelazando sus pastosas ramadas.

Aquella noche, mientras el buque avanzaba, siempre hacia el sur, hacia "más al sur", yo me agitaba en la litera envuelto en una angustiosa pesadilla: debía pasar por una angostura en la que quedaba cogido de los hombros. Y, al otro lado, al final, se abría un bosque donde brillaba la luz del sol. Ahí había un grupo de hombres extraños, vestidos con ropas de colores violentos y sentados en el suelo. Estaban comiendo. Por fin lograba zafarme y salir por el túnel, llegando hasta el grupo. Me detenía a su lado; pero los hombres no me veían, pues eran de otra edad. Entonces me inclinaba y miraba sobre ellos. Con espanto descubría que estaban comiendo excrementos.

Semidespierto me hacía una curiosa reflexión, propia de esos estados subconscientes: "Todo esto se debe a que no estoy durmiendo con la cabeza vuelta hacia el norte. Las vibraciones del polo son muy poderosas y chocan con las que tienden a proyectarse desde mi cabeza. Así nunca podré cruzar la *angostura*..."

Haciendo un esfuerzo, desperté. El corneta comenzaba a tocar la diana.

Esa mañana hubo una gran actividad en el buque. Desde el castillo, al lado de la torre de mando, me puse a observar lo que pasaba. Más abajo, un oficial estaba de pie, con las piernas separadas, manteniendo de este modo el equilibrio; tenía las manos cruzadas a la espalda y unos prismáticos al cuello. De vez en cuando gritaba unas órdenes. Abajo, en las distintas cubiertas, los marineros corrían silenciosos y los cañones de la fragata comenzaban a girar. Otros hombres, puestos en fila, se pasaban unos pesados proyectiles. Las ametralladoras y los cañones livianos también giraban, buscando en el cielo nuboso unos aviones invisibles.

A mi lado llegó el médico. Y después de observar un rato ese movimiento, me explicó:

—Hacen ejercicio de tiro.

Media hora estuvimos observando el trabajo de la tripulación del buque de guerra, hasta que me volví del lado del paisaje e indicándolo al médico, hice la siguiente reflexión:

—Qué extraño contorno, doctor, y qué poco tiene que ver con nosotros. Hay un desequilibrio hondo entre el paisaje y el hombre. Como

si nos faltaran órganos espirituales afines para captarlo y comprenderlo. O bien, estos órganos están atrofiados, perdidos al fondo de un alma remota, que no se atreve a asomar a la luz, a la expresión... En el centro de estas islas, de esta vegetación sombría y de esos lejanos montes, hay dioses ocultos que se han transformado en nuestros enemigos y que fueron amigos, alguna vez, de esas razas moribundas que hemos contemplado. ¿Qué secreto guardan, qué palabra quieren decir, cuál fue la que alguna vez pronunciaron? Sus almas flotan en estos parajes. Y nosotros queremos luchar contra estos dioses. Inútilmente... ¿En aras de quién?

El médico permaneció abstraído y dijo:

—Usted acaba de ver algo. Un ejercicio de combate. En este buque aprenderá mucho. El alma del chileno nuevo, del que nació de la mezcla con el español, está preñada de ansias de aventuras y de guerra. Y, sin embargo, no puede dar a luz. Ama la aventura, el dilatado espacio del mar, la conquista. Pero, en cambio, está obligada a vegetar en los puertos, en los tugurios, en los conventillos, en las oficinas fiscales. Dele usted aventuras, dele tempestad y guerra y será capaz de derrumbar los viejos dioses y saber lo que quiere de sí mismo... A lo mejor, es este el sentido de los viejos dioses, ésta su alma y la del paisaje, como usted dice...

La conversación quedó detenida. El médico tuvo que bajar y yo permanecí vagando por el buque. En la noche, continuamos la charla. Después de la comida, la cámara quedó solitaria. El se acomodó en uno de los sillones y yo me tendí en otro, poniendo los pies sobre una silla. El médico pidió un coñac, que calentó entre los dedos cerrados. De vez en cuando se llevaba el vaso a la nariz y aspiraba su perfume. Lo sorbía a pequeños tragos.

Intenté reanudar el tema enhebrado en la mañana:

—Los alacalufes que hemos visto están en su último momento. Parecen pertenecer a una raza que nunca hubiera salido de una semiconciencia. El misionero inglés Thomas Bridge, en su diccionario yagán, o yamán, recopila unas treinta mil palabras de esta raza fueguina, de la que en la actualidad no quedan casi representantes. El idioma de los yaganes era muy rico en variaciones y en voces, contrastando con sus costumbres y su organización primitiva y salvaje. Me parece pueril la explicación que se da para justificar la riqueza de sus vocablos; se dice

que durante las largas lluvias y tormentas debían permanecer en rucas, charlando y narrando historias, lo cual contribuyó a formar el idioma tan rico. Hay ciertos vocablos que corresponden a situaciones o costumbres inexistentes en la vida de los yaganes durante el tiempo de su encuentro con el hombre europeo. Cuando pienso en estas razas y en estos mundos del sur, no me puedo sacar de la cabeza la idea de un continente sumergido y de una remota cultura. Ameghino nos habla de Godwana y del mar que lo circundaba, el "mar andino", golpeando por el este sobre las legendarias estribaciones de los Andes, hasta hacer desaparecer al continente Godwana. Hoy, el mar ha cambiado y, por encima del continente sumergido, descarga sus olas sobre el costado oeste de la cordillera. Es cierto que esto acontecía en una era antiquísima; pero yo pienso mejor en la Atlántida; me obsesiona el recuerdo de ese niño alacalufe comiendo sus excrementos. Hay leyendas que afirman que los atlantes comían de los animales sólo sus detritus. ¿No habrá algo así como una perdida memoria, como un lejano hábito estampado en las células de estas hojas humanas aventadas de la Atlántida?

El médico permanecía silencioso, sorbiendo pausadamente su coñac. Continué:

—El peso de los hielos de la Antártida presiona el magma viscoso de la tierra y, en un juego de palancas, levanta a la Tierra del Fuego y a todo el sur del mundo, al mismo tiempo que el norte de Chile se sumerge. No sería raro que grandes trozos de Godwana reaparezcan con los siglos.

—Y todo esto —dijo el médico—, ¿para qué?

—Bien —proseguí—, hay algo más, a propósito de idioma. ¿Sabía usted que en el Perú se ha descubierto que los indios conocieron el lenguaje escrito y usaron el pergamino, al igual que los egipcios? Sin embargo, cuando los españoles llegaron sólo existía la escritura con hilos. Durante una gran epidemia consultóse al dios Huira Cocha y este dios informó que el mal era un castigo enviado al hombre a causa de la palabra escrita. Quemaron los escritos, y sus signos fueron olvidados. Cuando alguien quiso revivirlos, le quemaron a su vez.

El médico me contemplaba, ahora de frente, bastante perplejo e interesado. Pidió otro vaso de coñac y exclamó:

—¿Qué le parece! ¿Qué dice usted de esto?

—Yo digo que es extraordinario, que es como si todo se repitiera en este mundo. Considerar al escritor como a un ser nefasto, y maligna a la escritura, es común a la Edad Media europea, donde hasta la elocuencia se estimó cosa del demonio. Y, más lejos, Henoch también afirmaba el satanismo de la escritura. Como por un arco invisible y psíquico se unen los continentes y las tierras del mundo en determinadas certidumbres y creencias fundamentales, concepciones que se repiten en el alma individual. Yo debo confesarle que tengo serias dudas sobre el posible satanismo de la escritura. ¿En qué momento empezó a escribir el hombre? En el instante en que dejó de vivir, cuando dejó de *ser*. Entonces buscó un sustituto. Los signos sobre hojas o papiros ni siquiera fueron mágicos, como el trazado esquemático en las cavernas, o los signos en el aire; fueron simple alineación de figuras, historias contadas; artificio, o bien, algo demoníaco y que aún no comprendo... Lo extraño es que siempre los místicos rechazan la escritura por peligrosa, como perteneciente a una zona del alma que más vale no tocar, algo semejante a la magia... Sin embargo, el mago nunca ha sido un escritor...

Fuera, el agua comenzaba a golpear sobre la proa y se deslizaba por los costados del buque. Yo meditaba ahora siguiendo mis pensamientos. De lo más hondo, de alguna profundidad afín con ese drama de la historia de la raza humana, me debatía en una lucha tensa. Siempre sentí que escribir era contrario a la acción, a la vida y a la magia; que el ser realizado no podía verse hacia fuera. Que el *ser* era contrario al *hacer*. El acumular, contrario al dispersarse. Y que toda realización artística se cumplía a costa de las posibilidades efectivas de una realización personal o divina. Por esto, tal vez, la escritura es contraria a Dios; porque impide que Dios nazca dentro de uno. Distrae, no contrae; separa, no unifica. Hace creer que se vive y es lo contrario de la acción mágica, que es gesto y acción directa, simbólica y litúrgica. El arte es un sustituto y una tentación.

—¿Y la Biblia? —balbuceó el médico, con dificultad—. ¿Es también satánica? ¿Por qué se la llama entonces Sagrada Escritura...?

Estaba cabeceando. Pronto se quedó dormido en el sillón. Y entre sueños empezó a hablar. Me aproximé, pues me extrañaron las palabras que pronunciaba. Presté atención y claramente percibí que el doctor estaba hablando en sueño un idioma rarísimo. ¿Qué lengua sería? ¿Es posi-

ble que mientras el cuerpo duerme, el alma se ponga en contacto con el mundo circundante y capte el lenguaje de las razas que alguna vez lo habitaron? Allí, debajo de las aguas, existe un mundo perdido, que emerge a veces. Y algunos seres, sobrevivientes de ese pasado, también perduran. Las lenguas misteriosas de ese mundo, sus sonidos, afloran a la memoria de nuestra vida gracias al alma en pena de este médico que va conmigo a bordo, a través de la lluvia y de los canales de la Patagonia.

EL VIEJO NAVIO

Llegamos a Muñoz Gamero. Ahí se encuentra un pontón de la Marina, que sirve para abastecer de carbón a los escampavías que hacen el tráfico regular por los canales. En él permanecen algunos hombres durante los lluviosos meses del invierno y del verano.

Por el telégrafo se nos comunicó que a bordo del pontón había un enfermo; pedían al médico que le visitara.

Antes del mediodía la fragata atracó al lado del pontón. Para pasar de un buque a otro no había más que dar un salto por encima de ambos barandales. El médico y la oficialidad lo hicieron primero; luego algunos marineros y yo.

Fue así como me encontré en la cubierta de un viejo navío desmantelado. Todo estaba en ruinas. Alguna ancla rota descansaba junto a fierros enmohecidos y se diría que grandes telarañas cruzaban por encima de las escalas y los mástiles donde los hongos y el musgo se habían aposentado. Las cuerdas crujían y las tablas daban la impresión de estar a punto de partirse. Caminé despacio hasta proa y contemplé ese buque anciano. Varado en la rada, con el marco de los cerros boscosos de islas cercanas, era como las razas moribundas; pero tenía más dignidad y más grandeza. El aura de una vieja historia flotaba en su casco. Alguna vez ese barco fue joven; surcando los canales salió al mar en busca de aventuras y de vientos. Hombres navegaron en él. Seguramente tocó innumerables puertos; más allá de la lluvia y la tormenta descubrió el sol. Almacenó granos y productos; con ellos recorrió los litorales. Desde sus cubiertas, los tripulantes avistaron los confines, miraron las estrellas y trazaron las rutas de la navegación. También lo cuidaron con esmero; en su

vientre pulieron las máquinas y las pusieron en actividad. Los tiburones del Caribe y las ballenas antárticas lo conocieron a su paso y los vientos y los soles secaron sus cubiertas mojadas por la tempestad. Ahora se varaba solitario en el postrer rincón del mundo para esperar con vergüenza sus últimos días. Ya no tenía juventud. Era una ruina, lleno de astillas y de sombras. Pero tenía fantasmas. Los percibí mientras lo recorría, subiendo o bajando por sus podridas escaleras. Eran unos fantasmas antiguos, lejanos. Los propios fantasmas de mi infancia.

Descendí por una escalera al centro del navío. Entré en una sala amplia, que alguna vez debió servir de comedor, o de cámara. Las maderas estaban abiertas; por sus resquicios se colaba el viento frío de la Patagonia. Continué por un pasillo y abrí la puerta de un camarote. Una lámpara mohosa colgaba de una litera; por la ventanilla sin vidrios una planta estiraba sus ramas y empezaba a prolongarse hasta el interior. Crecía desde un tarro. Alguien debió cuidarla diariamente, para que sobreviviera en ese clima hostil. Era una planta de otra zona, cultivada aquí como un pensamiento, o un recuerdo.

Abajo, en las bodegas, se guardaba el carbón. Confundidas con él corrían las ratas.

Escuché voces que provenían de un camarote de popa y me encaminé en esa dirección. Desde lejos divisé un grupo de marineros junto a una puerta. Miraban dentro; cuando me aproximé, se apartaron para dejar pasar al médico y al comandante que salían acompañados de un suboficial. Este último estaba a cargo del pontón. Se explayó largamente, contando sus preocupaciones por la plantita que yo acababa de ver. Sus hombres le ayudaban a cuidarla. Su familia estaba lejos y hacía mucho tiempo que no la veía. Ahora, uno de los tripulantes se había enfermado y el médico ordenaba su traslado a Punta Arenas para hospitalizarle.

El enfermo era el telegrafista. Hubo que buscar a otro que le reemplazara en el pontón. Nadie deseaba quedarse y al comandante se le hacía duro dar una orden. Se jugó a la suerte la elección.

Los telegrafistas de la fragata eran dos. Asistí a la escena del sorteo. Con nerviosidad, pero sonriendo, los hombres echaron los dados sobre la mesa. Uno de ellos era joven y de rostro moreno. Fue el perdedor.

Entre bromas, los compañeros le ayudaron a llenar sus bolsas y a juntar su ropa. Fuimos a dejarle a cubierta.

Mientras la fragata despegaba, alejándose, el telegrafista permanecía de pie en el pontón, agarrado con ambas manos a la baranda de popa.

He ahí un hombre que no vería el fin del mundo, ni conocería los hielos de la Antártida.

CON EL AVIADOR

El corneta comenzó a tocar. Las agudas notas golpearon sobre los hierros del buque y, rebotando, vinieron a meterse violentamente en mi cabina, impidiéndome dormir más.

Me deslicé litera abajo. Mis compañeros de camarote se habían levantado antes de la diana. De seguro, cumplían sus trabajos a bordo. Eran tenientes de Marina.

Con un legajo de papeles bajo el brazo salí en dirección de la cabina de Rodríguez, el comandante de Aviación.

Rodríguez compartía su camarote con el mayor de Ejército y con el arquitecto. Ambos se encontraban fuera. El comandante, en cambio, recién empezaba a abotonarse la casaca. Al verme demostró alegría y se puso a conversar como si hubiese estado esperando mi visita. Tomó asiento y me explicó sus proyectos sobre un mapa.

—Aquí termina el mundo —me dijo—. Este es el Cabo de Hornos. Más allá, el Mar de Drake y, luego, los hielos... En el petrolero traigo un pequeño hidroavión, Vought Sikorsky, aparato de dos plazas. Intentaré volar, de regreso de la Antártida, por sobre el Mar de Drake, hasta el continente. Este vuelo debo terminarlo en Valparaíso. En un hidroavión Catalina el vuelo no ofrece dificultades; pero, en un Sikorsky, nadie lo ha pretendido hasta hoy. Necesito su ayuda para tomar algunas fotografías de Tierra del Fuego. Ellas me servirán como puntos de referencias para orientarme desde el aire. Las fotografías las revelaremos en la Antártida, a bordo del petrolero. En mi viaje deberé amarar en varios puntos de estas regiones, donde pueda abastecerme de combustible.

El comandante estaba lleno de entusiasmo. Durante largo rato estuvimos concentrados en su proyecto. Le escuchaba con mucha atención, pues, a mi vez, venía a proponerle algo. Cuando creí llegado el momento de hacerlo extendí también un mapa sobre la mesa.

—Fíjese en esto —le dije—. Es un mapa de la Antártida. Nosotros estaremos por aquí y no iremos más allá de la Península de O'Higgins. Apenas si llegaremos a la subantártida. Pero ¡cuán inmenso es este continente! Catorce millones de kilómetros cuadrados, de los cuales sólo se conocen unos dos millones, en su mayor parte sobrevolados solamente. Los meses del año en que se puede explorar son muy pocos y la niebla lo cubre casi siempre, como un velo protector. Y el misterio... ¿Sabe usted, comandante, cuál es el misterio? Este...

Y le señalé sobre el mapa unos puntitos, hasta cinco.

—Aquí está el más grande misterio de esta tierra. Son oasis en medio de los hielos. Oasis de aguas templadas, kilómetros y kilómetros de agua. Cuando los hielos caen a estos lagos interiores, se funden y, en su rededor, se crea una zona de clima menos frío, cubierta de nubes bajas, donde la vegetación y hasta la vida serían posibles en forma permanente. El origen de estos oasis se desconoce. Al comienzo se les atribuyó causas volcánicas; luego, se pensó en aguas de deshielos, o en fuentes termales. Pero ninguna explicación es satisfactoria. Hasta ahora se han descubierto cinco, la mayoría de ellos en la región de la Reina Maud, frente al África. Casi todos han sido vistos desde el aire. El corto tiempo disponible para explorar en la Antártida, la distancia y lo escondido de los lugares en que los oasis se encuentran hacen casi imposible situarlos, o alcanzar fácilmente hasta ellos...

Aquí me detuve.

El comandante de Aviación estaba visiblemente interesado. Se había inclinado sobre mi mapa y observaba.

—Aquí hay uno —dijo—, en la Península de O'Higgins.

Contuve la respiración.

—Sí, comandante. Aquí hay uno. Y esto es lo que quería comunicarle. Se halla al final de la Península O'Higgins. Para alcanzar hasta él nosotros tendríamos que valernos de un avión... De su avión.

El comandante se quedó mirándome, sin decir palabra. Aproveché para continuar:

—Es mucho más importante que su proyectado vuelo a través del Drake. Piense, piense... el misterio... ¿Por qué esas aguas son templadas? ¡Calor entre hielos! ¡Detrás de inmensas barreras! ¡Vegetación!

¡Vida!... ¿Sabe, comandante...? Creo que hasta es posible que encontremos a alguien viviendo ahí. Quién sabe si los restos del misterio...

El comandante Rodríguez cogió el mapa con ambas manos, se sentó y se quedó estudiándolo, con sus ojos oscuros.

ULTIMA ESPERANZA

La fina lluvia no cesaba. Caía día y noche, como una ceniza, como una sutil niebla. El olor húmedo de la vegetación se hacía persistente. A veces aparecían vertientes entre el enmarañado follaje, que caían desde grandes alturas, hasta el mar. El cielo estaba cerrado y la fragata se deslizaba siempre hacia el sur, suavemente, como empujada por una fuerza silenciosa. El punto al que íbamos debía ser el centro de la sombra.

Pero un día salió el sol. No fue encima de nosotros, pues siguió lloviendo. Apareció lejos, en el horizonte. El fenómeno fue extraordinario. Vimos una línea interminable de montes albos y luminosos. Era la Cordillera Darwin, continuada por la Cordillera Sarmiento. La región de Última Esperanza. Ahí dentro se encontraban las Torres del Paine, picachos enhiestos, que caen verticales; en sus bases golpean las olas. Ahora, en la lejanía, con el sol sobre sus cumbres, la cordillera parecía de nieve transparente.

Recogido sobre la cubierta, contemplaba. Imaginé la Ciudad de los Césares, pensé que no era posible que se encontrara en otro sitio, sino ahí. Extraño mito éste, susurrado por la tierra y por sus montes. Si alguien no lo conociera, ni hubiese oído hablar a hombre alguno de esta ciudad, al contemplar esos montes, el mito aparecería espontáneamente en su alma, como insinuado por el paisaje. ¿Qué hacer ahora? ¿Para qué seguir? Mejor sería detenerse y marchar a pie hacia el horizonte. ¿Para qué continuar esta peregrinación hacia la Antártida, cuando lo buscado tal vez estaba aquí?

Una duda grande me oprimió y, en un segundo, todo se me hizo diferente. La Antártida perdió su interés y la continuidad de mi viaje, su sentido. Hube de hacer un gran esfuerzo, tal como cuando semidormidos y a punto de despertar nos aferramos del sueño, para continuarlo. Quise seguir. Con un supremo esfuerzo lo conseguí. Me afirmé en la idea de

que la Ciudad de los Césares era una tentación, un espejismo, repitiéndome que la meta se encontraba en los hielos eternos. Me sostuve en la ilusión. Extraña cosa es la ilusión. Recrea nuestra vida, nos llena de misteriosa fuerza y transforma la realidad. Nos impide ver la realidad, es cierto. La inventa. Pero, ¿cuál es la realidad? ¿Dónde está? Envolviendo nuestra vida en fantasía todo es más bello y existe un camino que nos lleva con seguridad a otros confines.

En ese momento necesité de la ilusión para no desfallecer. Una sólida barrera subconsciente se levantó para impedir el asalto del escepticismo y del cansancio. Debía seguir adelante. No podía dejarme seducir por las tentaciones del camino. Únicamente en el blanco mundo encontraría lo que buscaba.

Alguien se me acercó. Era mi amigo Poncet. Indicándome con el dedo extendido los montes lejanos, me dijo:

—Allá, en las cumbres, van los límites que nos separan de Argentina.

Las nubes habían cubierto otra vez el horizonte y la visión de las montañas desaparecía. La lluvia volvió a mojarnos y la noche de los canales se acercó.

“Querido Poncet, el doctor dice que el hombre no se ha hecho para navegar, que su medio no es el agua; dice que es falso que en mil edades el hombre haya surgido de las aguas. No existe por esto herencia, ni recuerdo biológico. Lo que surgió del agua no fue el cuerpo físico, sino una luz, un espíritu. Por ello debe ser que mi cuerpo siente náuseas, las que van en aumento a medida que la corriente fatídica nos arrastra más al sur, siempre más al sur... Del mismo modo la eternidad no fluye espontáneamente del hombre y es falso que ella sea el medio propio en que se mueve. La eternidad es dura y también produce náuseas en la mayoría de los hombres; hay que aprender a navegar en ella. Somos una brizna y el alma no es inmortal. Lo que surgió de la eternidad no es el hombre, sino la luz del espíritu, y ella es como el mar. El alma y la conciencia son olas que en la muerte se pierden en el agua de la eternidad. Y la conciencia de este mar es igual a la inconsciencia y a la espesa sombra de la nada. Mi yo es sólo una pobre experiencia más, un débil grito que recogerá alguien en el manto de la memoria colectiva. Y

ya no volveré nunca si no es en la célula de un recuerdo distante. Cuando la humanidad se acabe, nos recordarán las piedras y cuando las piedras se terminen, sólo un puñado de luz astral. ¿Dime, amigo, tal vez tú creías que la eternidad era donada al hombre como un atributo de su estirpe? ¡Oh, no! La inmortalidad es relativa y sólo se consigue en lucha tenaz y despiadada. Tú morirás, el comandante morirá, todos morirán, porque sólo son "muertos que entierran a sus muertos"... Pero yo viviré, porque he abandonado padre, madre e hijos, he tomado mi cruz y sigo. Sigo el camino penoso de este sur... En lucha conmigo mismo, entre la ceniza y la lluvia que cae hacia el fin del mundo, donde nadie vive y los hombres semejan gusanos entre bosques sombríos..."

(No, no seré inmortal. Me faltan las fuerzas, me pierdo enredando mis vestimentas en los helechos del camino, mirando atrás, volviendo a desandar lo andado, destruyendo y formando estatuas. El gusto de su sal ya está en mis labios y he dispersado las energías y los años. Una vaga fuerza constante me empuja hacia los hielos, mientras pasa la hora de abrirme al Angel, o al Demonio, que esperan para recoger mis restos e inflamarlos, recubriéndolos de piel y luz de eternidad. Si yo cumpliera el pacto con mi alma y arrojara este libro al mar, recogién dome silencioso y frío dentro del corazón, tal vez recuperara mi esencia y encontrara el Oasis. Pero no sé qué fuerza, qué tentación diabólica de sacrificio personal me empujan, qué desco de proyectarme en espectáculo. Y también, qué esperanzas de transmitir un mensaje para que otros lo recojan y busquen el camino, cuando yo no exista ya...).

PUNTA ARENAS

La Ciudad del Gran Recuerdo

Tres días antes del final del año, nuestro buque enfiló proa en el Estrecho de Magallanes. Justo a esa hora se despejaron las nubes, se abrió el cielo y un bello sol iluminó las costas.

Permanecía en mi litera cuando un marinero me comunicó que el comandante de la fragata me invitaba para almorzar en su cabina. Me apresuré a aceptar, pues no tenía ocasión de conversar con el comandante desde la tempestad en el Golfo de Penas. Sólo de tarde en tarde le divisaba en el puente de mando, con su bufanda de seda blanca, atento a la navegación, o vigilando la construcción de una cabina de madera que se levantaba sobre el puente, en la cual habitaría durante la permanencia en los hielos. De este modo podría vivir al lado del girocompás y la barra del timón.

Entré al camarote del comandante cuando éste aún no había llegado. La mesa estaba servida con dos cubiertos, uno frente del otro y, en el centro, un ramo de flores de la Patagonia. En un ángulo, sobre una mesita escritorio, se veían una fotografía de familiares, unos catalejos, un cenicero en forma de rueda de timón y un crucifijo antiguo de madera.

El comandante entró y me invitó a sentar. Estaba muy contento por la proximidad de Punta Arenas y por la aparición del sol. Tocó el timbre y su asistente empezó a servir el almuerzo. Antes de abrir una botella de vino blanco me consultó, pues prefería beber agua mineral. Le indiqué que le acompañaría a beber de esta última. Mientras el comandante aludía a cosas de a bordo, yo aprovechaba para observarlo con detenimiento. Tenía un rostro muy joven y terso; pero en los ojos azules y en la frente despejada delatábanse las preocupaciones de un pensador; cuando se calaba las gafas para leer, parecía a un joven profesor absorto en sus textos. Era menudo y sus expresiones denotaban seriedad y buen humor. Después de una charla inicial dispersa e intrascendente me interpeleó, preguntándome por mis opiniones antárticas. El comandante deseaba que le informara.

Hube de responderle:

—Señor, es bien poco, o nada lo que sé. Nunca estudio de manera ordenada. Más bien me limito a sentir... Por ejemplo, de la Antártida lo ignoro todo; pero la *siento*... ¿De qué puede servirle esto?

Observándome, respondió:

—Por mi profesión debo estudiar; pero también prefiero sentir. Durante todo este viaje he estado "sintiendo" una corriente extraña debajo de la superficie, que nos facilita el trabajo de deslizarnos hacia el sur.

Me quedé perplejo; pero no le interrumpí.

—Mi aprendizaje náutico fue en submarinos. Pienso que alcanzar en submarino hasta la Antártida será algo muy interesante. Si los grandes cetáceos aprovechan estas corrientes profundas para navegar, ¿por qué no podrá hacerlo también un submarino? A mi regreso de esta expedición presentaré un proyecto. ¿Le gustaría acompañarme?

—Sin duda —le respondí—. A lo mejor podríamos cruzar por debajo de los hielos y...

Me interrumpí.

El comandante sonrió significativamente.

—Nos vamos envolviendo en una atmósfera especial —dijo—. He navegado varias veces por estos lugares; pero nunca he *sentido* esto de ahora. Debe ser sugestión. El hecho de ir hacia un mundo misterioso nos hace admirar el contorno de un modo diferente. Siempre quise llegar hasta la Antártida, desde mis lecturas del extraordinario viaje del almirante ruso Bellingshausen. Si no le cansa le narro algo de él... El 1.º de febrero de 1820, después de penetrar por el este en el continente helado, Bellingshausen exploró los bordes antárticos hasta alcanzar los 3º W.; en medio del *pack-ice* tomó un rumbo más al sur y cruzó el Círculo Polar Antártico. El *pack-ice* cerrado y los fuertes vientos le impidieron seguir hacia el sur. Se retiró al noroeste. Tras muchas vueltas y revueltas zarpó rumbo a Sidney donde arribó en marzo de ese año. El 11 de noviembre volvió a zarpar hacia la Antártida y en el meridiano 103º W. cruzó otra vez el Círculo Polar. En enero descubrió una isla, a la cual dio el nombre del zar reinante, Pedro I. Es esta una isla inmensa, en forma de jota.

El comandante hablaba en términos precisos y se hallaba transportado, como si conociese al detalle esas regiones, a las que iba por primera vez. Continuó:

—Lo más extraordinario le aconteció a Bellingshausen al seguir al norte y luego al este, cerca de las Shetland del Sur. Una espesa niebla envolvió sus barcos y no pudo avanzar. Cuál no sería su sorpresa al ver surgir de entre el tupido velo de la niebla antártica los mástiles de otro buque de nacionalidad desconocida. Parecía un fantasma del polo balanceándose en la cruda niebla. Al despejarse, se pudo ver un *sloop* norteamericano. Era el *Hero*, al mando del capitán Palmer... Los comandantes se entrevistaron a bordo del navío ruso. Bellingshausen semejava

un hombre de leyenda, con larga barba y uniforme imperial. El norteamericano le informó del mundo fantástico que les rodeaba. Había descubierto hacia el este un vasto territorio helado, con montañas visibles a la distancia. En honor del capitán norteamericano, los rusos lo denominaron Tierra de Palmer... Es ahí donde nos dirigimos hoy, a la Tierra de Palmer, Península de Graham, o Tierra de O'Higgins, como la llamamos nosotros. Palmer llevó a Bellingshausen a la bahía de la isla Decepción. En esta isla nuestro compatriota Andressen residió durante años y estableció su factoría ballenera... ¿Sabe usted que en Punta Arenas está la tumba de Andressen? Valdría la pena que usted la visitara.

El comandante pensaba seguir charlando de Bellingshausen, de Palmer y seguramente de Andressen, cuando sonó la sirena de a bordo. na de a bordo.

Se levantó apresuradamente.

Le seguí hasta cubierta. Aquí me esperaba jovial.

—Es el comodoro —me explicó— que ha hecho tocar la sirena para que salgamos a contemplar Puerto Hambre y Fuerte Bulnes. Estamos a la cuadra de este último.

Mientras yo observaba sobre la gris franja de tierra las distantes empalizadas del fuerte, el comandante disertaba, con el brazo extendido.

—Fue en 1500, cuando el más audaz y extraordinario conquistador español, Pedro Sarmiento de Gamboa, fundó ahí la Ciudad del Rey Felipe. Dejó cien hombres al mando de un capitán. Pero el corsario inglés Cavendish sólo encontró desolación y muerte. Las casas batían al viento y sobre el piso de las chozas yacían cuerpos helados. En las horcas, los cadáveres eran levantados horizontales por el ventarrón, como banderas flameando a la intemperie. Cavendish bautizó a este puerto con el nombre de Puerto Hambre, pues de hambre y frío murieron sus moradores... Quien lo fundara fue hombre de mala suerte y el más extraordinario conquistador de su época. En todo lo que emprendió le acompañó la fatalidad; más de alguna vez debió pensar que ello debía ser a la inclinación que en su juventud mostrara por la astrología, la alquimia y hasta por la magia. El Tribunal del Santo Oficio le tuvo en sus garras. De una voluntad tan acerada como su espada, Pedro Sarmiento de Gamboa no flaqueó jamás; pero quizá sí la sombra de la magia practicada, o del remordimiento, le persiguió con la desdicha... Nos-

otros los marinos sabemos que para navegar hay que elegir una sola ruta y, luego, seguirla sin vacilaciones. Las dudas, los credos distintos, los caminos entrecruzados, la magia en un buque de cristianos, o el pensamiento legendario a bordo de una nave de este siglo pueden acarrear la fatalidad...

PUNTA ARENAS

Punta Arenas, la ciudad del extremo sur, nos esperaba engalanada como en un día de fiesta.

Descendimos en los muelles con un tiempo magnífico. El sol ya no nos abandonó. Mientras permanecemos en la ciudad el cielo estuvo azul, lejano y transparente.

Punta Arenas es una ciudad limpia, barrida por el viento, tersa, lisa. La imagen que de ella me queda está asociada a una hoja de papel arrebatada por la ventisca; con furia la arremolinaba, la estrellaba contra algún muro y, en seguida, la quitaba de ahí para llevarla en vuelo veloz a través de las calles desiertas, entre los árboles inclinados. La hoja subía en el aire, luego descendía a las calzadas en busca de un refugio, de un escondrijo. A veces parecía encontrarlo; pero allí llegaba el viento a descubrirla. Y la hoja seguía subiendo, bajando, golpeada, sola, por las calles horizontales y limpias.

Anduve por la ciudad, sin rumbo fijo, husmeando el aire, experimentando esa transparencia, esa diafanidad. La luz era fría y la atmósfera delgada parecía trizarse al paso de los objetos, como si fuera un vidrio muy fino o una película sutil. Me parecía también que si yo saltaba iba a quedarme suspendido en el espacio, pues no habría la suficiente gravedad para traerme al suelo.

Caminé despacio, estirando las piernas tras los largos días de navegación. Contemplaba el mar y meditaba en los conquistadores que hasta aquí llegaron. Me preguntaba si ellos también habrían experimentado esta sensación de pausa, de espera anhelante que envuelve al estrecho y que es como un impalpable airecillo de otro mundo, un invisible repique de

esquilón y una voz sumergida en el viento que nos llama por nuestros nombres, desde más allá de la vida, del otro lado de las cosas. Son voces, son palabras hilvanadas, que vienen del "más al sur" y que nos susurran que en esta ciudad, que en este lado del estrecho, se acaban las cosas y las tierras; pero que más allá empieza "otro mundo", "otra realidad" y que tenemos que atrevernos a ir en su búsqueda.

Seguramente los conquistadores y los corsarios percibieron también este embrujo y se internaron con sus galeones en el misterio. Existe alguien que nos llama por nuestros nombres en Punta Arenas, un ser remoto envuelto en la niebla blanca de los hielos, que tira de nuestra alma y que ya nos tiene en sus dominios. La única forma de liberarnos es ir hacia él. De lo contrario estaremos perdidos y siempre retornaremos, sin saber por qué, a esta ciudad, para deambular como un cascarón vacío, como un fantasma a la espera de una revelación que aún no somos capaces de penetrar.

Los conquistadores contemplando el otro lado del estrecho, tal vez pensaron que aquí se acababa el mundo. Las fogatas de los onas sobre las distantes colinas deben haberles parecido los fuegos del Infierno. Con seguridad, se habrán preguntado: "¿Qué hay más allá?" Y se habrán respondido que bien valdría la pena aventurarse y averiguarlo, aunque se perdiera el alma.

Caminando llegué a un parque con árboles raquíticos y pinos macrocarpos. Había hojas dispersas. Cercana, se destacaba la mole de una iglesia. Me aproximé a su portal. Estaba abierto. Iba a entrar, cuando un sacerdote de una edad indefinida me hizo señas y me invitó a pasar por otra puerta, conduciéndome al interior de un edificio con apariencias de convento. Me guió por un pasillo hasta unas grandes habitaciones en las que se despidió, diciéndome:

—Estoy seguro, hijo mío, que a usted le va a interesar mucho ver esto. Puede que sea inclusive la finalidad de su viaje... Se encuentra usted en el Museo Salesiano de esta ciudad. Mire todo lo que quiera, busque. Ya verá, ya verá...

Y se alejó con una mirada penetrante, casi maligna.

Estuve un momento indeciso, solitario en medio de vitrinas con animales, con aves embalsamadas; había esqueletos de ballenas, piedras, yerbas, armas indígenas, flechas, canastos trenzados, lanzas. Comencé a ca-

minar, mirando todo con cansancio, casi distraído. Estaba pensando en el rostro del sacerdote y en la impresión de haberlo visto antes. Me detuve frente a unas fotografías. Una de ellas despertó poderosamente mi interés. Me acerqué para verla mejor. Me quedé inmóvil, mientras un escalofrío me recorría todo el cuerpo. ¿Cómo era posible? Ahí, en una borrosa fotografía sobre el muro, se encontraba el rostro de ese ser que me perseguía en mis sueños y visiones nocturnas desde mi infancia. Era el mismo rostro, con idéntico atavío: un cucurucho de cuero puntudo, de cuyos bordes sobresalían unas crenchas tiesas; el hombre tenía el pecho descubierto y sobre las espaldas, una piel de puma. El rostro era lampiño y me miraba con unos ojos malignos y alargados. Algo de arrogante y poderoso había en esa figura. En su mirada adivinaba gran familiaridad y cierta semejanza indefinida con la del sacerdote viejo que me trajo a esta sala.

Con esfuerzo me aproximé más; entonces, el rostro pareció extenderse en torno a sus pómulos anchos. Era aquel ser que me visitaba en los instantes fundamentales de mi vida y que siempre repetía: "Tú llegarás aquí, tú vendrás..." Ahora estaba ahí, en el muro de esta sala y en una fotografía brumosa. Al pie de la lámina pude leer con extrañeza: "Un Jon, mago selcnam de Tierra del Fuego". No había fecha, ni indicación del tiempo en que fue tomada.

Apoyándome en una columna me puse a contemplar ese rostro por largo rato. Pasado el primer miedo quise observarlo en sus menores detalles. Siempre mi visión de él había sido breve; en cambio ahora podía analizarlo a mis anchas. A medida que llegaba la noche y que la oscuridad invadía la sala del museo, de nuevo me pareció que ese rostro misterioso esbozaba una sonrisa y me decía: "Tú has venido..."

El círculo se cerraba.

Al día siguiente, el petrolero llegó al puerto y fondeó en el muelle, a un costado de la fragata. Tuvo que abastecerla de combustible. La escena era casi tierna, pues ofrecía semejanza con una madre alimentando a su cachorro. Sólo que la madre, pese a su mayor volumen, era inofensiva y el pequeñuelo mostraba sus cañones y toda la esbeltez de su línea de combate. El oleaje los mecía blandamente.

Cuando subí a bordo vi que una de las mangueras para el petróleo se había roto y que la leche negra saltaba por la cubierta de la fragata como un río espeso. Sorteando los charcos lustrosos me acerqué a estribor; por sobre un puente de madera, pasé a la cubierta del petrolero.

Fui a visitar a mi amigo el capitán S. Le encontré en su camarote. Conversamos largo rato y fue aquí donde él me contó su entrevista con el profesor Klohn, a su paso por la ciudad de Concepción. Le escuché con mucho interés y nada le dije de mi experiencia en esta ciudad de Punta Arenas.

AÑO NUEVO

Terminó otro año. A bordo de la fragata se sirvió una cena. Asistieron el comodoro, los comandantes y muy pocos oficiales. La tripulación tenía permiso para pasar la noche en la ciudad. De los civiles sólo estábamos ahí Poncet, el fotógrafo y yo. Fue una cena triste, llena de grandes silencios. Al dar las doce nos levantamos y nos estrechamos las manos. El comodoro hizo abrir unas botellas de champaña.

Después, todos se dispersaron; algunos en dirección de la ciudad y otros, de sus camarotes.

Quise ver la noche y me fui a sentar junto al cañón de proa, arrehujado en un abrigo de pieles. La luminosidad del cielo era extraña. Serían las dos de la madrugada, pero había una luz de atardecer, un azul tenue, una palidez de muerte, fría, de ultratumba. Parecía como que un cerco celestial de hielos invisibles proyectara visiones y claridades desde el firmamento. El cielo fino, delgado, se estremecía con repentinos temblores de luz, parpadeando, crujiendo como una película de escarcha que se triza. Y en el horizonte apareció una franja azul naranja, que se fue extendiendo hacia el cenit. Extasiado la contemplaba, pareciéndome escuchar sonidos, como si el color se transformara en notas, en velada música sinfónica, en coro de llamadas de otro mundo. Y la luminosidad sobre el mar ampliaba el horizonte, confundía las dimensiones, haciendo del tiempo una sola esfera: el pasado, con sus navegantes y sus viejos galeones y el futuro, con la voz profunda de la Antártida, envuelta en

el viento gélido y nocturno de esa luz. Era una llamada, una señal. La voz de la Antártida. Seguramente la escucharon todos los que en el pasado llegaron hasta aquí y se detuvieron alguna vez a contemplar el cielo de la noche. Porque en el furioso viento del estrecho hay también envuelta una llamada lejana. Los avezados navegantes habrán imaginado que más allá del estrecho y de las tierras que le siguen, cruzando el hosco mar, existe otro mundo incógnito. Viejos navíos se descubrieron varados entre los hielos antárticos. En el aire, en el agua, en la tierra, hay una corriente poderosa, irresistible como un torrente que se precipita al borde del último abismo y cae hacia el polo.

Después del largo trayecto entre grises vericuetos de canales, con la lluvia siempre encima, Punta Arenas es un alto en el descenso a los Infiernos. No es ya el Infierno. Más bien es como una escala de luz ultraterrena descendiendo a tan hondo pozo. Y desde aquí nos permite vislumbrar el otro extremo, la distancia de la gracia, el borde de las cosas.

Punta Arenas no es el final del mundo, un poco más que avancemos y vamos a caer en esa "otra realidad" que se adivina y para la que ya no parecen existir nuestros cotidianos valores. Los presentimientos me agitaban y me hallaba a la deriva, en el centro de unas aguas que han adquirido velocidad dramática y que se precipitan en los abismos. Y era demencia pretender sujetarse a rocas inseguras, o a débiles guijarros.

Sin embargo, lo estaba intentando.

EL GRAN RECUERDO

Temblaba. Y sin saber cómo, me dormí, arrebuñado en el capote.

Entonces escuché un ruido que venía del agua. Quise mirar; pero me encontraba casi paralizado. Esperé y el ruido se aproximó. Me pareció distinguir una figura que se detenía, luego daba unos pasos, acercándose. Estaba suspendida en el aire y se movía horizontalmente, sin tocar siquiera el piso de la cubierta. Cuando estuvo cerca reconocí a mi antiguo visitante. Era el mago del retrato en el Museo Salesiano, con su gorro puntiagudo y vestido ahora con sotana negra. En una mano traía un rosario y en la otra, el hueso de un animal extraño. Repasaba las cues-

tas con mucha rapidez y repetía una frase en idioma desconocido. Comprendí que el ruido era producido por las palabras que musitaba. Arrojó al mar el hueso y antes de hacer lo mismo con el rosario, me dijo: "Estoy repitiendo en mi idioma lo siguiente: "¡Tú has venido...!" Y lanzó el rosario al mar.

Otra cosa me llamaba en ese instante la atención. Los ojos de esa sombra proyectaban su mirada por encima de mí, como si se dirigieran a alguien a mis espaldas y su expresión no era la misma de antaño, menos aterradora, más humana y muy semejante a la del sacerdote que me había introducido en el museo. "¿No sería que el cura se había disfrazado con ese atavío, deseando sorprenderme?" Durante toda la escena no me abandonó esta idea. Y como me preocupara la insistencia de su mirada, me volví para contemplar a mis espaldas.

Descubrí otra figura desvaída, de pie, casi encima de la torre del cañón. En ese momento comenzó a descender, aproximándose. Entonces contemplé a un hombre vestido con armadura y casco. Blandía una tizona. Sin tomar en cuenta el lugar en que se hallaba daba mandobles sobre el suelo. No se oía, sin embargo, el ruido característico del acero al golpear contra el hierro, sino que debajo de los pies de ese guerrero aparecían trozos de pampas desiertas; más bien, saltaban guijarros y terrones. Le miré de cerca y sufrí una extraña sensación: nada me separaba de él; yo era él mismo; hasta estaba sintiendo la presión de su casco en mi cabeza y la empuñadura de la espada entre mis dedos. Me resistí un instante y, por última vez, le contemplé desde fuera, con gran trabajo. Era enjuto, con la piel pegada a los huesos, las mejillas hundidas y los ojos de un negro profundo, brillando con una fiebre apasionada, semejante a carbones encendidos. Después, ya no le observé como espectador, sino *sintiendo que era yo*, que las palabras que pronunciaba las decía yo mismo y que sus gestos eran ejecutados por mis miembros. Sin embargo, de algún determinado modo, permanecía también independiente y al margen de su persona. Las voces de su curioso español eran proferidas sin que ningún músculo mío las articulara, como resbalando de dentro afuera, independientes de mi voluntad. Estaba hablando de un rey y tomando posesión de unos terrenos. Con la espada confirmaba esta acción. Dirigíase a unos espectadores invisibles. La pampa solitaria ondulaba en derredor y un viento afilado traía olores salinos.

Mi primer visitante, el hombre del gorro en punta, se acercó aún más. Volviendo sus ojos hacia mí, dijo:

—Este es Pedro Sarmiento de Gamboa. Me parece que le has reconocido. Y no podía ser de otro modo. Porque tú fuiste él...

—¿Cómo? —respondí—. ¿Es la reencarnación?

—Palabras... Todos somos todos. Depende de los gusanos que le correspondan en herencia a tu forma. Busca dentro de ti y hallarás el mundo. Busca un poco más y me encontrarás a mí. Yo también soy tú... ¿Es que todavía no lo has descubierto?

Rió en forma desagradable. Y prosiguió:

—Ciertamente que tú eres más Sarmiento de Gamboa que cualquiera otra cosa. No has cambiado mucho desde aquellos tiempos. Pero voy a decirte algo que también revelé a ese pobre hombre. Porque has de saber que él, igualmente, me veía y fue por mi voluntad que vino hasta aquí. Soy el espíritu antiguo, primitivo, de estos lugares. Mi imagen es la sombra de la magia y de la sabiduría que envuelve a este mundo, impenetrable por otros caminos que no sean los que yo conozco. Sarmiento de Gamboa también creyó en la magia, es decir, buscó en el viejo pensamiento que ya se había perdido para la humanidad. Con su fe, llegó hasta aquí; pero se resistió. Interesóse mayormente en perseguir corsarios ingleses y en levantar ciudades efímeras en este inhóspito lugar. El signo de la Cruz, que es también el de la espada, le orientó a lo externo. Fíjate cómo la Cruz ha estado proyectando hacia afuera a la humanidad. Y, en la gran duda, él no supo *recordar*; en la vacilación, o en el miedo, atrajo sobre sí la fatalidad. Por eso tú, Pedro Sarmiento de Gamboa, has debido volver a estos territorios para sostener la prueba del *recuerdo*... Mas, antes, deberás contemplar tus muertos...

Sentí una corriente gélida. Me llegaba en ondas desde esa sombra. Obedeciendo a su insinuación me puse de pie y le seguí.

Pronto llegamos a un lugar siniestro. Las olas azotaban una playa llena de cascajos y huesos de grandes peces. Comenzamos a subir por la pendiente. Nos encontramos entre chozas con troncos y maderas carcomidos. Las ruinas de una iglesia proyectaban sus sombras sobre el terreno de la playa.

—Esta es la Ciudad del Rey Felipe —exclamé—. Aquí deben estar mis hombres esperándome.

—Sí, aquí están —me respondió—. Largo tiempo te han esperado. Jamás debiste abandonarles. Tú tenías que estar entre ellos...

Entonces contemplé un espectáculo macabro. Dentro de las chozas yacían tendidos restos humanos, devorados por los pumas. Cuerpos de hombres, de mujeres y de algunos niños. Semicubiertos de harapos, con pedazos de rostros, donde la barba había encanecido. Dedos amoratados, brazos consumidos a medias, muslos en los que los restos de ropa se entremezclaban con tiras de carne humana desgarrada.

Dentro de la iglesia, junto al altar rústico, vi más cadáveres. Al pie del confesonario un gran puma estaba devorando el cuerpo hinchado de un niño.

Me retiré hacia la plazoleta y llegué frente al Arbol de la Justicia. Aquí colgaban tres ahorcados y el viento furioso les levantaba horizontales. Sus cuerpos parecían disminuidos de tamaño.

—Ellos abominaron de tu nombre y del nombre de la casta de tu rey; por eso están ahí —me dijo la sombra—. ¿Y tú, dónde te encontrabas entretanto?

—Azotado por la tormenta —respondí—, que me empujaba hacia el norte y hacia el este. ¿Crees que les olvidé? Iba en contra de mi voluntad. Pensaba sólo en socorrerles. Pero los designios de Dios son inescrutables... Vámonos.

Caminamos por la estepa. Era de noche y nos sentamos junto a un arbusto. Mi acompañante extendió la mano y cogió un pequeño fruto.

—¿Lo has probado? —me preguntó.

—Sí; conozco su sabor. Es el fruto del regreso.

—Calafate, lo llaman. El que lo come vuelve siempre a esta región y a esa ciudad... Yo diría, más bien, que aquí volverán siempre aquellos que gustaron de su sabor, pero que no llegaron hasta el fondo de su recuerdo. El que estuvo aquí y nada vio, tarde o temprano retornará en las edades; porque en el camino eterno sólo le permitiré el paso si cumple con este requisito. Yo soy quien guarda el umbral. Nadie cruzará hasta los hielos sin mi autorización y sin que yo estampe mi signo en su frente... Mejor dicho, muchos pasan; son "los muertos", los que van y vienen por todas partes, los "exploradores". Esos van y es como si no fueran. Llegan hasta allí, miran sin ver, oyen sin oír, levantan viviendas. A éstos, ni siquiera les veo. No existen. Pueden pasar porque no me

preocupo de impedirlo. Pero alguna vez tendré que hacerlo; porque algún día cambiarán...

—Dime, ¿quién eres? —le pregunté—. ¿Y por qué te veo desde hace tanto tiempo? Te aparecías ya en mi infancia. Creo que eras mi compañero de juegos cuando niño.

La sombra rió otra vez.

—Mi raza nada tiene que ver con la tuya. Somos dos mundos distintos. Tú y yo no podremos juntarnos nunca. Solamente nuestros dioses podrían fundirse. A la inversa de tu humanidad, yo vengo del sur. Ustedes *van* hacia el sur, *deben* ir hacia el sur. Mi raza, por el contrario, procede de los hielos, de ahí viene y nuestra sabiduría es tan lejana y misteriosa como ellos. En un remoto pasado cruzamos todo ese continente al que tú vas hoy y, de allí, extrajimos la vitalidad. Tú crees que la humanidad es de ayer, yo sé que la humanidad es de siempre. Pero hay distintas humanidades, tan distintas unas de las otras como los vientos de la tierra, como tú y yo. Te he dicho antes que bien podremos ser una misma persona; pero, a la vez, somos diferentes. He ahí el misterio. Como hombres nunca podremos acercarnos; el camino de nuestras sombras no encontrarán jamás un puente; sin embargo, nuestros dioses podrían reencontrarse, hacerse uno. Sólo revistiéndote de la piel de Dios, podrás superar el tiempo y contemplar lo que fue inmutable.

Desde ese momento, a la vez que escuchaba esas palabras, empecé a contemplar. Y era como si de mí sustrajeran un largo discurso entretendido con visiones.

“¡Avalón, Avalón —me decían—, la ciudad de las manzanas! ¡Qué bellas manzanas de oro hubo en otro tiempo! ¿Recuerdas? Animales amables y emblemáticos te hablaron de las frutas. Y ahí, en ese mundo perdido, en ese continente central, crecía un árbol. ¿Era un manzano, o era un ceibo? Era una Madre Ceiba. Creció desde el Infierno, desde el centro de la tierra y cruzó con su follaje la superficie dura y alcanzó hasta los trece cielos. Los hombres subían por él para gustar las doradas manzanas. En torno al tronco estaba enrollada la serpiente de Quetzalcoatl y de Bochica; las barbas de Bochica con bellas plumas de quetzal. Ella, la serpiente, le prestaba sus alas a los hombres para que pudieran subir. Mas, ¿qué sucedió? ¿Por qué el paraíso de Avalón se transformó en la lejana, la antigua Ciudad de los Muertos? La serpiente era la luz y, de

pronto, cayó del árbol hacia el pozo del infierno. ¿Quién destruyó sus alas y sus plumas?"

—Te contaré —me decía la sombra—. La humanidad ha existido muchas veces antes. Pero el tiempo es circular y todo se repite. Así como hay días y hay noches, así hay ciclos que se abren y se cierran. Lo que una vez fue, siempre volverá a ser. Hace muchos, muchos años, hubo un continente central donde floreció una gran esperanza con visos de eternidad. Todo cuanto descubres en tu peregrinación a través del mundo, es sólo retazos de esa lejanía espantable, de esa infancia de los tiempos. Tu mismo Dios ya existió allí. Fue ahí donde primero lo crucificaron. La crucifixión que conoces es sólo un reflejo de las anteriores. En aquel tiempo los continentes estaban reunidos. Pero se acercó la hora en que todo debía desaparecer. Una gran ola enfurecida sumergió de un golpe a la maravillosa Ciudad de Avalón, donde las frutas de oro crecían en los jardines del sol. Todo desapareció casi sin recuerdos y los hielos de la muerte cubrieron la colina del paraíso. La serpiente con plumas también había muerto, incapaz de detener a las aguas enfurecidas. En la Edad del Hierro alguien tendría que descender a los infiernos para rescatar su luz y su legado... Esta es la historia. Y no sé bien si ella aconteció en la tierra o en el cielo. Procedo de ese tiempo, de ese mundo destruido y soy un extranjero en este universo. Antes de partir quiero revelarte el sentido de todo esto. Es muy simple y está más allá de los recuerdos perturbadores de los dioses y de los mitos. Todo se repite; lo que fue una vez, será de nuevo. El mundo que se destruyó, volverá a destruirse. Todo es como una siembra. Una gran mano invisible dispersa sobre las llanuras y cuando un número siempre idéntico ha fructificado, no importan los que se pierdan. Otra siembra está a punto de terminar. Se acerca la hora; hay que estar sordo y ciego para no percibir sus signos. Es por ello que debes apresurarte y seguir hacia el Oasis de los hielos, único refugio en donde te salvarás. Tienes que ser despiadado y tenaz; en nada puedes reparar, nadie tiene derecho a torcer tu voluntad; pasa por encima de todo, de la vida y de la muerte, pues, si flaqueas, habrá muchos otros dispuestos a ocupar tu lugar, arrebatándote la eternidad. Ya las puertas están a punto de cerrarse, y, cuando esto suceda, los que queden fuera sólo serán semilla inútil, fruto estéril, que el vendaval dispersará y el rayo arrancará de cuajo.

Con la cabeza apenas erguida entre mis hombros, quise moverme y sólo pude murmurar:

—Ayúdame a levantarme, pues estoy casi congelado; no puedo ya moverme.

—La inmortalidad se logra entre los hielos —me respondió— y se consigue helándose. No soy nadie, ni nada puedo hacer ahora. Tu gran combate será con el Angel de Sombras.

No podía moverme. Con angustia, imploré:

—Debo retirarme a mi camarote; pronto tocarán la diana. Ayúdame. No estaría bien que mañana me encontrasen aquí helado.

Con dificultad, veía a mi acompañante. Por última vez le divisé a mi lado; pero se había reducido tanto en su estatura que semejaba un niño. Su rostro era también muy distinto; se había aclarado y su mirada era como un reproche amargo e impotente.

Comprendí lo que había sucedido: Aquel ser estaba a punto de esfumarse. Era sólo una larva que se había alimentado de mi vida, una imagen fantasmal superada. Nunca tuvo más realidad de la que yo le permití. Y ahora, cuando por fin lo enfrentaba, se desprendía, deshaciéndose.

Corrientes vibratorias me recorrieron. Desperté con un estremecimiento.

Al abrir los ojos vi el mismo cielo con su aurora celeste y sus reflejos de luz austral. Me hallaba sentado debajo del cañón de proa de la fragata. Miré la hora: sólo habían transcurrido contados segundos desde que me traspuse en ese sueño.

A través del frío y de la luz blanca de la noche, me dirigí a mi camarote.

LA TIERRA DEL FUEGO

La tierra de los selcnam

Del otro lado del Estrecho se encuentran las tierras de los onas.

Regresamos al oriente y tomamos el Canal Magdalena, luego el Canal Cockburn y el Canal Ballenero, enfilando proa hacia el sur. Las tie-

rras aún conservan aquí su aspecto hosco y enmarañado. Fue sobre esos montes y esas laderas grises donde antaño aparecieron las fogatas y los humos que hicieron que los conquistadores les dieran el nombre de Tierra del Fuego. Los onas se hacían señales valiéndose del medio más primitivo. Junto al fuego levantaban sus carpas transitorias y narraban sus leyendas. Los onas se llamaban a sí mismos selcnam, que quiere decir hombre. Más acá, se encontraban los yaganes, o yamanes, llamados por los onas el pueblo de los huas; raza por cierto distinta y más sombría que la selcnam.

En la Isla Grande de Tierra del Fuego, en torno al lago Fagnano, crecen los gigantescos coihues, los ñirres de blanco tronco y hojas finísimas, los maitenes con sus hojas verdes, delicadas como encajes, el canelo solemne, de color profundo; junto a ellos, los arbustos, el calafate, la inconsolable zarzaparrilla, los boquis, la lenga, los chilcos, los helechos y la enredadera que todo lo envuelve y confunde, dándole al bosque el aspecto de una gigantesca cabellera. El bosque parece un loco azotado por despiadados vendavales. A sus pies yacen troncos derribados, y los caranchos, los cururos, los choroyes, junto con las lechuzas, lo cruzan como pensamientos siniestros y entumecidos. Todo se envuelve en la humedad de esa gran esponja de ramas y de musgos que parece alcanzar al cielo. El pájaro carpintero hace su ruido, que es como el compás de la eternidad. Y en esa noche, donde apenas penetra una mortecina luz, caen gruesos goterones, que se escurren en el vacío, como lúgubres lágrimas primordiales de la noche antigua. Todo está húmedo, aunque arriba asome el frío sol. Transparentes fantasmas cruzan la espesura, extendiendo una luminosidad rojiza, como de crepúsculo, o de sangre.

Estas tierras postreras, surcadas de precipicios, de altas cumbres y de llanuras boscosas, con peñascos lamidos por la lengua blanca y mortal de los hielos, son, sin embargo, una zona viva como ninguna. Es decir, el espíritu de una raza misteriosa, que antiguamente las habitó, les entregó de sí lo más grande que es posible dar, un sentido, un alma, una leyenda que se incrustó hasta el fondo de su íntima realidad y le confirió consistencia y vida al más escondido de sus senderos y de sus accidentes geográficos. Recorrida una y mil veces por esos infatigables cazadores y nómadas que fueron los selcnam, la Isla Grande de Tierra del Fuego está impregnada de su espíritu. Cada cerro recuerda a un héroe legendario,

cada lago o ventisquero, un suceso de la tradición o de la leyenda. Y esto, que aparentemente se ha esfumado con el desaparecimiento del último vestigio de vida libre y organizada de parte de los selcnam, y que los hombres blancos han creído olvidar, retornará con gran fuerza en un futuro, si es que alguna vez aquí tiene que florecer una vida auténtica, en la compenetración del hombre con su paisaje. Entonces, la antigua sabiduría volverá, junto con la vieja memoria de los primeros dioses, que aún se conserva dentro de los montes. Y puede que el velo del recuerdo por fin sea descorrido; porque los que aquí habitaron supieron demasiado del comienzo y del fin de las cosas. Sus leyendas y mitos, que a primera vista parecieran sólo referirse a esta Isla Grande y a este sur del mundo, encierran, de seguro, una alusión al comienzo y al origen del todo.

Los onas, o selcnam, llegaron por el sur, nacieron en los hielos. Nadie conoce su origen, como nadie conoce el del mundo. Ingenuamente se piensa que los selcnam se han acabado, que apenas quedan seis o diez descendientes de su raza. Los selcnam no se pueden acabar nunca, porque selcnam son los cerros y los bosques. Los selcnam sólo duermen y algún día despertarán. Selcnam quiere decir hombre, y hombre son los cerros y los bosques, la tierra y los astros.

EL ORIGEN

Allá, en la Gran Noche, “antes que fuesen echados los cimientos de la tierra”, en un mar sin luz, en lo innominado, en lo desconocido, reposaba Temauquel. El era eterno, feliz, más allá de la vida, más allá de la muerte. Nada necesitaba, nada movíale; era infinito, eternamente sabio.

Y, sin embargo, Temauquel creó el mundo.

La creación es un espejo, una sombra en la que Temauquel trata de percibir su rostro. Vano intento, grandiosa locura. Porque Temauquel estará siempre más allá de todo y ni siquiera es él quien crea el mundo. Los espacios, los tiempos, los dioses, los hombres, los animales, las plantas, los abismos, no son otra cosa que el sueño de Temauquel.

El hijo

Temauquel ha enviado a Quenós para que asuma el trabajo de transformar las sustancias. Quenós... ¿Quién es Quenós? ¿Es acaso el hijo de Temauquel? Debería serlo; sin embargo, no lo es. Porque Quenós nace teniendo por padre al Viejo Sur.

El sueño de Temauquel se llama Quenós.

Los Hohuen

Fue Quenós quien empezó a crear la tierra, de arriba abajo. Pero antes, con arcilla blanca, modeló a los Hohuen, seres gigantescos y transparentes como ángeles.

Apenas creados, los Hohuen comenzaron a luchar entre ellos. Sin embargo no podían morir. Altos, grandes, hermosos, fabricaron arcos y flechas. Instruidos por Quenós, luchaban sobre la vieja tierra. Fueron sus luchas memorables las que cambiaron el aspecto del mundo. La tierra se arrugaba a su paso, se abrían ríos y torrentes, la corteza se hacía más dura para poder sostenerles. Las flechas de los combatientes cruzaban el cielo y el choque de los bandos contrarios de Hohuen producía estallidos de luz, truenos y relámpagos; cuando un Hohuen caía era como si un rayo penetrara a través de la tierra y la fecundara. El Hohuen no moría; en el acto se transformaba en otra cosa.

Una de las más memorables historias de ese tiempo fue la batalla entre el Viejo Norte y el Viejo Sur. Ambos eran Hohuen y tenían un gran poder. El Sur de aquel tiempo era muy diferente al Sur actual. Era el Anciano Sur. También el Norte, era el Anciano Norte.

Desde entonces Norte y Sur son enemigos, pues hasta hoy no han definido su contienda.

Sin embargo, al final de los tiempos Norte y Sur se fundirán.

Esta es la lucha de los elementos desatados por Quenós, lucha que no tendrá fin. Porque la guerra en este mundo no tendrá fin.

Los animales son pensamientos, distracciones de Quenós. También,

las plantas. Los Hohuen, en cambio, son reflejos de la imagen de Quenós, que los creó a semejanza de la imagen que El tenía de Temauquel. Los Hohuen son el sueño de Quenós. Y el hombre es el sueño de los Hohuen.

Llegó el día en que Quenós se cansó de recorrer el mundo. Quiso morir, quiso descansar y no pudo. Porque era inmortal. Entonces viajó hacia el sur y se hizo enterrar en los hielos. Después de un tiempo, despertó rejuvenecido.

Fue así como Quenós descubrió el renacimiento y la eterna juventud. Y Quenós se la enseñó a los Hohuen.

Sin embargo, Quenós se fue un día para siempre.

Cuanyip

¿Quién es Cuanyip? Es el que ha destruido el *recuerdo*, trayendo la muerte.

Cuando Quenós partió, muchos fueron los Hohuen que permanecieron trabajando en la tierra. Entre ellos se encontraba el padre de Cuanyip, de nombre Hais. Vivía un poco más al norte y era combatido por los Hohuen de más al sur, los que a menudo le atacaban, destruyendo sus viviendas. Hais tenía un hijo llamado Ansmenc y una hija llamada Aquelvoin. Entre sus enemigos se encontraba Náquenc, un Hohuen muy poderoso y temido. Náquenc tenía una hija, de nombre Hosne. Para vengarse de los ataques de Náquenc, Hais enamoró a su hija. Náquenc lo supo y, una noche de tormenta, en medio del trueno y de la lluvia, se apoderó de Aquelvoin, la hija de Hais, y la llevó a su tienda. Cuando Hais vino, Náquenc había cambiado a Hosne por Aquelvoin. Y el padre yació esa noche con su hija.

Fue así como nació Cuanyip, fruto de la noche y del incesto.

Cuanyip se sentiría para siempre extranjero y separado de los Hohuen. Su origen es otro; hijo de un dios caído y de Aquelvoin, sólo aspiró a sobresalir por su intrepidez y su inteligencia, desarrollando su astucia, para hacer olvidar la historia de su origen. Hijo de un pecado, es El quien ha traído el sentido del pecado al mundo, pues no ha podido olvidar.

Y para poder olvidar, Cuanyip descubrió la Muerte.

Sabía que mientras los Hohuen fueran inmortales, nunca el *olvido* vendría sobre el mundo. Por esto Cuanyip mató a su hermano Ancmec.

Cuando Ancmec viajó a los hielos, para dormir y rejuvenecer, Cuanyip le robó el espíritu del sueño. Y Ancmec no pudo hacer otra cosa que morir.

Desde entonces, la muerte vino, como un torrente, sobre los inmortales.

El hombre

Después que Cuanyip descubrió la muerte, apareció el hombre sobre la tierra.

El hombre se llamó selcnam y trató de semejarse en todo a los Hohuen.

Los titanes

Cuando Quenós vino al mundo, no había sol. Los primeros Hohuen marcharon sobre la tierra blanda, teniendo por compañeros al Fuego y a la Humedad. Grandes nieblas cubrían el firmamento. Y las regiones de esa tierra gris y central vieron levantarse los primeros monumentos ciclópeos de los adoradores de Quenós, junto al estrépito del Caos.

Alguien comunicó a los Hohuen que el sol vendría; pero ellos no lo creyeron. Y cuando el sol vino, los Hohuen no quisieron reconocerlo y se sumieron dentro de las montañas. Allí permanecen aún. De estaturas enormes, extienden sus cabezas hacia el firmamento.

(¿Acaso no les he visto? Dos gigantes aprisionados por la masa gris de la montaña. Uno de ellos levantaba al cielo sus brazos implorantes y el otro se doblaba, como resistiendo el peso de los siglos. Sus figuras estaban enmarcadas por el oro de las cumbres. Y ahí permanecerán hasta

que los vuelva a ver; o hasta que el antiguo sol, que los confinó y que ya se fue del cielo, reaparezca en el firmamento).

Los Jon

¿De dónde llegaron los selcnam? Fueron los Caminantes del Alba de la humanidad. Vinieron de los hielos. Allá, en ese Mundo Blanco, quedó oculto el Paraíso. Un día arribaron a esta Isla Grande —la que entonces no estaba tan alejada del Continente Blanco— y la poblaron.

Cuando el selcnam moría, su cuerpo era depositado en alguna playa distante y su alma ascendía al cielo, más allá de los astros, a reunirse con Temauquel. Cual una gota de agua, el alma se fundía en el mar de Temauquel.

En este mundo, extremadamente duro ya, alejado del antiguo sol, el hombre moría y sufría, pues el mal y la enfermedad, el dolor y la muerte, le castigaban.

Sin embargo, hay un alto en el destino, un hito, algo así como una piedra extraña, que interrumpe la fatalidad del ciego camino.

Son los Jon, los magos selcnam.

Porque al revés de todos los mortales los Jon no pueden morir y su alma no vuelve a Temauquel, sino que reencarna inmediatamente en otro Jon.

He aquí el misterio de los misterios. Con el Jon se ha producido un alto, una interrupción inesperada en todo el proceso de la vida ciega.

Veamos lo que dicen los selcnam sobre este extrañísimo suceso. Ellos afirman que el Jon, aunque pertenece a su pueblo, es un ser que nada tiene que ver con el común de los hombres; es de otra raza distinta de la humana. Su composición es diferente. No tiene alma como los demás hombres; su piel es más sutil y en sus venas no corre sangre, sino que un fluido blanco; por dentro es blando y despiende luminosidad. Así como el Jon nada tiene que ver con los hombres, tampoco se relaciona con Temauquel. No procede de El, ni vuelve a El. El Jon no tiene alma. Lo que el Jon tiene es *fantasma*.

Mientras los selcnam caminan por su Isla, suben y bajan por sus montañas, el Jon permanece sentado en la entrada de su tienda. Con los

ojos extraviados, vuelta su mirada a su interior, poco a poco, va haciendo aparecer ahí dentro un mundo más amplio, inmenso, luminoso o sombrío, con astros, abismos y océanos. Su *fantasma* empieza a recorrerlo. Es ahí por donde él camina. Por el mundo interior, por el infinito.

Y los Jon conocieron el secreto de la inmortalidad. Para conseguirla viajaban a los hielos, hasta "esa Isla Blanca que está en el Cielo". Allá reposaban un largo tiempo, despertando rejuvenecidos. Durante el sueño libraban el combate con el Angel de los Hielos, con Cuanyip. Venciéndole, despertaban inmortales. Algunos de ellos retornaban a las tierras de los selcnam. Otros se quedaban en los Oasis misteriosos y felices, donde aún residen, junto a los Jon de todos los tiempos, del pasado y del presente...

Los que nacieron en el norte, en los hielos del norte encontrarán el camino. Los que nacieron en el sur, lo hallarán en los hielos del sur.

Los polos son los extremos. Allí no crecen las flores, las plantas, ni siquiera las raíces. Unicamente permanecen las semillas, los átomos simientes de la Creación. Conservadas por los hielos, se guardan para el Nuevo Día las primordiales esencias. Los Jon libraban la lucha con las sustancias; ellos "freían las semillas", de tal modo que nunca volvieran a crecer nuevas plantas, ni otras flores, que les obligaran a retornar y a morir.

Y es siempre la dramática sombra de los Caminantes del Alba la que está indicando a los hombres el difícil, el peligroso sendero de la inmortalidad.

HACIA LOS VENTISQUEROS

Volvemos a la lluvia y a la gris niebla. Agua y vegetación próximas. Poco a poco comienzan a aparecer peñascos plomizos, lavados, casi verticales sobre el mar. En sus lomos se descubre la huella de los hielos prehistóricos que los han pulido, limando sus aristas. Son bajos y negros. Al fondo, se ven los grandes montes de crestas nevadas, rompiendo la bruma, subiendo a alturas inaccesibles.

Sobre los cables del barandal, el médico permanece inclinado. Tiene el cuello de su casaca subido hasta las orejas y contempla el agua en silencio. ¿En qué medita?

Me acerco.

—Doctor, ¿qué observa?

—Es extraño —dice—, el hombre no se ha hecho para el agua. Mire estas rocas, son semejantes a los salvajes que vivían aquí. Ellos también estaban desnudos y sus cuerpos, depilados por los glaciares.

—Sí —respondo—. Puede que acierten quienes creen que los fueguinos llegaron a la Antártida en tiempos remotos. Fueron modelados por los hielos y este clima no les era hostil. Aquí radica la diferencia con los indígenas de los canales de la Patagonia, que provenían del norte. Su alma desconocía la profunda personalidad de los hielos. Tarde o temprano debieron degenerar, sintiéndose enemigos de los hijos del sur, que a su vez les combatieron. Creo que nosotros mismos estamos en una situación parecida a estos indígenas del norte. También seremos combatidos por los espíritus del sur, que no nos aceptarán hasta que no hayamos convivido con los hielos antárticos. La escuela de las nuevas generaciones debería ser la de los hielos... Es la única manera de sobrevivir...

—¿Cree usted? —preguntó el médico—. ¿Entonces la próxima edad sería la del hielo, en contraposición a la actual que es la Edad del Hierro?

Y sacando de su bolsillo un librito antiguo, con tapas de pergamino, empezó a leer:

— *La postrimera edad de la Cumea — y la doncella virgen ya es llegada — Y torna el reino de Saturno y Rea — Los siglos tornan de la edad dorada — De nuevo largos años nos envía el cielo — Y nueva gente en sí engendrada — Tú, Luna casta, llena de alegría, favorece, pues reina ya tu Apolo — Al Niño que nació en aqueste día — El hierro lanzará del mundo él solo — Y de un linaje de oro, el máspreciado, — El uno poblará y el otro Polo.*

—Virgilio —dijo—. Un niño nació entonces. ¿Cree usted que vendrá otro? ¿Será acaso un Niño de Hielo?...

No respondí.

Pero el médico extendió su brazo, exclamando:

—¡Los ventisqueros!

¡Sí, los ventisqueros! Las primeras avanzadas, los vigías y los centinelas de la Antártida. Se extienden como blancas lenguas sobre el agua y sus morrenas negras se han contaminado de la suciedad de la Edad del Hierro. De esta edad en que los hielos comenzaron a retirarse del mundo y en que el Niño que nació sería sacrificado y triturado entre las espigas de las grandes máquinas. El maquinismo es tan tétrico como las morrenas ferruginosas, que caen hacia el extremo de los glaciares en el Canal Beagle.

Lentamente pasan: El Rancagli, el Romanche, el Italia. Son las primeras señales, los delegados de otro mundo.

GENDEGAIA

Durante horas me he pasado tomando fotografías para el aviador. Me ha señalado los lugares que podrían servirle de referencia en su proyectado vuelo desde la Antártida al continente.

La fragata ha avanzado bastante y esa noche llegamos a Gendegaia.

Es esta una bahía amplia. Al fondo de ella se ven las luces de unas casas. Al otro lado de esos cerros queda la ciudad argentina de Ushuaia. Aquí se han reunido los dos buques para continuar juntos el cruce del Mar de Drake.

Al siguiente día proseguimos la navegación.

Con el fotógrafo, con Poncet y el médico, miraba desde el puente de mando la gran isla de Navarino. El fotógrafo indicó un punto:

—Esa es Wulaia. Ahí fue donde Jemmy Button ordenó la matanza de los prisioneros ingleses.

El símbolo sombrío emergió. Jemmy Button cumpliría tal vez con el rito, empujado por el paisaje y por sus dioses. Pagaría el tributo de su raza, su deuda, para hacer así posible el regreso del mundo que existió más allá del sol, de la luz que crece más allá de las tinieblas.

PUERTO ORANGE

Última reflexión en el Infierno

Son ahora los postreros lugares. El Canal Beagle se bifurca. La corriente tira vertiginosa. No hay ningún punto al que asirse en el territorio adyacente. En la cubierta circulan las sombras de algunos tripulantes. Un extraño cansancio les invade. En sus rostros juegan claroscuros, como en el contorno. Aquí, muy pronto, se acaba el mundo. Y comienza lo desconocido, lo que está más allá de toda relación física.

Puerto Orange es nuestra última etapa antes de penetrar en el sombrío Mar de Drake. Los buques fondean en espera del tiempo propicio para cruzarlo.

La lluvia cae monótona sobre el peñón gris de la isla.

Una tarde descendemos a tierra.

En la pequeña playa, cubierta de conchuelas, los marineros asan cholgas sobre improvisados hornos de piedra.

El humo se eleva hacia el cielo bajo. En los árboles cercanos crece un pequeño fruto que los hombres están comiendo con muestras de agrado. El bosque es tupido y esos árboles tienen ramas descascaradas y chatas; sus cortezas parecen podridas y exudan humedad. Con Poncet, el médico y el arquitecto, vamos hacia una cima, más allá del bosque, donde expediciones anteriores han dejado unas señales. Marchamos en fila para poder abrírnos paso entre los helechos y las ramas. Los pies se hunden como en una esponja suave, que se abre, para volver a cerrarse en seguida. El agua se nos escurre por el cuerpo y la sensación que tenemos es de ir por sobre las copas de los árboles, pues debemos pisar encima de sus ramas; la mayoría de esos árboles enanos son más bajos que nosotros y la mejor manera de abrirse camino es yendo casi sobre ellos. Veo moverse al médico delante. Ha cortado una rama y con ella aparta los obstáculos, dando golpes en rededor. Parece un ánima que se desliza a través del agua y del follaje. Cercana ya la pendiente del cerro, la vegetación se hace menos densa y una tierra musgosa dificulta la ascensión. El médico se ha detenido. Con un pañuelo está secándose el rostro. En ese instante se escucha un grito largo que viene de la playa. Nuestras cabezas se vuelven y miramos hacia abajo, por sobre el bosque. En vano

buscamos en la tarde gris. Otra vez se oye la llamada, y ahora nos parece más próxima. El médico sube a una roca e indaga con los prismáticos.

—Es Fellenberg, el fotógrafo —dice—. Está junto a un árbol, tratando de ayudar a un hombre caído. Estos marineros son como niños. Seguramente uno de ellos se ha encaramado para coger esos frutos y la rama se quebró. Estos árboles están podridos. Con un soplo podríamos deshacer todo el bosque. Vámonos. ¡Ojalá no se haya roto el espinazo contra las piedras!

Les veo correr por entre las ramas. Delante, marcha el arquitecto. Tropiezan, caen y vuelven a seguir dificultosamente en la carrera.

Continúo por mi cuenta la ascensión de esa ladera musgosa. Llego a la cima y puedo contemplar el otro lado de la isla. Llanuras ondulantes se extienden bajo la niebla tenue. Desde lagunas distantes suben vapores, como si fueran la respiración de esas regiones últimas. Un pájaro negro emprende el vuelo. En el horizonte las nubes de aguas descienden cubriéndolo casi por completo. Me siento sobre una piedra. Con la cabeza entre las manos dejo que la fría lluvia me moje. A duras penas resisto la desesperanza. Trato de hurgar a través de ese cielo denso, comprendiendo que será imposible descubrir una señal.

¡Cuánto tiempo hace que partimos! Estoy cansado; hemos llegado tan abajo, tan hondo en este pozo, sin encontrar nada a que asirnos. Siento la corriente poderosa y la presencia del alma de seres muertos, prisioneros del dios de las tinieblas, del mundo del pasado, que se sumergió en las aguas. Voy arrastrando mi cuerpo y lo he traído hasta aquí, donde la vida física es mínima, donde reina el desamparo. Y es un error, pues a estos lugares sólo peregrinan las almas después de la destrucción del cuerpo.

EL PURGATORIO

Cruzando el Mar de Drake

Lejos ha quedado el Cabo de Hornos, donde extrañas sombras se mueven y una fogata indígena eleva su humo al cielo.

La fragata navega pesadamente. Al oeste, en la distancia, vemos mo-

verse al petrolero. Sube y desciende, un instante sumergido por las olas, luego sus mástiles y su quilla reaparecen, tan grises como el Océano.

Esa corriente invisible, inmaterial, que durante toda la navegación hemos creído presentir en los canales, aquí se ha hecho difusa, perdiéndose en la amplitud del mar. No tira ya hacia el polo y cuesta seguir entre estas olas pesadas. El océano se balancea silencioso, plumizo, confundido en la neblina gris. Una inmutabilidad cercana, una sensación de ir navegando en el mismo punto, como dentro de cuatro paredes o de un gran vaso redondo, cae sobre los tripulantes. Las aguas de dos océanos se juntan, se confunden en este estrecho y, seguramente, muy abajo, luchan y se arremolinan. Esa existencia híbrida, esa enemistad profunda, se refleja en la atmósfera turbulenta y penosa del Drake. La corriente del Infierno no puede abrirse paso en las profundidades, donde otras fuerzas entrec chocan. Y es así como ella no transporta al cielo a los que ha dejado escapar de sus dominios. Pero quizá más abajo, mucho más abajo, exista un paso por donde alguien transita con facilidad en pos de sus regiones de hielo.

Nos han entregado la primera ración antártica, consistente en alimentos grasosos y barras de chocolate. También nos han repartido ropas apropiadas: camisetas, guantes y "parkas" rellenas de plumas, o forradas en piel de oso. Los marineros empiezan a transitar con estas indumentarias por los pasillos de a bordo. El comodoro ha reaparecido. Le he visto en la cabina del puente de mando, reclinado en una silla, con un gorro de pieles encasquetado hasta las cejas y con la barba negra y crecida. Miraba a través de los vidrios y sostenía un libro entre las manos.

Una de estas tardes he cruzado por un pasillo al que nunca sé cómo llegar y, afirmándome en los hierros, he caminado hasta su extremo. En el umbral de una puerta se ha corrido una cortina. Dentro se hallaba el comodoro. El también me ha visto y con un movimiento de la mano me ha hecho señas para que me acerque.

El comodoro permanecía solo en su cabina, revisando libros y fotografías. Me ha ofrecido asiento y se ha puesto a hablarme. Es la primera vez que voy a conversar largo con él.

Todos esos libros están llenos de fotografías de témpanos, de focas y de curiosas aves. En ellas se puede ver al propio comodoro entre los hielos. Son fotografías de la Antártida, tomadas en otras expediciones.

Ahora, mientras cruzamos este mar difícil y sombrío, el comodoro se extasia en la contemplación de ese otro mundo inimaginable desde aquí. Tal vez encuentre fuerzas.

—Usted no puede comprender lo que es la Antártida —me dice—. Desde aquí, desde este mar, ya se ha perdido toda relación. Antes, alguna vez en el pasado, eso no fue así. Aquí tengo un viejo mapa de Ortelius, en donde la Tierra del Fuego y la Antártida aparecen todavía unidas. Para los que navegamos por este mar, cuyo cruce es como un purgatorio, el recuerdo de la Antártida es el del cielo. Hubo un tiempo en que el cielo lo era todo y el purgatorio aún no existía. Difícilmente el mundo podrá comprender cómo ansiamos el cielo los que aquí permanecemos. Durante el día y la noche no puedo apartar de mí la imagen de los hielos. No debo olvidarlos, aunque todo conspira para que suceda... Por eso contemplo estos recuerdos...

Le miré con curiosidad. Sentado ahí, bajo del ventanuco, por donde entraba la claridad pálida de la tarde, aparecía nimbado por una luz melancólica. De un cajón tomó un librito con canciones marineras y se puso a hojearlo. Después entonó a media voz. Semejaba un extraño evangelista, vestido de uniforme y con la barba aún rala. Y su voz ronca y baja decía:

*Listo a cazar las velas,
tesa brazos a ceñir,
aprovecha bien la brisa del Sur,
que nos haga raudo navegar.*

Y después:

*...Lejos te esperan mil dichas
que no podrás olvidar...*

Pasó esa noche. Yo no dormí. En las literas, abajo, sentía moverse a mis compañeros de cabina. Tampoco ellos reposaban. Una angustia sorda flotaba en el ambiente. Las olas eran montañas lentas, como monstruos de metal líquido, que se demoraban infinitamente en subir y en descender. No estaban agitadas, pero tampoco se aquietaban en forma defini-

tiva. Yo nada podía hacer fuera de continuar tendido durante largas horas vacías. No pensaba, estaba embotado; mis sensaciones eran pesadas y tortuosas. En vano había esperado esa mañana el toque agudo, estridente, del corneta, que al rebotar en el acero y en el hierro, nos habría estremecido. Pero hasta la diana permaneció muda. El accidentado de Orange era el alegre corneta. Los designios del Drake se cumplían, adelantándose. Este mar no permitía fuerzas contrarias en sus dominios de acero. Es hosco y sombrío, como tal vez fuera el ánimo del corsario que le dio su nombre.

Sin nada a que asirme, sin un punto en que apoyarme, estaba sintiendo náuseas de mí mismo. El balanceo del mar era profundo. Con esfuerzo me levanté y subí al castillo, junto al puente de mando. La niebla se juntaba otra vez con las aguas. Las náuseas aumentaban. Cogido de la baranda, vomité. El mar entero parecía un vómito oscuro. Entonces, en el horizonte surgió la sombra de una ballena que arrojó su doble chorro hacia el cielo. Me pareció que el monstruo también lanzaba su vómito a las alturas.

Durante esos dos interminables días, en que el buque avanzaba apenas, yo no dormía; una somnolencia pesada me resecaba los párpados durante la noche. Las ideas giraban en círculos. Me parecía saber por qué.

Estábamos en el purgatorio. Bajo el mar crecía la Selva Oscura y las viejas cadenas de montañas de los Andes sumergidos. Fuera de esto, nada, absolutamente nada. En la cúpula próxima del cielo no había imágenes y en las profundidades del mar ningún Ser nos empujaba ya, facilitándonos el camino. El Angel de las Tinieblas sobrepasa esta etapa y, en otros mundos, tal vez cambie de esencia y de color. No se escucha su sorda risa, ni se sienten sus manos resbalar sobre la proa. Es el purgatorio de las almas, que no arriba a ninguna parte, ni jamás termina; que no indica ninguna salida y que aprisiona con la violencia de sus abismos insondables. Dentro del círculo del purgatorio el alma castigada deberá encontrar por sí misma el camino de la liberación. Nadie puede ayudarla. Las fuerzas no existen y, sin embargo, hay que buscarlas en alguna parte. No hay voluntad para seguir, ni para tomar una determinación. Pero el alma tiene que destrozarse en un supremo esfuerzo que la impulse a encontrar la salida, llegando hasta los hielos lejanos.

¿Será capaz de hacer el esfuerzo el comodoro de esta nave? Me pa-

rece oírle cantar, soñando con el cielo: *Lejos te esperan mil dichas, que no podrás olvidar... Mi alma se siente vibrante y siempre triunfante del temporal...*

Así se prepara el comodoro.

Las olas del Drake se agitan y golpean los costados de la fragata.

—¿Ya no te acuerdas del Dante? ¿Acaso te has olvidado de él? Es en el purgatorio donde se encuentra la Colina del Paraíso... Y Colón, ¿no creyó reencontrarla remontando las aguas del Orinoco? ¿Qué sucedió? ¿Acaso la Luna, cayendo desde el cielo sumergió en las aguas la Colina del Paraíso? ¿Y formó este mar, este purgatorio, esta separación? El paraíso y el purgatorio eran unos; las tierras estaban unidas, no existía esta agua. El hombre perdió para siempre la Colina Blanca...

—Quizá, quizá... Porque el paraíso pudo sólo separarse, sólo alejarse. Los continentes también se dividen, se trasladan. La Isla Blanca no está en el cielo. Está un poco más allá, se alejó, escapó de los hombres, guardándose en el continente de los hielos, en los oasis tibios, sobre los cuales, a veces, brilla la Cruz del Sur, o la misteriosa aurora. Y el Ángel de la Muerte lo custodia, con su espada de fuego y de llamas frías. Es El quien le da calor a los oasis y quien impide que se revele el secreto. Sombras transitan por el aire diáfano y los inmortales contemplan su propia eternidad.

—El comodoro, que es un hombre que colecciona viejas cosas, viejos mapas, también tiene en su camarote una carta del mundo de ese monje alejandrino, Cosmes Indicopleustes. En ella la tierra está rodeada por el agua; pero, a su vez, el agua es rodeada por otra tierra. Y esta última es una tierra antigua, lejana, donde se encuentra el paraíso. La tierra actual, se ve unida al paraíso por un río. Nosotros nos movemos en esta tierra gris, posterior al diluvio. Y podría ser ella el interior de una esfera, separada por las aguas de otra tierra legendaria y externa, que fue la que habitaron los Padres felices, en un pasado remoto. Esa "otra tierra" de los antiguos, con la que ya soñó Platón.

—La Concepción del mapa de Indicopleustes es semejante a la de los primitivos habitantes de América, que colocaban un árbol en el centro del mundo, creciendo hasta alcanzar los trece cielos. Era un Ceibo, era una

Madre Ceiba, y por él subían los hombres hasta conquistar el cielo. El Arbol del Paraíso donde se enrolla la serpiente Cuanyip. O bien, el Río que conduce al cielo y que primero desciende a las profundidades de los Infernos. Sube y, al salir por el polo, transfórmase en las grandes corrientes de la Vía Láctea. Remontándolo alcanzaremos hasta la Atlántida, o hasta Avalón, la Ciudad de los Muertos, en donde se encuentra la Colina del Paraíso, circundada por manzanas de oro... ¿Es que ya no te acuerdas de Dante y de sus ríos, el Cocytó, el Letheo, el Estigeo y el Phlegetonte?

—Sí, pero aquí no los veo, no los veo...

Todos han encontrado algo en este viaje. Punta Arenas, la "Ciudad del Recuerdo", se los ha dado. El arquitecto Julián ha hallado un poema escrito por Sir Ernest Shackleton en el álbum de una mujer de su tiempo.

Shackleton ha sido el más extraordinario explorador de la Antártida. Un amor doloroso le impulsó a huir de su tierra, eternizándose en los hielos. Hoy encuéntrase enterrado en la isla Georgia del Sur, cubierto por la nieve. Su esposa, Lady Shackleton, quiso que él reposara ahí, bajo el tfo, en la proximidad de ese mundo que él amó.

La Antártida es un continente marcado por un signo distinto. La han explorado hombres sin ambiciones materiales. Drake, el corsario, sólo se asomó en su antesala gris; no había incentivo que le impulsara a seguir hasta los hielos. Han sido los poetas, los aventureros y los héroes, los que se adentraron en su misterio. Shackleton fue el más grande de todos. Quiso cruzar desde el Mar de Weddell por el centro del continente antártico, atravesando el polo, hasta el Mar de Ross. Una distancia de 2.880 kilómetros. Los icebergs y el *pack-ice* del invierno polar se lo impidieron, destruyendo su buque, el *Endurance*.

Navegó entonces sobre un témpano a la deriva, con toda su gente. Y en compañía de unos pocos, atravesó este mismo mar en un bote. Iba en busca de auxilio para su tripulación abandonada en la Isla Elefante. Mientras bogaban sobre el Drake, Shackleton hablaba: "Hay alguien —de ahí— entre los hielos. Volveremos. Si no fuera por los icebergs que destruyeron nuestro buque, quién sabe los misterios que se nos hubieran revelado. Aquí hay un misterio, capitán, un gran misterio que se guarda.

Algún día lo descubriré". Y luego recitaba un versículo de Job: "¿De qué vientre salió el hielo? ¿Y la escarcha del cielo, quién la engendró? Las aguas se endurecen a manera de piedra y congélase la haz del abismo".

Una tarde los náufragos creyeron divisar una montaña en el horizonte. Pero era una ola gigantesca que avanzaba. Esa ola que recorre el mundo de edad en edad y que sólo muy pocos ojos humanos han visto en nuestro tiempo. La misma ola que sumergió a la Atlántida. Se ignora cómo pudieron sobrevivir en un pequeño bote. Quizá les salvó el versículo de Job.

Si Shackleton hubiese logrado cruzar por el centro de la Antártida, como era su deseo, puede que hubiese descubierto el misterio. Pero los centinelas blancos se lo impidieron; porque aún no había llegado su hora. Debía antes despojarse de la vestidura densa, de su envoltura tosca y material. Hoy tal vez lo conozca.

En esta noche, en la proa de la fragata, el arquitecto Julián recita el poema de Shackleton, que encontró en Punta Arenas. Y su voz dice: *"Somos esos locos que no hallaban reposo — en la tierra gris que dejaban atrás — torturadas nuestras mentes por el lejano Sur — y el furor incesante de sus vientos extraños — El mundo, donde los ideales languidecen — se borra de nuestros ojos desafiantes — y así, por sobre oscuros mares apartados — lentamente avanzamos hacia nuestro destino"*.

Julián va de pie en la proa de la fragata y sus ojos contemplan las sombras del purgatorio.

LA ANTARTIDA

Esa tarde se vislumbraron las primeras señales. Eran unos extraños mensajeros alados. Siempre fueron los pájaros quienes anunciaron un nuevo mundo o un nuevo tiempo. Venían hasta el buque y volaban sobre él, acompañándolo durante horas. Traían el pecho y las alas manchados de blanco, como si las nieves los hubiesen marcado, u ostentaran el escudo nobiliario de los hielos. Eran los "pájaros tableros", los "petreles de Wilson". Después aparecieron las más blancas palomas, casi transparentes, sobre el cielo gris. El viento gemía y ellas eran como trozos de hielo con alas, arrancados a los icebergs. Las lejanas, aún invisibles flotas de tém-

panos, nos enviaban estos mensajeros, para saludarnos e indicarnos el camino. O quizás eran centinelas y vigías, que retornaban con la noticia de nuestra llegada.

Hasta altas horas volaban las blancas "palomas del cabo", las "palomas de las tormentas".

No hubo noche. Del cielo nuboso se desprendía una luminosidad blanca. Y parecía como que de nuevo, abajo, tirara una corriente.

Cubiertos con los capuchones de las "parkas", permanecíamos afirmados a las cuerdas del navío, resistiendo el viento.

Algo temblaba en el horizonte; vertiginosos resplandores lo cruzaban; detrás de la niebla, se adivinaba una presencia. Un frío que no era sólo de los hielos externos me traspasaba. Era el frío de la expectación. ¿Qué habría allí? ¿Iría de pronto a abrirse el espacio y veríamos la figura del gigante blanco?

El buque avanzaba sobre un mar que se había aquietado. Las aguas parecían más duras y tomaban un suave movimiento, como de sueño. Una misteriosa melodía creía escucharse; venía desde bajo la superficie o de la línea del horizonte que se aproximaba. Ahí la luz se estaba insinuando en temblores, en estremecimientos, como si luchara por abrirse camino, o quizás por encubrirse tras las nubes tenues. Allá, en el extremo, entre el cielo y el mar, apareció una franja intensa, vaporosa, como de una isla celeste y feliz, extendida entre la música y el éter. Tal vez fuera la "Isla Blanca" de los selcnam.

Acababa de mirar el reloj. Las tres de la mañana. Entonces levanté la vista. Y algo así como un golpe cegador, proveniente de algún lugar interno, me hizo estremecer. Fue como si me hubieran herido los ojos y el alma se trastornara. Una explosión de luz blanca había surgido en el confín y esa luz se transformaba luego en notas de una sinfonía enorme. Dejé cubrirme la vista y apoyarme fuertemente en las cuerdas del barandal. Cuando pude ver de nuevo ya era un ser distinto, sufriendo ese golpe imprevisible que la luz del nuevo mundo me dio en el centro del ser.

Entretanto, fuera, aparecía todo cambiado. La niebla se esfumaba como por milagro y, al frente nuestro, se encontraba la Antártida, con su indescribible presencia. Montes de hielo, tenues nubes, praderas de nieve, barrancos insondables; un mundo desconocido, viviendo en un cielo diáfano, en una luz sutil y violenta.

La fragata avanzaba entre témpanos dispersos, teniendo delante las cumbres nevadas de la isla Smith. Más allá, veíase la isla Snow. Y el cielo era de un azul transparente y frío. Los pájaros lo cruzaban siempre. La inefable existencia de ese contorno parecía estar envuelta en la música que surgía de sus abismos y de los seres invisibles y radiantes que viven en sus cimas pálidas.

Como aves, mis ideas también se fueron. Ya no podría pensar como antes. El golpe de la luz de la Antártida quema el alma y enceguece. El bautismo de su luz transforma al ser que habrá de cruzarla. El mundo de los muertos y de las sombras ha sido sobrepasado. Y si el peregrino retornara algún día, terminará deshecho como un iceberg en climas inhóspitos. Será como un muerto penando entre sombras vivas. O como un vivo entre los muertos, recordando su patria nupcial.

Siguiendo la estela del buque empezaron a venir los pingüinos. Fue nuestro primer contacto con ellos. Los veíamos nadar a gran velocidad bajo el agua y emerger, de pronto, en un salto que terminaba en una zambullida.

A nuestro rededor encontrábase el rosario de las islas Shetland del Sur. Fue aquí donde Smith, o quizás Bransfield, encontró un navío español varado en los hielos de la bahía. Estaba ahí desde siglos. Nada había en él. ¿Qué sucedió con la tripulación? ¿Cómo llegó a estas latitudes? Es un misterio. Puede que los españoles conocieran la existencia de la Antártida desde tiempos lejanos y que sus navegantes llegaran hasta sus costas. Los intereses obligaban a los imperios de aquellos días a mantener secretos sus descubrimientos, expuestos siempre a ser aprovechados por sus enemigos. Pero es muy significativa la Cédula Real de 1555, extendida por la princesa doña Juana, en nombre del emperador Carlos V, su padre. En ella pone bajo la jurisdicción de don Jerónimo de Alderete, Gobernador de Chile, "las tierras que se extienden hasta el polo".

Más o menos a mediodía comenzamos a entrar en el Canal Inglés. Frente a nosotros teníamos la visión de las inmensas paredes de hielo de la isla Greenwich, aún distante. Las barreras relucían envueltas por el sol transparente. Nos reunimos en la torre de mando y miramos con los pris-

máticos, tratando de descubrir indicios de la base. Podíamos imaginarnos el estado de ánimo de los que esperaban el relevo. La gente de a bordo demostraba impaciencia por llegar. El comodoro permanecía en lo alto del barandal con el brazo extendido.

El sol caía frío en la atmósfera radiante y el buque se deslizaba disminuyendo su marcha en un mar apacible. Lejos, se veían pequeños témpanos. Los pingüinos continuaban saludándonos con sus saltos acuáticos; dos o tres pájaros planeaban por encima de la gaviota negra del radar.

Estábamos cayendo algunos grados a estribor para entrar en la bahía. Un punto diminuto se destacó sobre el hielo. Era la cruz de la base; luego, poco a poco, los techos de las casas surgieron del uniforme albor.

Lo que sigue es el relato de nuestro encuentro con la gente de la dotación de la base.

Tuve la suerte de bajar en el primer bote. Todo aconteció en forma prevista y sólo muy lentamente, a medida que la tarde descendía, los acontecimientos comenzaron a confundirse en mi mente, como si entrara en la realidad distinta de los sueños.

Nos distanciamos de la fragata y entramos en el canal, junto a la gran barrera. Metros de hielo vertical subiendo sobre nuestras cabezas. De cuando en cuando, con un ruido de trueno, con un hondo y ronco bramido, se desprendían de ella trozos que se precipitaban al mar, levantando el agua en olas anchas, que imprimían al bote un balanceo cadencioso. He ahí la fábrica de los icebergs, la barrera de los hielos, que se extiende hacia el interior y que cubre a la tierra, impidiendo conocer la conformación real de este mundo. La Antártida puede ser un grupo de islas unidas por el hielo, o una sola masa continental, un inmenso escudo de casi veinte millones de kilómetros cuadrados.

Los marineros apresuraban el ritmo de la boga. Cercanos a la proa iban los comandantes. El muelle de la base comenzaba a destacarse. Y sobre él veíamos formados a los miembros de la dotación. Vestían sus uniformes navales y el oficial que les mandaba aparecía en el primer plano. Oí hablar al comandante Urrejola. Se dirigía al comodoro:

—Ese muelle debe ser nuevo... Me parece que hay un hombre de menos en el grupo que nos espera.

El comodoro confirmó las reflexiones de Urrejola.

El bote atracó al pequeño y rústico muelle. Los oficiales saltaron a

tierra. Después lo hicieron Poncet, el fotógrafo, el mayor de Ejército, el médico y los demás. Yo descendí lentamente. Contemplé los rostros de esos hombres, procurando adivinar lo que jamás dirían. Vi las caras delgadas, los párpados rojos. El teniente Pilniak, Jefe de la base, accionaba como un autómatas y al hablar le temblaba el mentón. Firme, estiraba la mano y luego se la llevaba a la visera de su gorra. Alguien le abrazó. Después todos entramos a la base y la recorrimos.

El practicante, un sargento de 48 años, no pudo salir a recibirnos, porque se había accidentado en una pierna. El doctor le examinó la herida.

Fuimos, también, a ver las ovejas que durante todo ese año permanecieron en la base antártica.

La base se componía de dos secciones, una de madera y la otra de metal. Las recorrimos, observando todo minuciosamente, imaginándonos cómo sería la vida que ahí se hizo durante la soledad invernal. Los hombres de Pilniak y él mismo nos miraban en silencio. Algunos de ellos empezaron a repartir barras de chocolate, sobrante de la provisión anual. Lo hacían como si estuviesen intentando un medio extremo para establecer contacto.

Al salir, para tomar el bote de regreso, el comodoro preguntó:

—Pilniak, ¿hace mucho tiempo que se construyó este muelle?

—No, señor. Hace poco. Trabajamos semidesnudos y con el agua a la cintura. Me ha quedado un dolor como de ciática.

—Bien. Le esperamos a cenar a bordo esta noche, con toda su gente.

En el momento de despedirnos, el teniente Pilniak me preguntó si no deseaba quedarme con ellos para tomar una taza de té.

Me sorprendió la invitación, pues comprendí que esos hombres ansiarían estar solos para abrir la correspondencia y los paquetes de sus familiares. Sin embargo, pensaba que quedándome iba a tener algunas experiencias inapreciables. Y ello era más fuerte que todo escrúpulo.

Consulté al comodoro y éste asintió, agregándome que a la caída de la tarde enviaría un bote por mí.

Volví a la casa. Me senté en un rincón, en el compartimiento principal, mientras los hombres se retiraban para leer sus cartas. En el anaquel había textos de hidrografía y revistas. Disimuladamente observaba esos rostros. De un aspecto exangüe, como si hubieran pasado años sin recibir el sol, los ojos estaban vagos y enrojecidos. El pelo largo les caía

sobre el cuello y era evidente que sólo ahora se habían rasurado la barba. Sus manos hinchadas rompían lentamente las cuerdas de los paquetes; luego, sin premura, iban retirando los objetos y abriendo las cartas que les trajimos. Muy pronto se olvidaron totalmente de mi existencia y comenzaron a transitar por la estancia y compartimientos vecinos tal como lo hicieran durante semanas y meses, recuperando el ritmo de sus preocupaciones habituales. El radiooperador se encerró en su caseta. El meteorólogo regresó junto a sus cuadernos de notas. Sólo el teniente Pilniak seguía sentado en su camastro, con una carta en la mano y la vista perdida en una ventanita que le quedaba al frente.

Comencé a sentirme también lejano, como si estuviera en un espacio vacío, rodeado de nubes, de árboles muertos, de pájaros disecados. Esa casa metálica adquiriría una consistencia, una dureza especial. Las imágenes tomaban relieves únicos y parecía como que se estuviera viviendo en las alturas de un espacio enrarecido, dentro de una cabina herméticamente cerrada. Los ojos del teniente Pilniak debían mirar la nada por esa ventanita. La única existencia dura, como de metal, era la de estos seres, igualmente irreales. Y yo no estaba existiendo más que en un pensamiento acuñoso, agudo, que lo observaba todo sin perder detalles.

El teniente hizo un esfuerzo y se me acercó balanceándose, como si venciera una oposición del aire. Me levanté también de mi asiento y fuimos juntos a la mesa donde el té estaba servido.

Hacía calor y me saqué la "parka".

—Teniente —le dije—, ¿no ha visto usted nada durante el invierno?

—¿Qué? ... ¿Qué cosa?

—Algo ... Un barco ... Buscadores ...

—Durante el invierno —empezó— el mar se congela, ¿cómo pueden pasar barcos? Esta bahía es un solo témpano de hielo. Claro que por sobre ella caminábamos, marchábamos en la gran noche sin estrellas, hasta llegar al borde de las cosas ... y allá está el Bransfield, que no se congela ...

—Bueno, ahí ... ¿no ha visto nada?

Los hombres se miraron silenciosamente. Luego me observaron.

—¿Qué cosa? —dijo.

—Un buque ... un ... algo.

—Nada se ve aquí. Esto es igual a cualquier parte del mundo. ¿En

qué está pensando usted? No se haga ilusiones... En la noche sólo había unas estrellas, tan lejanas, tan...

Se detuvo un instante. Luego prosiguió:

—¡Ah, ese mar negro! Y esa luz, allá abajo... Yo he visto muchas focas...

Pero uno de los hombres terció:

—Un día subí a la cumbre de ese cerro. Y entonces divisé algo...

—¡Silencio! —interrumpió el teniente.

Y su mirada había adquirido un brillo repentino.

El teniente no había probado su té. No me atreví a seguir hablando.

—Focas y focas —volvió a murmurar Pilniak, tras esa penosa pausa—. Es lo único que interesa. Ellas nos salvan. Si no fuera por las focas, ¿cómo podríamos existir en este mundo? Su carne es la que nos alimenta. ¿Quién ha dicho que la carne pierde? Si no fuera por la carne de las focas estaríamos tal vez muertos. En ellas se encuentra la vitamina que necesitamos; nos aclimata, nos fortalece... y entiéndase que no me refiero únicamente al cuerpo... Es la carne de las focas, su sangre y también la de los pingüinos, la que nos defiende en este universo.

Descubríase en sus palabras una melancólica sensualidad.

—El frío no se combate con el alcohol. Es un error creer que el aguardiente o el whisky nos sirvan de algo aquí. Sólo queman calorías. He implantado la ley seca. Durante todo este año no se ha hecho uso de una sola gota de alcohol. Puedo decir que he curado mi hígado en la Antártida.

Se interrumpió bruscamente e hizo una extrañísima reflexión:

—¿Antártida? ¿He dicho Antártida?... ¿Quién asegura que este lugar se llame así?

Para salvarnos de un nuevo y terrible silencio, dije cualquier cosa:

—¿Ha dado buenos resultados esta casa, teniente?

—Más o menos. Las casas metálicas no sirven, al igual que los buques de acero. Lo que es fuerte allá, no lo es aquí. La madera, sólo la vieja madera. Es lo mejor. Hemos tenido vientos hasta de ciento sesenta kilómetros por hora. Parecía que todo se iba a volar. Para salir a cortar el hielo, que necesitábamos para hacer agua, debíamos amarrarnos. El hombre que salía era sostenido por una cuerda desde el interior. Afuera no se veía absolutamente nada. La niebla es tremenda, es negra o es gris; dura, se

puede cortar con un cuchillo. Viene y se va de pronto. El sargento se perdió un día a veinte metros de la casa y estuvo seis horas tratando de encontrarla. Tuvimos que ir en su búsqueda. Le descubrimos guarecido en un hoyo. Estaba seguro de encontrarse a varios kilómetros de distancia. Se hallaba, en cambio, frente a la puerta principal de esta base.

Mi té y el de los otros se había terminado. Solicité permiso al teniente para recorrer de nuevo la base. Accedió gustoso, librándose de mi presencia y de una conversación desacostumbrada.

Caminé nuevamente por la casa de madera. Vi las bodegas donde se almacenaban las conservas, las latas de carne, las cajas de vitaminas y, también el petróleo para el motor de la electricidad. El agua caliente se acumulaba en un estanque en el techo de la habitación principal, conectado con una estufa que le pasaba el calor. Desde ahí se transportaba por tubos hasta la ducha y la cocina. En una angosta galería se alineaban los esquís y los bastones. Un poco más allá había una sala de carpintería y, al final del pasillo, una puerta. Me dirigí hacia ella y salí al exterior.

Fuera, todo era distinto. Una luz triunfal temblaba sobre las islas y el frío cortante me obligó a cubrirme con la "parka". En torno a la base el terreno se hallaba libre de nieve y de hielo, extendiéndose cubierto de guijarros hasta el mar. En un corral improvisado se encontraban las ovejas y sus hijos pequeños. También ellas sabían de la noche y de los vientos inclementes. Su pelambre era amarillo y estaban comiendo un forraje mustio.

A paso lento seguí hasta la playa. Crucé unas pequeñas lagunas de deshielo donde se veían unos pájaros, que invariablemente emprendían el vuelo al posar sobre ellos la vista. Tenían el cuello gris y largo y eran pesados como cuervos.

Junto al mar había esqueletos de focas, seguramente muertas por Piliak y su gente; huesos de pingüinos y grandes vértebras de ballena.

Me entretuve observándolas. Algunas parecían ruedas de timón y las superficies estaban calcinadas, raspadas por el hielo. Las palpé y eran frías. "Qué inmensos monstruos —me dije— y qué curiosa sensación poder tocar sus huesos... ¡Tocar los huesos! ¿Habrá alguien que toque mis huesos siglos después que yo haya muerto?" Y con una inexplicable risa me respondí: "Sí, una ballena". Contemplé después las cimas de hielo a mis espaldas y tuve la certeza de que ahí debían encontrarse ballenas muertas

y aprisionadas por los glaciares hacía milenios. El mejor regalo que se le podía hacer a este teniente Pilniak sería darle a probar la carne legendaria de esos cetáceos, de esos dragones del abismo blanco, conservada intacta y fresca en aquel espantable frigorífico.

Me senté sobre una roca. A mis pies, entre pedruscos, crecía una especie de musgo suave. Lo estuve observando un rato. Luego levanté la vista y me entregué a la contemplación del amplio panorama de la bahía.

El aire estaba aún inmóvil y delgado. Al aspirarlo sentíase el olor del frío, y el olor sin olor del hielo, la falta de olor del cielo y del vacío. Por la nariz, hasta los pulmones, penetraba algo afilado y las pequeñas partículas vibrantes de la luz me hacían sentir etéreo y me embriagaban.

En este estado, sumamente lúcido, percibía el monte esbelto que tenía a mi frente, al otro lado del mar, tan parecido a uno de nuestros volcanes de las regiones del sur. Sin embargo, qué distante y qué diferente de ellos. ¿Podía decirse que esto continuara siendo el sur, o que tuviera realmente algo que ver con la Tierra? La visión era más bien la de otro planeta.

Arriba, el cielo estaba cruzado de temblores de luz y, a pesar de la tarde avanzada, permanecía azul como en el mediodía. El mar, suave, movía unas pequeñas olas sobre la playa de guijarros. Lejanos, avanzaban unos témpanos blanquísimos. Navegaban en paz hacia la entrada de la bahía. Sobre ellos batían sus alas unos pájaros felices. Describían círculos cada vez más amplios, ascendiendo hacia alturas radiantes. Tras de mí, las barreras del glaciar precipitaban sus enormes bloques y el ruido de los derrumbes parecía herir la claridad del aire, produciendo quizás ese continuo parpadeo de la luz. El brillo del hielo me hacía cerrar a menudo los ojos, esforzándome por mantenerlos sin lentes oscuros, para percibir el contorno en su máxima realidad.

Sin embargo, estaba sintiéndome tan liviano y todo me parecía en tal grado extraordinario que hube de bajar la vista para interrumpir esa visión. Entonces, ahí cerca, sobre la playa salpicada de nieve, detuviéronse unos pájaros de plumas grises, con anillos rojos en el cuello. Me pareció haberlos visto antes, en alguna parte. Afirmé mi cabeza entre las manos y sentí el pelo frío: "¿Dónde los había visto?"

Alcé de nuevo el rostro. Allá, en la línea del horizonte, vi un cielo gris, cuyas nubes empezaban a ascender. Y entre ese cielo y el mar que

lo limitaba extendíase una franja roja, igual que de sangre o de incendio violento.

Fue como si súbitamente un velo se desprendiera de mi memoria; lleno de estupor, reconocí ese cielo y esos pájaros, que ahora caminaban sobre la playa. Los había contemplado idénticos en mi sueño antiguo, durante mis "Tres Noches de Hielo". Frente a mí tenía el mismo cuadro: cercanos a mis pies se movían los pájaros grises, de cuellos rojos, y hasta las piedras, salpicadas de nieve, eran tocadas por las olas.

Mucho tiempo permanecí sentado aún sobre esa roca, mientras la luz de la noche se acercaba, recreando el eterno día.

Aquella noche permanecí inmóvil en mi cabina. Escuchaba el rumor de una conversación. Parecía como que alguien subía por la escala de babor y grupos de personas caminaran en cubierta. El golpeteo de unos remos en el agua se aproximaba.

Unos pasos se detuvieron a la entrada del camarote. Alguien corrió la cortina de la puerta. Y la sombra de un oficial se destacó, iluminada a trechos por la luz que penetraba por el ventanuco. Era uno de los tenientes que también ocupaba esta cabina. Venía a buscarme; los miembros de la dotación de la base habían llegado a la fragata.

Me levanté y salí. Subiendo por la escala encontré de improviso al segundo comandante, quien bajaba en ese momento. Le cedí el paso. Tomándome del brazo, me detuvo:

—¿Usted viene recién? Ha perdido algo muy emocionante, que no se repetirá. He visto la llegada a bordo de ese puñado de hombres que permaneció aquí un año. Mientras el bote atracaba, todos hemos cantado espontáneamente el himno nacional. Pilniak temblaba... No pude contenerme...

El segundo tampoco se contenía ahora. Su mano me apretaba el brazo, y había dado vuelta el rostro para ocultar su emoción.

Curioso personaje era este marino, en ciertos instantes de una violencia desmedida y, en otros, de un excesivo sentimentalismo.

La cena a bordo no tuvo especial relieve. La personalidad del comodoro imprimía un aire de tristeza, de apatía, a todas estas manifestaciones. Era evidente que sólo se sentía a sus anchas en el refugio de su ca-

marote. Por lo demás, ni el comandante ni el segundo eran hombres muy expansivos. Los tripulantes de esta fragata, cual más, cual menos, vivían su historia hacia dentro, retraídos, herméticos.

Pilniak y sus hombres sentíanse extraños. Después de su largo retiro no acertaban a compenetrarse con esa situación de actores de primer plano. Parecíanse a esos seres dormidos en una pieza oscura y a quienes de improviso se les enciende la luz; restriéganse los ojos, no saben qué les sucede, ni dónde se encuentran, incapacitados para ajustar sus gestos a la realidad.

A cada instante entraban a la cámara marineros de la fragata, para pedirles autógrafos, que estamparían sobre trocitos de huesos de focas, o en piedras blancas, en recuerdo de este día. El mayor de Ejército, Salvatierra, dibujaba sobre la tapa de una vértebra de ballena el paisaje de la bahía, con la base al fondo. Una vez terminado el dibujo pidió que se lo firmaran todos los componentes de la dotación y se lo regaló al comodoro.

A la hora de los licores, se deseó escuchar a esos hombres. Como ninguno de ellos probó el coñac, Pilniak explicó su teoría de la abstinencia. Luego, y a pedido suyo, el cabo Gutiérrez inició una conferencia sobre la caza de focas.

—Esperábamos un día claro —dijo— y salíamos todos armados de cuchillos y de palos. Yo llevaba un garrote grande; para hacerlo más pesado le ponía varios kilos de plomo en la punta. Al final de los hielos se encuentran manadas de focas. Los foquitos chicos juegan como niños. Las madres duermen despreocupadas. Elegíamos a la que estaba más lejos y más sola. Y entonces se le descarga un garrotazo en la cabeza. La foca queda aturdida. Luego se le hunde el cuchillo en el cuello y se la deja desangrar. Si acaso el primer golpe no resulta, se le da otro. Una vez muerta la foca, se le saca el cuero y la grasa. En esta faena todos usábamos los cuchillos. En seguida se les corta los lomos y el hígado. El cuero se estaca y la grasa se usa para alimentar las fogatas.

Después de Gutiérrez, le tocó el turno al cocinero.

—La carne de foca se prepara en la misma forma que la de vaca; pero sólo para bistecs. También yo cociné empanadas de horno con carne de foca, agregándole unas cebollas en escabeche que teníamos. Esta carne es bastante sabrosa. Lo que la diferencia de las demás carnes es que es negra. El pinguino también se come; pero hay que prepararlo

en forma diferente. Yo dejaba un rato la carne en agua con vinagre para lavarla bien. El pingüino se puede preparar de variadas maneras. Se puede comer asado y a la cacerola. Tiene gusto a pato. Pero es más aceitoso. Al principio cuesta acostumbrarse porque se anda con el gusto del pingüino por toda una semana... pero luego...

El teniente Pilniak interrumpió:

—Ya no se puede comer otra carne, porque sabría insípida... ¡No sé cómo nos vamos a acostumbrar fuera de aquí!

Los buques estaban anclados uno al lado del otro, unidos por un puente de tablonés. En el petrolero se esperaba también a la dotación para festejarla. La fiesta ahí sería distinta.

Acompañé a los hombres hasta la borda; pero no crucé el pequeño puente. Ascendí al castillo. En la noche-día, las grandes barreras se derrumbaban sobre el mar y su profundo sonido era como la voz de Dios en el comienzo de los tiempos.

Por la mañana, la bahía apareció cubierta de témpanos. Con interés observaba el trabajo de las chalupas balenceras cargando el material en el petrolero y transportándolo a la base. Debían sortear los hielos. En la proa, un marinero de pie y provisto de un garfio apartaba los témpanos, desviando la chalupa con un impulso. A veces los remos resbalaban en el hielo con un ruido seco y duro. Los hombres iban cubiertos con las "parkas", pues un viento helado azotaba la bahía.

En las casas de la base se iniciaban las reparaciones. También se reemplazaban los alimentos de la dotación.

En uno de los botes descendió el capitán S. acompañado de toda su jauría. Llevaba los perros a un islote abrupto, situado en el costado del canalón que separaba la gran barrera de la base. Los dejaría ahí para que se aclimataran. Los perros eran de pelambre gruesa, parecidos a lobos. No eran perros de nieve como los que utilizan los ingleses y norteamericanos en ambos polos, sino perros criollos, adquiridos en Punta Arenas. Pensábase poder emplearlos por este año. Se les enseñaría a tirar del trineo. Uno de estos perros llamaba especialmente la atención. Era amari-

llo y de pelambre larga y ensortijada. Tenía un aspecto leonino, aunque delicado. El pelo le caía sobre la cabeza, cubriéndole simpáticamente los ojos. Este perro fue regalado al capitán S., en Punta Arenas. Se había hecho un buen amigo mío. No sé por qué, pero encontraba cierta similitud espiritual entre él y yo. Esa mañana, en la isla rocosa y solitaria, fui a despedirlo. Le pasé la mano cariñosamente por la cabeza y vi sus ojos húmedos por el frío. El perro abrió la boca y su lengua roja quedó balanceándose al compás de la respiración. Sus manos finas hundíanse en la nieve. A su alrededor se encontraban los demás compañeros; pero fácilmente se adivinaba que no tenía una profunda comunicación con ellos. Ladraban, aullaban, y él permanecía silencioso. Aunque hubiera hecho lo mismo, sería diferente. Existían otras "razones" en este animal. Otro destino. Sentí deseos de abrazarlo. Pero sólo le hice una seña con la mano y lo dejé.

El perro levantó su cabeza ensortijada, sacudió hacia atrás sus rizos y sonrió.

EN EL GLACIAR

Esa noche el viento vino sobre el buque y estremeció sus planchas de acero. En medio del vendaval se oía un coro de lejanos ladridos.

Al otro día el cielo estaba de nuevo despejado y hermoso. Salimos a la isla en varias chalupas; junto al peñón, los perros ladraban furiosamente. Tenían ahora las fauces sanguinolentas y los pelos erizados. Destacaban sus figuras espeluznantes en contra del roquerío solitario y del fondo blanco de los hielos.

En la base nos explicaron que esa noche los perros se habían arrojado al mar; atravesando a nado el estrecho llegaron hasta las casas y se comieron algunas ovejas.

Los expedicionarios se dividieron en grupos; algunos entraron en la base y otros fueron a excursionar; se deslizaban en los esquís recorriendo esa parte de la isla.

Encaminé mis pasos hacia la playa de guijarros, alcanzando ahora el borde del glaciar. Vi que la playa continuaba en una angostura, no ma-

por de un metro. Quién sabe si debido al descenso de la marea, la barrera no caía directamente en el agua, dejando un espacio por donde un hombre podría cruzar hacia el otro extremo de la isla.

Con curiosidad estuve mirando esa cinta costanera, cuyo final divisaba, interrumpida a trechos por rocas, o grandes trozos de hielo. Un deseo de arriesgarme por ella se apoderaba de mí, de modo que no me di cuenta exacta del momento en que había empezado a cruzarla. El suelo era de piedrecillas marinas salpicadas de nieve y estaba cubierto por hielos de la barrera. Tras unos doscientos metros, comprendí que ese corredor era mucho más largo de lo que parecía a primera vista. Este error de apreciación es muy frecuente en la Antártida, donde la transparencia y sequedad del aire permiten ver a grandes distancias. Empecé a oír también muy claramente el ruido que hacían mis zapatos sobre las piedras al raspar en la nieve y en el hielo. Avancé así otros cien metros y me encontré bastante lejos del comienzo de este pasadizo estrecho. Entonces me detuve y miré. A un lado estaba el mar de olas siempre suaves. La playa era baja en una pequeña extensión, luego caía verticalmente, a gran profundidad. El agua veíase transparente y, sin necesidad de tocarla, se comprendía que era de un hielo mortal. Agachado junto al mar, tenía a mis espaldas la pared enorme y blanca del glaciar. Abriendo las piernas y estirando los brazos, podía tocar a un lado el agua del mar y al otro, el hielo de la barrera. Miré un momento ese muro gigantesco y un estremecimiento me recorrió: se resquebrajaba en toda su larga extensión. Era de ahí, y no de otra parte, de donde se desprendían los grandes témpanos y se producían los derrumbes. Si ahora cayese el muro, yo no tendría escapatoria y difícilmente los expedicionarios podrían encontrarme. Imaginé que echándome al agua y nadando un trecho mar adentro me protegería del derrumbe; aunque difícilmente sobreviviría a la congelación. Con la vista fija, hipnotizado, estaba prendido a la imagen del hielo sobre mi cabeza. Un trozo enorme se inclinaba, reverberando al sol. Arriba terminaba en almenas. La luz se descomponía en tonos verdes profundos, amarillos y negros. El temor y la emoción de la belleza se entremezclaban. Yo no sé si ese muro se movía; pero conocí que algo íntimo me lo estaba acercando, cada vez más. Entonces oí un ruido pequeño, como de suspiros y chasquidos, y de las almenas empezaron a caer unas leves plumitas volanderas y blancas, que al cruzar a través de la luz, se irisaban fan-

tásticamente, tomando formas extrañas. Caían sobre mí, acariciándome, y cubrían por millones la pequeña playa. Dejé de temer. La visión era tan irreal que habría sido bueno morir en ese instante. Todo cubierto de esas pequeñas almas del hielo, empapado por el frío de esa luz extrahumana, lloraba de emoción. Y en medio de las lágrimas escuchaba una suave música escondida hecha de suspiros, de chasquidos de la barrera y del vuelo de esos cristales, vapor de agua solidificado en el aire seco y frío. ¿Por qué no habré muerto en ese instante? Desde lo alto, el glaciar me saludaba. Sus espíritus, sus fabulosos seres, revelábanme su música, su vida mínima. Tal vez el derrumbe se produzca al finalizar el ciclo de esta leve sinfonía; sólo entonces el trueno del glaciar lo cierra con su diapasón. ¡Cuántas veces más buscaría escuchar esta milagrosa música, que es como melodía angélica!

Quise levantarme y no pude hacerlo, pues estaba ciego. La luz del cielo ennegrece. Con ambas manos sobre los ojos, permanecí largo tiempo a la espera de recuperarme, hasta que, poco a poco, fui desprendiéndome de ese deslumbramiento.

La playa se ampliaba y surgían algunas rocas. Se interrumpía luego con el hielo de los derrumbes. Tuve que escalar por sobre algunos témpanos.

Por fin llegué al extremo del glaciar y me encontré en una extensión cubierta de rocas volcánicas, que surgían como agujas afiladas, con caprichosos contornos, semejando fortalezas o construcciones ciclópeas. La nieve cubría dilatadas planicies. Junto a las rocas, donde azotaban las olas, se adivinaba un mundo distante de seres marinos, elefantes de mar y exóticos pájaros. Me dolía la vista y no quise seguir adelante. Cercano a mí, oí un graznido.

En una roca negra, un pájaro aleteaba tratando de ahuyentarme. Me acerqué para contemplarlo mejor. Cuidaba un nido en el cual unos horribles polluelos chillaban espantados. Entonces el pájaro se elevó y comenzó a describir círculos sobre mi cabeza. Repentinamente se me vino encima con el cuello extendido y los ojos muy abiertos. Me lancé al suelo y el ave se detuvo bruscamente en el aire. Pude observar cuán fea era: con un largo pico pardusco y el cuello pelado, graznaba asustada y sin atreverse a llevar su ataque a fondo sobre mi cabeza.

Era la gaviota *skua*, reina y señora de estos lugares.

Regresé por la barrera. En la completa soledad de esa mañana, sin temor ya, comprendí que había logrado mis primeros contactos. Parecía-me saber que nada podría sucederme antes de que ese mundo me llevara hasta el final, hasta su centro.

FIESTA A BORDO

Con algunos intervalos, sombras de encapuchados cruzaban por el tablón que unía a las dos naves. En la noche, de un frío de acero, los expedicionarios con sus "parkas" semejaban frailes que llevaran la custodia, o penitentes camino de un solitario retiro.

Sin embargo, se dirigían a la cámara del petrolero, donde hacía rato rasgueaban las guitarras.

Les seguí.

La cámara del petrolero era espaciosa. Esa noche se encontraba llena y apenas si se podía ver a través del humo de los cigarros y de las pipas. Me situé en un rincón y esperé que mi vista se acostumbrara a esa atmósfera. Se hallaban casi todos. En la cabecera de una larga mesa estaba el comandante de la fragata, con su rostro joven, serio y afable. Tenía a su lado al comandante del petrolero, un marino de expresión atigrada, de mentón rasurado y bigote muy negro. Descubrí también al mayor de Ejército y al comandante de Aviación. En el otro extremo vi al capitán S. conversando con un oficial en mangas de camisa. Algo más cerca, con la mirada ausente, observaba la escena el teniente Pilniak. Un capitán, con barba cortada en punta, hacía de director de la orquesta y de los coros. Las guitarras eran pulsadas por el astrónomo, un hombrecillo de lentes gruesos, y por un joven impassible. Algunas canciones melancólicas, con sabor a pasto y a vegetación lejana, se abrían camino a través del humo.

Entonces, un personaje menudo y arrugado, con pellejo de bronce, ojos muy azules y ebrios, acercóse tambaleando hasta las guitarras. En voz alta pidió silencio. Era un biólogo alemán, apellidado Heinrich. Pidió que le pasasen una guitarra. Y con la venia del capitán se puso a cantar, acompañado de rasgueos estruendosos. La letra de la canción era en ale-

mán y, aunque nadie la entendía, debe haber sido graciosa, pues el cantante se interrumpía a cada momento para lanzar sonoras carcajadas.

A mi lado, el segundo del petrolero me dijo:

—Este biólogo se conserva en alcohol, igual que sus lagartos. Ya parece un arenque seco y salado. Usted pensará que viene aquí a investigar sobre especies marinas. ¡No, señor! Viene a beber y a nada más. El año pasado también estuvo. Y este año se repite la dosis. Habrá quien crea que viaja por amor a la Antártida, cuando lo hace únicamente por huir de su mujer, la cual, en la tierra.... ¿qué estoy diciendo? ... allá, no le deja beber. Aquí puede hacerlo a sus anchas. Viene y hace bien...

El capitán había interrumpido. De pie sobre una silla, dirigía un coro en honor del biólogo Heinrich. Escuché sonriendo. Era una conocida canción de las cervecerías alemanas, ahora con letra en español. Un teniente de uniforme se levantó e hizo de solo, con voz de falsete y cómica pronunciación:

*¿En qué se parece, señores,
el puerto de Valparaíso...?*

Luego, y en medio de carcajadas, todos acompañaban el coro.

Pilniak permanecía siempre distante, sin beber. Los comandantes de los buques se estaban retirando y un desplazamiento de cuerpos efectuábase a través del humo y del calor. Aproveché ese instante para acercarme al sitio donde se hallaba el teniente Pilniak. Al verme junto a sí no pudo reprimir un movimiento de inquietud. Le saludé diciendo:

—Esta mañana he recorrido sus dominios hasta el otro extremo, frente al Bransfield.

Y pensando que el ambiente de cordialidad de esta cámara me ayudaría a romper el hermetismo de ese hombre, agregué, insistiendo:

—Usted ha dicho que es ahí, en el Bransfield, donde no se congela el mar en el invierno. Un observador podría entonces haber visto pasar naves...

Pilniak no me permitió continuar, porque se alejó bruscamente, dejándome con las palabras en los labios.

Mi amigo, el capitán S., vino a sacarme de la embarazosa situación. Acompañado del naval en mangas de camisa, se acercó, presentándome:

—El teniente Rosales; reemplazará a Pilniak este año como Jefe de la base. Es amigo tuyo. Pero ahora deberás esperar otro año antes de preguntar.

El teniente Rosales no ponía atención a estas cabalísticas frases. Con un vaso de vino en la mano, me miraba sonriendo de manera extraña. Por fin habló, tuteándome:

—¿No recuerdas? ¿No recuerdas nada?

Algo, algo me parecía recordar. ¿Dónde? ¿Cuándo? Lentamente, nubes se corrían. ¿Dónde había visto este rostro? ¿En qué lugar?

—Soy Braulio Rosales. Fui tu compañero de curso y de banca en el liceo.

Yo no recordaba. Era más lejos, mucho más; por allá, por las nubes de los remotos años. Y apenas si oía lo que Rosales estaba hablando, con su rostro fijo, enigmáticamente sonriente, con un vaso de vino en la mano.

—¡Cómo te gustaba huir por los techos de las construcciones! Te acompañé, a veces. Y nos tendíamos a mirar las estrellas. Nunca he visto después cielos más estrellados; eran millones... Me quedó el amor por la aventura.

Tarde en la noche salí de la cámara del petrolero y caminé por las distintas cubiertas, hasta llegar a proa. La luz era como de día y temblaba sobre la blanca barrera. En el Occidente había un batir de alas de luz. Suaves mantos azules se fundían con mares verdes y con jardines de púrpura. "Los colores son las pasiones y los deseos de la luz". Pero esta vez no era así, sino como una imposible existencia, como un juego de almas. Una bandada de pájaros nocturnos volaba al final del horizonte, tratando de alcanzar esa comarca de la luz imposable.

Por entre los negros hierros del buque, me acerqué a la baranda y me afirmé en ella para contemplar la barrera. Despedía una luz inquieta y dejaba caer sus grandes témpanos, que rompían el silencio de la noche con sus truenos. Por encima de su límite, donde se extendían las inmensas llanuras de los hielos, batidas por el viento, alguien parecía caminar; una presencia de amor, un ser tan blanco, de finísima túnica con ojos cristalinos y dulce barba de plata. ¿Quién sería? ¿Hacia dónde iba? ¿En qué oasis misterioso elevaría su cruz?

Sentí de pronto que alguien se movía cerca de mí. Y descubrí que otro hombre estaba mirando la noche en la cubierta. Sentado sobre un

rollo de cordeles, tal vez me había estado observando sin que yo le viera; la sombra de una chimenea le ocultaba. El viento, que ahora soplaba desde el este, había hecho girar la boca de la chimenea, dejándole al descubierto.

Se levantó y vino a afirmarse en la baranda. Era un marino grueso, de rostro redondo, con una barba de pelo rojizo y ralo.

—Soy el capitán de máquinas de este buque —me dijo—. Y esta noche he subido a cubierta. Vivo en el vientre de la nave, junto al ruido de las calderas y al humo del vapor. Casi nunca veo el día, ni siquiera el mar. Soy como Jonás devorado por la ballena. Si el buque navegara bajo el agua, en vez de hacerlo por la superficie, no me enteraría. Sólo oigo las voces de mando que me llegan a través de largos tubos. En el combate sé cuando hemos vencido porque mis máquinas siguen funcionando. Los distintos paisajes del mundo me son indiferentes. Vivo en las entrañas, trabajo en las vísceras, en los intestinos. Y amo el metal y las calderas de mis máquinas. Su ruido acompasado, su gran presión, son música para mí. Los seres que existen en la luz de la cubierta, cuya voz percibo transformada por la distancia de los tubos acústicos, pertenecen a otra raza, son ángeles transparentes y débiles, que de mí dependen. En fin, algún día le haré importantes revelaciones, si es que usted tiene la gentileza de visitarme allá abajo...

Con curiosidad y simpatía, presté atención a este hombre. Prosiguió:

—Hoy he subido por primera vez a mirar el hielo. Al comienzo no he sentido el frío, pues guardaba el calor de mis calderas, mas, ahora, estoy temblando. Y no es únicamente a causa del frío de este mundo blanco. Estoy emocionado. No creí que esto pudiera ser. ¡Mire esas llanuras albas! Y ese tímpano que ahora cae en el mar. Escuche su ruido... Es como la voz de Dios al comienzo de los tiempos, antes que yo descendiera ahí abajo, a trabajar, para los ángeles pálidos, que no saben hacerlo como yo, y que nada serían sin mí... He escrito un poema... Si usted me lo permite se lo leeré...

Soledad vestida de blanco

Fragor de combates en sitios lejanos

Noches tan claras como muros en campos de muertos

Impresión de un Dios en las mentes sin fe...

Casi no recuerdo. Sólo algunos versos desgajados:

Terror de lobos de mar encierran tus témpanos

Potencia y torpezas de fuerte llevan tus bestias...

El capitán de máquinas se interrumpió y, mirando por última vez el cielo, dijo:

—Debo irme. Se ha cumplido mi tiempo. Mi historia es semejante a la suya y a la de todos. Estoy seguro de que aquí mismo, en este mundo, también hay un capitán de máquinas que vive en el vientre de los hielos. Algún día saldrá a hablarle del mismo modo y ciertamente no le leerá un poema. Luego usted deberá ir a visitarle, al igual que a mí, por curiosidad, y porque allá abajo hace calor y aquí, demasialo frío... Le espero...

LOS SKUAS ADIVINAN EL DESTINO

Al día siguiente Pilniak hizo entrega oficial de la base al teniente Rosales. Con tal motivo este último ofreció un almuerzo, al que invitó al comodoro, a los oficiales de alta graduación y a algunos civiles.

Los perros se movían en torno a los hombres. Se los había traído de la isla rocosa para mantenerlos en la base hasta el momento del nuevo zarpe de la fragata.

Después de almuerzo, los oficia'es se levantaron a dar un paseo de inspección por las dependencias. Deseaban comprobar que nada faltaba. El comandante de Aviación, Rodríguez, entró al cuarto de los esquís y descubrió una escopeta. La tomó en sus manos y la estuvo observando; la abrió, metió unos cartuchos en el cañón y salió junto al muelle.

El cielo estaba claro y el viento cortante soplabá siempre del este. Unos pájaros volaban encima de la antena de la radio y partículas de nieve eran arrancadas de la barrera, viniendo a caer en la playa del embarcadero, sobre los pedruscos húmedos.

Junto a la puerta de la base se hallaba echado el perro amarillo y ensortijado. Al ver salir al comandante Rodríguez, se levantó inquieto. Liguó la cabeza, fijando los ojos en la cumbre distante de la barrera. Ca-

minó un trecho, alejándose hacia el muelle. Con sus patas largas y finas moviase siempre en dirección al glaciar, sin bajar la cabeza, como si estuviese viendo a alguien allá arriba. Entonces, los pájaros que volaban sobre la casa vinieron a describir círculos encima del perro.

El comandante Rodríguez alzó la escopeta, apoyó su culata en el hombro, cerca de su barba negra, y apuntó a la cumbre del glaciar, precisamente allí donde miraba el perro.

Se oyó una detonación seca, esparciéndose por los confines de ese aire transparente. Y junto con ella un desgarrador aullido del perro, que echó a correr por el borde de la playa, en dirección a la barrera de hielos eternos. Los *skuas*, que hace un instante habían empezado a descender en bandadas sobre el animal, lo siguieron graznando, a la vez que se acercaban cada vez más a su cabeza.

Al ruido del disparo todos salieron de la casa. El capitán S. vio a su perro perderse entre las nieves y preguntó a Rodríguez por lo sucedido.

Pero Rodríguez nada sabía. Había disparado a lo alto, y el perro huyó como si la bala lo hubiese alcanzado.

Alguien dijo que tal vez el estampido pudo romper los tímpanos del animal. O el disparo sorpresivo lo enloqueció de terror: "Si los pájaros volaban sobre el perro era porque percibían las emanaciones de alcanfor, que se desprende de los animales asustados. Las voraces aves conocen que pueden hacerlo su presa".

Todos pensaban que el perro iba a volver. El comandante Rodríguez se arrepentía de haber cedido a un impulso inexplicable, a ese deseo de disparar un tiro en la Antártida.

El comodoro miró un largo rato las nieves del glaciar, ahí donde el perro había puesto sus ojos. Contempló los últimos *skuas* que volaban, perdiéndose, y se embarcó en silencio en la chalupa.

A pesar de saber que el perro no regresaría, daba vuelta a menudo el rostro en dirección de la gran barrera, mientras su embarcación se acercaba a la fragata.

"Querido amigo, aquí estoy pensando en ti. Lo sabía. Debí comprenderlo desde el momento en que no caí aplastado por el hielo del glaciar. Si no fui yo, serías tú. Alguien debía serlo. Era necesario. Estaba escri-

to. Pero no; no es eso. Había un lugar. Había *un destino*. Y el más valiente, el más *preparado* lo *cumpliría*. Hoy lo comprendo bien. Desde aquel instante, ya todo estaba decidido. Tú me habías ganado la delantera, y no habría ya espacio para mí. En vano me esforzaría, tratando de seguirte, golpeando las puertas del hielo, que no se abren. Aquel que todo lo ve, que analiza, pesa el alma y el valor del corazón, te había preferido. Y yo no sería más que un importuno trágico y lleno de dudas... ¡Me expulsó, sí, de sus dominios...!

“Esta noche mi alma te recuerda y te envidia. Sé que no podré olvidarte, que te llevaré en la memoria. Cuando en la isla gris mi mano se extendió para acariciar tu cabeza ensortijada, era tan sabia como esos pájaros oscuros que adivinan el destino. Mi mano ascendió a tu cabeza como en homenaje a un rey que está más alto. Cumplíanse los últimos momentos de tu forma, de tu símbolo hermético. ¿De dónde viniste? ¿Tuviste infancia? ¿Por que te eligieron esos dioses blancos? ¿Acaso porque no tenías “inteligencia” ni “razón”? ¿Por qué me rechazaron? ¿Acaso por tenerlas? Allá, en los ocultos oasis, reposarás... Necesitaban un perro, y te llevaron. Serás emblema y símbolo, como cuando el león era tu hermano en el paraíso.

“En este instante, junto a esta luz seráfica, pienso en nuestras almas, en esa cosa que ambos somos, en lo que nos representa y que buscó la forma, hasta romperla —la tuya—. Y sé que quizá me recordaste —a mi mano— cuando mirabas arriba del glaciar, a alguien que te llamaba, y tú aceptabas, diciendo: “Padre mío, ¿por qué me has abandonado?” Y luego: “Aparta de mí este cáliz...” Lo pensaste con los ojos. Y cuando sonó el disparo, y aullabas, aullabas, fueron gritos de triunfo y de dolor. Las aves eran las aves del límite, las señales de la tierra, que liberarán tu forma, graznando de alegría... ¡Oh, perro amigo, eres tan dios como los hombres! Porque estás más puro, más dios que los humanos. No me abandones. Y cuando llegue la hora sobre la nieve, aúlla de nuevo para que yo sepa, y busque tu fantasma, que me guiará hacia los Oasis.

“Mientras tanto, en la luz de esta noche... ¿Oyes al comodoro que vela? ¿Oyes algo? Yo le escucho. Dice: “¿Dónde se encuentran los caminos de mi barco? ¿Cómo hacerlo navegar a través de mi alma?” ¡Ah, él no conoce su propia alma! Pero, en cambio, conoce la mía. Porque sabe,

amigo, que mañana saldré a buscarte, antes de que esos terribles pájaros destrocen tu piel, tu insortijada pelambre...”

LA BUSQUEDA

Temprano bajé a tierra. Nunca he sido un gran esquiador. Ante mí se extendía la llanura blanca. Al comienzo, el sol caía sobre la nieve, refractándose con violencia, descomponiéndose en esa suerte de polvo vibrante y luminoso que hería la vista. Después descendió una niebla lechosa y consistente. A través de ella no pasaba el sol, pero sí esa vibración de la luz que rebotaba en el suelo helado. Caminé en dirección oeste, en busca del extremo opuesto de la isla. La nieve era dura a trechos, escarchada, y los esquís se atascaban. De tanto en tanto, pequeñas grietas se presentaban.

Esforzaba la vista a través de los anteojos, recorriendo todo el espacio que me era dado ver entre la niebla. Varias veces desvié el camino creyendo divisar un bulto, que después resultaba ser una roca.

Llegué al borde de la nieve, donde descendiendo se podría ir hasta la playa, la misma que en días anteriores alcancé por el glaciar. De nuevo podía ver las rocas junto al oleaje, la silueta de animales marinos y los pájaros volando. Titubeaba en sacarme los esquís, para bajar a ese sitio, cuando la niebla empezó a esfumarse y, brevemente, reapareció el sol. Pude entonces contemplar el contorno. Encontrábame sobre una lengua de terreno rodeada por el mar; distante aparecía el cerro de esta isla, con su cumbre sin nieve y su aspecto hosco. Pensé que si alcanzaba hasta allí obtendría una visión más amplia de la zona en que se perdió el perro. Mirando con los prismáticos podría descubrirlo, quizás, en alguna infrecuencia del terreno. Volví hacia el norte y empecé a subir por la suave pendiente nevada de este lugar. Ahora el sol frío golpeaba de nuevo el hielo. La sequedad del aire se estaba haciendo presente.

Por espacio de una hora caminé hasta llegar a la base del monte. Me hallaba cansado y transpiraba a pesar del frío y de la nieve. La pendiente era escarpada y la subía dificultosamente con los esquís. Pronto me has-

rá de ese penoso esfuerzo y decidí quitármelos. Me senté, abrí la llave, desaté las correas de los zapatos y clavé los esquíes en lugar visible. No había avanzado un gran trecho sobre la nieve, cuando una de mis piernas rompió la costra helada del suelo y se hundió en una grieta, de manera que tuve apenas tiempo para echarme atrás, resistiendo el peso del cuerpo sobre la otra pierna para escapar de caer en la abertura. Comprendí que la mejor manera de cruzar esta grieta era colocando sobre ella los esquíes para pasar en equilibrio como por un puente. Haciéndolo así, pude continuar escalando con cuidado, reconociendo previamente la nieve con el bastón. Llegué al terreno rocoso y descubierto. Aquí, entre los peñascos, crecían musgos raquíticos y secos; quemados por el frío, se mecían con el aire helado, cual si fueran pelos enfermizos de esos monstruos cráneos de granito. Las rocas devastadas aparecían sucias de nieve y de estiércol congelado. Más arriba, la cumbre del monte me fue visible. Era un cono estrecho e inexpugnable, pues la roca se hallaba descompuerta y descascarada. El menor traspíe despeñaría al abismo. Me detuve y miré el amplio panorama, abarcando la distancia. Al otro lado de la herradura de agua, se levantaba el bello monte piramidal, de blancura reluciente. Fondeados en la bahía veíanse los dos buques y se destacaban las casas de la base, como pequeñas manchas negras, interrumpiendo el montón de nieve. El mar antártico se extendía dorado, cubriéndose de témpanos lejanos que navegaban hacia el sur.

Tomé los gemelos y los moví lentamente por la superficie de la meseta. Escudriñaba con minuciosidad, deteniéndome en las grietas, fijándome en los peñascos visibles y en las sombras. Pronto debí comprender cuán inútil y difícil sería mi trabajo. En esa llanura invariable, en ese solario terso, el misterio total de una desaparición habíase cumplido. Ni siquiera pájaros volaban sobre las hondonadas. En la barrera seguía resonando la voz del glaciár.

Sólo en lo alto de este cono de roca empinada, dentro de las grietas, o en el roquerío marino, junto a los lobos y focas, podría encontrarse el perro.

De la cercana cima comenzó a descender la niebla espesa y, en breves instantes, la penumbra blanda cubrió el espacio.

El desierto helado estaba velando sus designios.

EL COMODORO EN SU CAMAROTE

Es de noche. Fuera cruza la luz veloz del po'lo. Rachas tiemblan en el cielo pálido. Aquí dentro hay un hombre inclinado sobre una mesa. Por el ventanuco penetra esa luz en movimiento.

El comodoro contempla una carta marina y traza figuras sobre ella. En sus manos sostiene el compás y la escuadra. De vez en cuando murmura algo; palabras que no se perciben.

Ha transcurrido mucho rato. Cerca de una hora. El hombre se levanta. Mira a través de la ventanilla. Y se pone a cantar:

*Cuando el Angel pase lista
sólo algunos llegarán...*

Y después:

*Listo a cazar las velas,
tesas brasas a ceñir.
Aprovecha bien la brisa del Sur...*

Vuelve a sentarse y oprime sus sienes:

—Razón tenía Ortelius... y Cosmes... ¡Ah, ese Indicopleustes, ese loco genial!... Si consigo dirigir la nave hacia el Este, siempre en esa dirección, tal vez pueda encontrar el Río y el Arbol que ponen en contacto con “la otra tierra”. Esa otra tierra a la que alcanzó el perro... Los llevaré a todos, sí, a todos los que conmigo van en este buque. Especialmente a ése... ¿Cómo se llama?...

Se levanta y pasea.

—Yo conozco estos hielos y puedo descifrar su voz, como si en ellos hubiese vivido siglos. Quizás así ha sido. Pero ellos no hablan del hombre, nada dicen; parece que sólo quieren a los muertos... Allá en el infierno, aún no se sabe que “la aspiración de todo grano dice *trigo* y que toda forma dice *hombre*”... Pero aquí... El viento luminoso, las ráfagas de luz, los estallidos de la luz. Esos fantasmas veloces y transparentes, cual saetas, que atraviesan este cielo y que me dañan la vista. Únicamente

yo los veo y los conozco. Aquí el tiempo se ha detenido y todo es igual a millones de años, cuando el gran combate se libró y el Arcángel luchaba en contra mía... ¿Qué digo?... En contra de El... Todo es idéntico. La lucha se repite. La misma historia. Ahí, sobre las grandes barreras, en las dilatadas llanuras de nieve, el drama continúa. Por ello esa luz veloz. Son escuadrones de espíritus. Y todavía no se sabe quién vencerá... Aún me queda una opción. Pronto volveré a entrar en combate... En este buque llevo mi gente; algunos buenos guerreros; el médico, por ejemplo, totalmente de mi bando. Pero hay otro que bien podría echarlo todo a perder. Ha venido... Tal vez era imposible evitarlo. Sin embargo, ¡oh, dioses, qué ironía, si esta vez se pusiera de mi lado...!

Coge el compás y la escuadra y pone a ambos en contra del rayo de luz nocturna que penetra a través del ojo de buey:

—¡Por vosotros, signos de la gran medida y de la ley, yo espero que se cumpla el destino y que en este territorio la forma se deshaga! Os necesito para navegar. Y para vencer. Vosotros sois los signos del valor.

La luz fría golpeaba en la escuadra, yendo a rebotar sobre el compás, donde describía dos círculos en forma de ocho, el signo del infinito.

Y el comodoro cantaba:

*Listo a cazar las velas,
tesas brazas a ceñir...
Aprovecha bien la brisa del Sur,
que te haga raudo navegar...*

Fuera, los pájaros volaban con un leve estremecimiento, alejándose hacia la zona del horizonte donde el corazón de la luz palpitaba.

EN POS DE MI DESTINO

La Península de O'Higgins, o Tierra de Graham, es como un cordón umbilical que pende del gran vientre del continente antártico. No se podrá saber si ella se encuentra realmente unida a la masa central, que

tiene la forma de un gigantesco plato o escudo. Los hielos son anchos y eternos, de modo que difícilmente se podrá apreciar si la Península de O'Higgins es realmente una península o si es un grupo de islas unidas por el hielo. Un indicio de su condición peninsular pudiera ser la cordillera que la sigue a todo su largo, continuándose luego en igual dirección hasta las proximidades del polo.

Por el oeste golpean las olas del Estrecho de Bransfield, del Gerlache y del Mar de Bellingshausen. Al este precipítase el Mar de Weddell y la península es azotada por los vendavales. Se desconoce su exacta amplitud, habiendo sido explorada únicamente en sus extremos. La base inglesa de Hope queda en su punta norte. Hay otras bases, norteamericanas e inglesas, en Bahía Margarita, su extremo sur.

Al oeste el Círculo Polar cae en el Estrecho de Bismarck, dentro aún de la Península de O'Higgins, y al este, en el Mar de Weddell. La gran masa del escudo antártico recién empieza más al sur.

Puede así verse que este sector es todavía subantártico, distante aún del embrujado misterio de las auroras polares.

Al amanecer de este día yo sentía una vaga felicidad, sin conocer al comienzo su causa. Poco a poco me pareció descubrir la razón. El buque se estremecía y cabeceaba, cimbrándose de ese modo ya familiar. Debajo de mi ventanilla azotaban las olas. No cabía duda, otra vez estábamos navegando. Y ahora en la apasionante aventura, yendo por lugares desconocidos, en busca de un sitio inexplorado del cual sólo yo creía poseer un indicio.

Sin comunicarlo a nadie, el comodoro había elegido esa noche para zarpar. En Bahía Soberanía quedaba anclado el petrolero. A la fragata se incorporaron el capitán S., toda la dotación de la nueva base, y el teniente Pilniak, que venía a completar sus estudios hidrográficos, iniciados durante la noche polar.

Este último se encontraba en el puente de mando esa mañana, afirmado en el girocompás, observando a través de los vidrios con su mirada vaga y enrojecida. Los rayos solares penetraban fraccionados, iluminándole el rostro de una palidez cerosa. No parecía un ser de nuestra raza, como si la noche antártica le hubiese desangrado y por sus venas circularan corrientes de vapores y neblinas. Semejaba un ángel enfermizo, con las alas apolilladas, a punto de desprendérseles de la espalda.

La puerta de la cabina estaba abierta y por ella entraba y salía el oficial navegante. Le veía ocupado con el sextante, calculando el rumbo. Se subía el cuello de pieles por encima de las orejas, porque el viento le azotaba.

El Estrecho de Bransfield cimbraba sus olas. Grandes témpanos venían del sur. Tomaban extrañas formas y hubo que desviar varias veces el rumbo para no chocar con ellos. Pasaban muy cerca, de modo que era posible admirar su pigmento hermético, su encantada vida de leyenda.

Varias horas estuvimos navegando en esta forma. Siempre con rumbo al sureste, hasta que aparecieron las cumbres rocosas de dos islas pequeñas, manchadas de nieve.

En medio de las islas extendíase una nube larga.

El oficial navegante explicó:

—La Tierra de O'Higgins se encuentra a la vista. Es esa nube. Creo que existe un error en las cartas respecto a la situación que se da a esta península.

—Nada de raro habría en ello —terció Poncet—. Estos lugares son desconocidos. Sólo Charcot navegó a la vista de esas costas en 1906.

Una hora más y empezamos a deslizarnos por entre islas. Penetrábamos en una curiosa ensenada. Al frente nuestro apareció la pared vertical de la barrera de la Tierra de O'Higgins.

Poncet me habló:

—¡Somos los primeros! Nunca nadie ha visto esto.

Millares de pequeños témpanos, trozos diminutos de hielo, flotaban a nuestro alrededor. Eran verdes, rosados, amarillos, de todos colores. Viajaban, giraban, daban vueltas en el agua, reflejando el sol en cada una de sus facetas, en sus múltiples vértices. Llegaban hasta el buque y golpeaban su casco, produciendo un chasquido melódico. En el agua transparente veníanse a proyectar las grandes sombras de las islas, de la barrera y del barco; también las nuestras, afirmadas en la barandilla, mirando el mar.

La fragata había disminuido la velocidad casi por completo. En la proa, el segundo comandante dirigía el trabajo de la sonda. Sin abrigo, vestido sólo con su traje de oficial y las manos sin guantes. Anunciaba la profundidad que íbamos alcanzando. Su voz llegaba enrarecida por un tubo acústico. En el puente, el comandante Urrejola recibía las informa-

ciones, transmitiéndolas a un teniente, que a su vez las hacía llegar al timonel.

La sala del timón quedaba bajo el castillo de mando; a través del piso, podíamos escuchar el ruido cadencioso de la rueda. Semejaba la cuerda de un reloj que se enrolla y se distiende.

Con una lentitud pasmosa, la fragata avanzaba directamente hacia la pared del hielo. Podía verse el fondo rocoso en la transparencia azul del agua. La ensenada se estrechaba más y más. Oí decir al comandante:

—Estos callejones siempre tienen una salida. Todo consiste en perseverar, en no volverse. Se me ocurre que cerca de la barrera vamos a encontrar un canalejo. En ese caso, veremos algo extraordinario. La Patagonia me ha acostumbrado a estas sorpresas.

La fragata encontrábase ya muy cerca de la pared frontal. Aún continuábamos avanzando con lentitud, cuando el segundo avisó desde proa un bajo peligroso. El comandante ordenó marcha atrás a toda máquina y la fragata se detuvo, para comenzar a retroceder.

Otra vez nos encontrábamos fuera de la silente ensenada y aún los pequeños témpanos multicolores circulaban rodeándonos. Del sur venían otros mayores, impulsados por una invisible corriente. Sobre uno de ellos se desperezaba una foca; tendida de costado, afirmábase en su aleta como sobre el codo. Al pasar por nuestra vecindad levantó su cabeza y nos miró con languidez. Abrió sus ojos redondos. Luego dejó caer los blandos párpados y se cubrió con sus pestañas de estalactitas.

Cerca de una hora estuvimos intentando avanzar hacia el sur; pero el *pack-ice* comenzó a surgir y grandes témpanos, cada vez más frecuentes, nos cerraron el paso. Desistimos, cambiando el rumbo en dirección a Hope, o sea, hacia el extremo norte de la península.

A medida que se navegaba al norte, la Tierra de O'Higgins se iba corriendo al este, de tal modo que junto con explorar esas latitudes se cumplía con el principal requisito de la expedición. Más al este nadie podría alcanzar, a no ser que se cruzara por el Estrecho de Hope, pasando al Mar de Weddell. Nuestras instrucciones eran ir lo más al este posible.

Tras un continuo navegar llegamos a ponernos a la cuadra del Paso

Antártico, donde se encuentra la base inglesa de Hope, en las proximidades del cabo del mismo nombre. Aquí volvieron a salirnos al paso los témpanos y el *pack-ice*. El comandante ordenó cambiar nuevamente el rumbo hacia el sur, volviendo a navegar despaciosamente, cada vez más próximo a las costas y a las barreras de la península. El tiempo manteníase siempre claro, aunque un viento amenazador soplaba sobre las mesetas empujando nubes dispersas hacia el horizonte invisible.

Algunos tripulantes habían ido a almorzar, otros preferían quedarse en cubierta, atentos a las alternativas de la exploración. Yo seguía en la torre de mando y observaba con los gemelos las variantes de la costa. A menudo aparecían pequeños fiordos; los comandantes no se interesaban por explorarlos, pasando de largo frente a ellos. Hubo un momento en que la visión de la costa se interrumpió completamente a causa de un iceberg plano como mesa.

Al alejarse este iceberg un espectáculo muy diferente surgió ante nosotros. Estábamos cercanos a la península. A nuestra vista se levantaba un peñón gris, destacándose como una prolongación de la barrera. Inmediatamente arriba erguía un cerro no muy grande, aunque cubierto de nieve.

El comandante se inclinó sobre la borda y miró con atención. A su lado permanecía el arquitecto Julián. Un poco más lejos se encontraba el comodoro. Julián extendió el brazo e indicó el peñón:

—Ahí podría ser.

Yo dudaba.

Entonces el comodoro habló en voz baja al comandante y éste ordenó algo al oficial que estaba a su izquierda.

El buque enfiló la proa al peñón gris. Se sintió el ruido de cuerda del timón. Y otra vez, la voz del segundo cantando la profundidad. La cadena del ancla comenzó a raspar el acero del casco y la fragata fondeó a corta distancia de la Tierra de O'Higgins.

Fuimos de los primeros en pisar y en hundirnos hasta las rodillas en esta nieve. Nunca ser humano estuvo aquí. Al menos durante los millones de años que este lugar ha permanecido cubierto por la nieve y el hielo.

Descendieron también los marinos y los soldados, con sus brújulas y teodolitos. En raquetas y esquís caminaron sobre la nieve y comenzaron a

medir el terreno. El peñón estaba desnudo y la roca ofrecía un aspecto hosco. El viento soplabá fuertemente, barriéndolo de un extremo a otro. Unos pájaros negros graznaban destemplados. Fellenberg se inclinó con su cámara fotográfica y estuvo largo tiempo estudiando las vetas de las piedras. Algunos marineros le observaban llenos de curiosidad, pensando que pudiera descubrir oro. El alma atávica del minero despierta a la sola vista de la roca desnuda y árida.

El viento nos obligó a regresar pronto. Las olas se encrespaban, aunque el cielo continuaba azul y claro. En el camino de vuelta a la fragata nos cruzamos con un témpano sobre el que también venía una foca. ¿Sería la misma de la mañana? Inmediatamente detrás se aproximaba una chalupa bogando a todo remo. En la proa, de pie y con una expresión desconocida, iba el teniente Pilniak. Empuñaba un cuchillo. Antes de saltar sobre el témpano, se quitó la casaca y la camisa, quedando con la cintura desnuda. En el bote ladraba furiosamente el perro mascota de la fragata. La foca parecía no darle importancia a todo esto y miraba soñolienta a esos seres extraños. ¿Cómo podría siquiera imaginar lo que iba a suceder?

Pilniak abordó el témpano, que se balanceó peligrosamente; rápido, estuvo cerca de la foca, dándole una puñalada en el cuello. Quiso luego deslizar la hoja del cuchillo hacia abajo, para cortar en redondo; pero resbaló cayendo de bruces. La foca, sorprendida, lanzó un bramido de espanto. No atinaba a comprender lo que sucedía. Al mismo tiempo, un chorro de sangre negra y espesa saltaba sobre el hielo, precipitándose hasta el agua y manchando el torso de Pilniak que hacía esfuerzos por levantarse. Como un demente estuvo otra vez de pie, descargando nuevas puñaladas sobre el cuello de la foca. Desnudo y cubierto de sangre, realizaba el inexplicable rito de ese salvaje asesinato. La sangre suya y la de la foca se confundían en una sola. Ya no era un ángel ceroso, ahora parecía un dios terrible y sangriento.

Todo el mar se manchó de sangre, los hielos todos, y de ella disfrutamos con horror.

Pilniak mostraba así a los recién venidos a este mundo lo que él sabía, lo único que había aprendido durante un año: matar focas.

¿Pero era sólo esto? En la noche, meditaba. Y me parecía comprender que no se debía juzgar con simplicidad. Un curioso destino trajo

a Pilniak a este universo. El sudario antártico oprimía lentamente, destruyendo todo aquello que era físico, que era producto de otra tierra y de otro espacio. Junto con el viento que arrugaba las mesetas, se escuchaba la voz de los espíritus, de las formas genuinas de estas distancias. Ellos presionaban el alma de Pilniak, la embalsamaban, hechizándola; pero el cuerpo no encontraba el sol, las células físicas no recibían su alimento. Para un hombre tan simple y denso, el drama se cumplía más allá de su conciencia. Y aquello que iba siendo una maravillosa muerte, capaz de transportar a una *nueva vida* ("es necesario que *yo* muera para que *él* viva"), en Pilniak se convertía en espanto, en resistencia frenética ante la nada. No, él no se dejaría vencer voluntariamente por el "abrazo de la Virgen de los Hielos". E instintivamente buscaba una salida, encontrándola en ese pacto, en ese rito sangriento. En el frío de la Antártida, se bañaba en la sangre de los seres que la habitan. Asesinaba, prolongando de ese modo la existencia de su vampiro pálido. La sangre es el sol líquido. Si el sol no aparecía en el cielo, entonces Pilniak lo buscaría en el infierno. (Alguien se reía abajo).

¡Pobre Pilniak, ya estás marcado! Porque nunca podrás olvidar esta roja y espesa sangre, que corre a torrentes sobre el hielo. ¿En qué otro lugar del mundo habrás de encontrarla mezclada a este color tan blanco?

EL NOMBRE DE LOS CERROS

Amaneció nublado. El cielo estaba cubierto y bajo; a pesar de ello, había buena visibilidad. Con dos marineros descendí a tierra y empezamos a escalar el cerro que se erguía detrás del peñón. La nieve estaba siempre muy blanda y nos hundíamos hasta la cintura. Yo iba delante, abriendo la huella. Sentía la nieve humedeciéndome; palpaba su consistencia liviana y porosa. A menudo la oprimía entre las manos. Veía cómo se juntaba compacta para luego desaparecer. Millones de años cayendo aquí y esfumándose en la atmósfera, subiendo a la niebla, para descender otra vez como plumas de aves invisibles. Es sal sin sabor, mortaja de este mundo que miró atrás y se embalsamó. Ella conoce el secreto; pero no tiene memoria. Lo que en su contorno se salva, lo hace a pesar suyo. Algunas ballenas, algún muerto eterno, deben conservarse bajo su sábana.

A mitad de camino, nos detuvimos a contemplar. Vimos la bahía

cubierta de témpanos y la fragata en medio de ese ambiente gris blanco. Sobre el peñón, el arquitecto Julián se paseaba a zancadas, reconociendo el terreno. A veces se detenía y, sentado sobre una roca, meditaba. Vefíase muy pequeño desde aquí. Sin embargo, ese punto móvil, o inmóvil, era capaz de levantar viviendas, de construir casas. Con seguridad en este momento soñaba con poblar la Antártida. Poco antes de la cumbre, la nieve se hacía escasa y aparecía la piedra desnuda del rodado. Los marineros se entretuvieron mirando los cascajos en busca de la consabida veta. Uno de ellos era bajo y rechoncho. Hacía de cocinero a bordo. Me había tratado siempre con respetuosa simpatía. Por mi parte, pretendía ser un buen camarada suyo. El otro marinero era alto y de barba negra. Muy pocas veces le había visto en la fragata. Quizás trabajara en la sala de máquinas.

Buscamos una subida fácil para alcanzar la cima. Dimos vueltas por el cono de la cumbre. Siempre iba delante, seguido del cocinero, que me cedía el paso y observaba con minuciosidad los accidentes del terreno, mientras recogía piedras de estratos coloreados. Faltaba poco para la cima cuando sucedió un hecho curioso. El marinero alto, que marchaba en el último lugar, aceleró el paso y, corriendo casi, se nos adelantó, para llegar primero arriba. Una vez allí sonrió satisfecho, nos miró un instante y abrió los brazos para respirar hondo, como si quisiera tragarse la bahía y el horizonte nuboso de la Antártida.

De vuelta en la fragata, esa tarde, el comodoro me mandó buscar.

Se encontraba en el puente y a su lado tenía al comandante y a los dos marineros con quienes yo había escalado el cerro en la mañana. En el rostro del comodoro vagaba la sombra de una sonrisa. En cambio, los dos hombres se mostraban confundidos.

El comodoro empezó:

—Usted ha de saber que también los cerros tienen nombre. Aquí soy yo quien los bautiza. Soy el Juan Evangelista de estas regiones. Y les doy el nombre del primero que llega a su cima...

No pude menos de reírme. Ahora comprendía todo.

El comodoro interrogó al cocinero:

—¿Quién llegó primero a esa cumbre?

El cocinero miró con ojos de reconvención a su compañero, que permanecía con la vista baja.

—El —dijo.

—¿Usted lo confirma? —me preguntó el comodoro.

—Por supuesto —respondí.

Entonces el comodoro, dirigiéndose al marinero alto, que aún no se atrevía a levantar la vista, exclamó:

—Ese cerro se llamará con tu nombre. Tú te llamas Morales. Y ese cerro se llamará así. Yo le bautizo en el nombre de...

Su rostro se había puesto sombrío de repente.

Pero el marinero Morales se atrevió a hablar, interrumpiendo al jefe:

—Señor, ese caballero no sabía que quien llega primero arriba... ¿Por qué no le pone su nombre al cerro?

Sentí a mi vez que me abochornaba y protesté enérgicamente, afirmando que el primero en llegar a la cima fue el marinero Morales y que el nombre del cerro debía ser el suyo y ningún otro. Pero algo raro había sucedido entretanto en el ánimo del comodoro. Inesperadamente, decidió que el cerro no sería bautizado, debiendo continuar blanco y sin nombre por toda la eternidad.

Vi ahora a ambos marineros sonreír, satisfechos y agradecidos.

De este modo recibí una lección que no olvidaré. Para estos hombres de mar, el hecho de que un trozo del mundo lleve sus nombres es lo máximo que pueden pretender, es la realización de sueños ocultos. Sin embargo, con la delicadeza característica del pueblo, prefieren renunciar antes que tener que soportar la idea de haber actuado sin generosidad.

Contemplé al marinero y vi sus ojos sonrientes ahora.

Es hermoso que un cerro lleve nuestro nombre. ¿Pero cuál es nuestro nombre? Este mundo blanco aún no lo ha revelado.

LAS AVES DEL PARAISO

Volvimos a zarpar, porque el peñón solitario no reunía las condiciones requeridas. Unicamente si nos fuera imposible encontrar un lugar mejor, regresaríamos para construir allí la base.

Entretanto la expedición había hecho un descubrimiento importante.

La sospecha de que la Tierra de O'Higgins se encuentra mal situada en las cartas de navegación, pudo ser comprobada por nuestros marinos. Con relación a las cartas geográficas, la península se encuentra corrida veintidós kilómetros al noreste. El oficial navegante ubicó el punto exacto del error.

Esa mañana navegábamos de nuevo rumbo al sur, un poco más retirado de la costa. En la Antártida se produce un fenómeno curioso: nunca el paisaje es igual, aun cuando se pase varias veces por el mismo sitio. Una concentración de témpanos, o un desmoronamiento de la barrera, le da nueva configuración. El paisaje es como un escenario móvil. La enseña que ayer vimos, hoy no existe; los montes que se levantaban en el cielo claro, se encuentran cubiertos por la espesa niebla.

Con sorpresa observábamos un panorama desconocido. Más o menos en la latitud de días atrás, descubríase a nuestra vista un mundo extraño, poblado de figuras fantásticas. La fragata se escurría por entre enormes témpanos que adoptaban caprichosas formas, navegando en sentido inverso al nuestro, o permaneciendo extáticos, como veleros de cuentos de hadas. Desviamos el rumbo hacia la costa. Los témpanos no disminuían, sino que por el contrario aumentaban, llegando a dar la impresión de un ejército decidido a cerrarnos el paso a un mundo invisible. El comodoro ordenó fondear. Detrás de los témpanos parecían surgir las cumbres de unas islas. Mas, nada podía tenerse por seguro en esta mañana propensa a todos los espejismos.

Las espías crujieron y se bajó la lancha a motor del comandante. En ella subieron el comodoro, el médico, el fotógrafo y algunos oficiales. Yo también les acompañé. Ibamos a tratar de abrir una brecha en la trinchera helada, atravesando las compactas filas de esos ejércitos de témpanos.

El ruido del motor de la lancha interrumpió apenas la quietud del ambiente y la embarcación se alejó con la proa dirigida hacia la península encubierta.

A medida que nos aproximábamos a los témpanos, veíamos que no se encontraban tan cerca los unos de los otros. Caminos anchos se abrían entre ellos. El principal obstáculo, la ilusión, iba siendo vencido. Pronto nos encontramos en el centro de las primeras avanzadas.

Un espectáculo soberbio, imposible de describir fielmente, se nos presentó. Estábamos rodeados de montañas de hielo que se movían silencio-

sas, o que se balanceaban suavemente al compás de una débil brisa, o de un misterioso ritmo. Los fantasmas se aproximaban en una misma dirección, adoptando las más extraordinarias siluetas. Castillos con almenas blancas, con sus puentes levadizos y con rostros de guerreros impresos en sus muros cristalinos, deteníanse a nuestro lado. Veleros de fantasía, con amplias arboladuras, navegaban dejando tras de sí una estela plateada. En dirección a la proa de la lancha apareció un tímpano dividido por la mitad y unido en su parte alta por arcadas colosales de hielo rosado. Pasamos bajo este portal y las paredes laterales despidieron chispas multicolores, que parecían vibrar. Nos detuvimos para contemplarlo. La visión era única. La luz del cielo, intensa y fría, penetraba por las blancas paredes y, desde dentro, transmutábase en esas vibraciones del color. Alguien ahí la recibía en toda su pureza original, contaminándola luego con la emoción y la pasión del color; como sangre verde, azul, púrpura y dorada, surgía de las paredes del hielo, cayendo sobre el agua y esparciendo las tonalidades por su superficie. En torno a la arcada y más allá de la piel porosa de los primeros planos del tímpano, la luz se descomponía; en esta segunda superficie millares de puntitos dorados y brillantes entraban en ebullición; circulaban, movíanse continuamente, produciendo los cambios del color; por momentos eran verdes, después celestes o rosados. Se hacía imposible seguir con la vista todas sus transformaciones y aventuras; el brillo intenso enceguecía. Mas, si uno tuviera la fuerza y el poder de hacerlo, superaría este plano del color, pudiendo llegar al interior inmediato del hielo, donde la luz de nuevo reposa, enmudece y se hace blanca. Es la morada central de la luz y del frío. Todo está quieto ahí, sin vibración; pero hay un punto acumulado, un centro del reposo, estático, que es conciencia, superconciencia, y en que virtualmente se halla esa melodía del color, que es la que se expande por el contorno de las paredes del hielo. Alguien mora en todo esto. Miles de rostros y de formas se crean y recrean, y de esa conciencia de la luz, nace la música que acompaña el vaivén de los tímpanos. Algo que está más allá del oído percibe esta melodía que tiembla en el aire, por bajo de la arcada multicolor y que nos extasía, humedeciéndonos imperceptiblemente.

Nuestra lancha continuaba hacia delante. Nos deteníamos por algunos momentos, como en este caso, o bien, girábamos en torno a un tímpano para contemplarlo a nuestro gusto. A pesar de las colosales dimen-

siones visibles, la parte del témpano que se sumerge en el agua es el doble de la que se muestra al exterior. Los cimientos de esos edificios navegan sumergidos, ocultos a la vista por una mancha verde y amarilla que, al igual que aceite espeso, se desprende de las paredes flotantes. Estos témpanos, a medida que son arrastrados por las corrientes polares hacia el norte, disminuyen de tamaño y mueren un día en extraños climas. Su deceso se anuncia por una vuelta de campana, en que la parte de abajo sube violentamente y la parte de arriba se sumerge en el mar. Es una conocida historia: la vida se cambia en muerte y la muerte en vida. Lo que se encontraba debajo sube y lo que estaba arriba descende. El día se hace noche y la noche día. La ascensión de la base del témpano moribundo es como si su alma se remontara al cielo.

El ruido del motor de la lancha nos traía momentáneamente a la realidad; pero los hombres apenas si nos mirábamos, y la pequeña embarcación avanzaba imperturbable.

Un inmenso iceberg tubular apareció al frente. Era como una isla. A medida que nos acercábamos, pensamos que nos cerraría definitivamente el paso. Mas, de improviso, unas aves blancas, parecidas a palomas, elevaronse como trozos de su superficie; planearon un rato y después se alejaron graznando para ir a cruzar por el centro del iceberg y perderse de vista. Quedamos sorprendidos. ¿Por dónde habían desaparecido esas aves? A través del iceberg era imposible, a no ser que nos encontráramos efectivamente en un lugar de encantamiento. Esos pájaros tenían que haber volado por algún pasadizo invisible desde aquí.

Dirigimos la embarcación hacia el punto de la masa de hielo en que los vimos por última vez y nos encontramos con un estrecho corredor entre dos icebergs. A ambos lados se extendían paredes altísimas y hacia el otro extremo alejábanse aún las aves. El iceberg se dividía en dos. Al cruzar lentamente el corredor de agua veíamos acercarse la luz azul de un cielo transparente. La sombra fría del hielo y las olas que golpeaban sus costados con un ruido sordo, nos hacían desear salir pronto de esta peligrosa senda.

El marinero que iba en la proa lanzó una exclamación. Luego todos pudimos presenciar un espectáculo sorprendente. Del otro lado, el mar inmóvil aparecía limpio de témpanos, cubierto sólo por pequeños trozos de hielo. Sobre una puntilla nevada en parte, volaban en círculos los pája-

ros, graznando y dejando caer de sus alas un polvo impalpable. Nos encontrábamos casi encima del continente y dentro de una bahía cortada al oeste por dos islotes. La puntilla era una mínima extensión de la Tierra de O'Higgins. El cielo estaba despejado; pero sobre la península descendía un manto de nubes claras que nos velaba su exacta configuración.

A medida que la lancha se aproximaba, el marinero de proa empezó a cantar y Julián le acompañó.

De nuevo, como antaño, las aves nos habían indicado el camino del paraíso.

Centenares de pingüinos vivían en la puntilla. Los habitantes del paraíso eran ellos. Al descender y pasar por entre sus nidos de piedrezuelas nos parecíamos tal vez a esos primeros conquistadores que llegaron a las islas placenteras de los mares del sur y caminaron junto a los naturales desnudos y arrobados, que les recibieron con flores y danzas.

Los pingüinos estaban en la estación de la cría. Permanecían echados en su pequeño espacio de piedras policromadas, calentando sus huevos. Nuestros pies tropezaban en ese inmenso roquerío, destruyendo a veces, y como siempre, las habitaciones primitivas de los seres. Entonces los pingüinos escapaban abandonando el huevo o la cría. Algunos marineros trataban de coger los polluelos ateridos. Si era la hembra la que empollaba, por ningún motivo abandonaba el nido, haciendo frente al intruso, a pesar de su miedo. El macho, en cambio, huía desazonado, no atreviéndose a regresar para proteger el refugio. Las pobres aves, sin discriminación, temblaban como niños a nuestro paso y el temblor de sus plumas lustrosas producía un movimiento uniforme en la gran colonia que habitaba el roquerío de la puntilla.

Los expedicionarios nos habíamos dispersado por el lugar para reconocerlo. La lengua de tierra encontrábase unida a la masa de la península por un corredor de rocas. Desde aquí podía verse una ensenada en la que se agrupaban los témpanos y donde el mar, en remolinos, daba golpes contra el costado de la barrera de muros muy altos. Encima parecía levantarse un monte; pero el velo de nubes no nos permitía ver. Abajo había una playa de tierra fina y de arena mezclada con trozos de nieve y

hielo. En ella reposaba una foca de piel manchada. Oímos los sones de la corneta de a bordo.

En medio de la colonia de pingüinos, el corneta había introducido la reconciliación. En cuclillas, estaba tocando algunos compases. Las aves se acercaban rodeándole y escuchaban embelesadas. Torcían sus pintorescas cabecitas, algunas con barboquejo, otras con rojos picos o con moños empinados, y parecían apreciar esos sones, en los que tal vez descubrían a Dios, o el ritmo de un universo entrevisto, soñado en la aurora de la noche antártica.

Los pingüinos papúas y los pingüinos adielas, con sus huevos bajo el vientre, o con sus hijuelos, escuchaban ese concierto improvisado, dejándose transportar por los ingenuos sones.

Las olas golpeaban con suavidad sobre el muelle natural de rocas, en la puntilla. Cuando la lancha se alejó, para retornar por entre los témpanos, la elección ya estaba hecha.

Julián podía construir su casa.

En la noche, después de la comida, subí a cubierta y me puse a esperar.

La fragata había cambiado de fondeadero. Pasando por entre dos pequeñas islas, entró en la bahía. Y ahora se hallaba al ancla frente a la puntilla. Las flotas de témpanos quedaban al norte, sobrepasadas, y hasta el gran iceberge se alejaba lentamente.

Mecíase una brisa suave. Arrebujado en la "parka" me detuve, como otras veces, junto al cañón de proa. El cielo era claro y limpio. Pero en el horizonte se venía extendiendo una gran mancha roja y dorada de nubes crepusculares. Sobre la península aún se posaba ese velo que impedía ver más arriba de la línea cortante de la barrera.

Seguía esperando.

Entonces, la luz comenzó a temblar y un resplandor lejano cruzó el cielo. El velo palpitó en su extremo y se desgarró hacia el sur. Por ese desgarramiento filtróse la luz veloz, como un hálito repentino, y todo el largo manto de tenues nubes se abrió, desgajándose en crepones y en hilachas que el viento desplazaba con suavidad hacia el horizonte.

Aquello tan deseado estaba aconteciendo. Una inmensa cordillera, convulsa, de cumbres transparentes, se extendía por sobre el dorso de la Tierra de O'Higgins, para continuarse en ondulaciones tremendas, unida y separada por abismos y ventisqueros. Las cimas eran de albor inmaterial y ascendían hasta toparse con los últimos restos del velo desgarrado y con la luz nocturna y triunfante. Cintas moradas descendían a veces por las laderas y el oleaje de la luz golpeaba contra los picachos.

He aquí los montes de mi sueño. Tan blancos y transparentes como ellos, temblando en la luz divina y fría. Dentro de sus nieves vivirían los héroes que voy buscando. Sus cumbres semejabán rostros de titanes, contemplando la celeste eternidad.

Con la impresión de estar viviendo un momento decisivo, me puse a caminar por la cubierta. Al llegar a la proa me encontré con el comandante de Aviación, quien también contemplaba el suceso. Con su barba negra y la cabeza descubierta, se volvió al sentirme llegar.

—Mire —le dije—, entre esas montañas el Oasis nos espera. Debemos ir.

Permaneció en silencio. Volvióse hacia el horizonte del mar y me señaló un nuevo espectáculo.

Las nubes rojas se habían mezclado con los crespones arrancados del velo que cubría los montes y el viento nocturno los unía empujando toda esa masa inverosímil hacia el cenit. Y era como sangre coagulada, de un rojo oscuro e intenso, que se fundía con el dorado y con el verde para crear formas y colores imposibles. En el extremo del horizonte, donde el mar se junta con el cielo, leves caravanas de témpanos viajaban en medio de ese éxtasis de la luz. Eran azules, de oro viejo. Y en algún punto, en algún lugar de esa lejanía, palpitaba un fulgor, como si fuera el martilleo isócrono del pulso de la luz. El crepúsculo extendíase por todo el cielo y se prolongaba hasta más allá del mundo, envuelto en un aire que venía de otro universo.

Sin saber de mí comencé a ir y venir por la cubierta, con el rostro levantado al cielo y también, con deseos de cantar. Marchaba, marchábamos, hasta altas horas de la noche. Quizá si hasta el otro día. O hasta más allá del día.

Soñé de nuevo con el cerro transparente, de cristal de nieve. Dentro estaba El y me decía: "Te esperamos. Apresúrate. No sea que ya no me encuentres. El viento de la fatalidad sopla. Los árboles aquí dentro caen. Los cuartos quedan vacíos. Los techos se derrumban. Nuestros enemigos se acercan. Debemos partir. Erraremos eternamente por los mundos. Estamos prisioneros del Mito. Te necesitamos. Ven con nosotros. Apresúrate. Tu perro ha llegado. El nos avisó que vendrías..."

El viento, que diseminaba la nieve de cristal, golpeaba el monte transparente. Debajo se extendía un lago azul.

CONSTRUCCION DE LA BASE Y EXPEDICION AL WEDDELL

Al día siguiente comenzó la faena de descarga de materiales para la construcción de la base. Desde muy temprano se trabajaba a bordo. Las chalupas balleneras partían con maderas, sacos de cemento, barriles y largos fierros. En tierra, Julián dirigía las operaciones. Junto al muelle natural se había instalado una grúa y una roldana. Transportaban los materiales más pesados hasta el sitio de la construcción. Los hombres trabajaban con alegría y cargaban los sacos en medio de bromas y chascarros.

Bajé a la playa con los oficiales y vi al comodoro y al comandante trabajando con la perforadora. El comodoro ejecutaba este acto simbólico. Con el rostro indiferente, con el pensamiento en algún sitio lejano, estuvo un rato entregado a la labor. Quise poner también algo de mi parte y acompañé a los tenientes a cargar sacos. Pronto hube de quitarme la "parka", pues un agradable calor circulaba por mi cuerpo. Y así trabajé con ellos hasta que el cansancio me venció.

Sobre el muelle, el capitán S. contempló esa mañana los primeros esfuerzos hechos para la construcción del que sería su refugio durante un año. Su actitud era curiosa, pues no dio un solo paso para intervenir o para ayudar. Más bien parecía desinteresarse. Después de un momento se embarcó y ya no volvió a descender a tierra.

Durante varios días se trabajó con un ritmo intenso, hasta dar por terminada la faena de la descarga. La fragata debió regresar a Soberanía,

para reaprovisionarse de material en el petrolero. Estos viajes se repetirían a menudo, hasta finalizar la construcción. No los narraré en detalle. Bástele decir que navegábamos por el Bransfield con tiempo variable, más bueno que malo. Debo también explicar que no todos los días se podía trabajar en tierra, pues con frecuencia nos veíamos azotados por temporales de viento. El primero de ellos que conocimos estalló en un día de sol esplendoroso. Las olas en la bahía alcanzaban grandes alturas y las chalupas no pudieron descender. Refugiados en la fragata mirábamos relampaguear los témpanos y las nieves de los montes. El viento rugía, haciendo vibrar las cuerdas y las planchas del buque. Desde la barrera se desprendía el polvo de nieve y la meseta era batida por el *blizzard*.

Durante la navegación a Soberanía, el agua del Estrecho de Bransfield tenía un color pardusco; grandes témpanos tubulares la surcaban. Otros témpanos seguían la estela de nuestra nave, o nos sorprendían deslizándose en sentido inverso y obligándonos a cambiar el rumbo. También establecimos un contacto más íntimo con las ballenas. Era la época en que éstas aparecen por los mares antárticos. Las zonas más visitadas por ellas son las de Ross, Kerguelen y Bouvet. Pero desde la región del mar de Weddel, en el otro extremo de la Península de O'Higgins, cruzaban hasta el Bransfield. Eran las ballenas azules, de barbas, y las *finbacks*. Raras veces se ven aquí los solitarios cachalotes que, como peregrinos, o aventureros, realizan estas enormes travesías desde sus mares cálidos. El plancton, alimento de las ballenas, es abundante en las zonas anteriormente mencionadas y se compone principalmente de un crustáceo llamado *krill*, en noruego. Las *finbacks* también se comen los copépodos del plancton. Se podría decir que los mares antárticos constituyen una inmensa sopa de plancton para los cetáceos.

Como ya hemos dicho, para entrar en la bahía de la nueva base debíamos pasar entre dos islotes rocosos, manchados de nieve. Un día encontramos una ballena dormida ahí. Flotaba a la deriva, extendida en el mar como una odalisca. La fragata tocó varias veces la sirena para despertarla. Pero ese monstruo, de unos treinta metros de largo, no se movía. Su oído, cubierto por múltiples capas de grasa, percibía únicamente el rebullir sordo de su torrente interno, de su circulación pesada, de ese su mundo hondo y caliente entre los hielos.

¿Son las ballenas tales como nosotros las vemos? ¿Cuál es la reali-

dad? ¿Existe una realidad? Un grano de arena penetra en la ostra, le produce una herida, la irrita. La ostra segrega un jugo y ese jugo transforma el grano de arena en perla. La perla es una herida, un dolor, una enfermedad. Acaso la realidad sea también como el grano de arena que nos alcanza, y la visión del mundo, como la perla, una transformación subjetiva, algo que no es ya lo original, sino un producto elaborado por el dolor, emanado de nosotros mismos. La realidad en sí se nos escapa, lo mismo hacia fuera que hacia dentro. Vivimos en un plano intermedio. Nunca nos es dado saber lo que somos efectivamente. Sólo podemos transformar el dolor, llegando a sentirlo como placer. Es decir, todo es creación. En último término dependemos de la potencia, del valor y de la voluntad de creación. Da lo mismo lo que existe o lo que se cree que existe. Ni lo uno ni lo otro es aprehensible. Y tal vez lo último nos sea más accesible que lo primero.

La ballena tiene en su cola un punto en el cual se la puede herir mortalmente. Para que perciba el dolor, o sepa que ha sido herida, el estímulo deberá recorrer muchos metros de carne espesa, distancias difíciles, grasas y nervios escondidos. Cuando la ballena siente el dolor, quizá le sucede como a nosotros al contemplar una estrella cuya luz ha debido atravesar millones de años para llegarnos. La estrella puede haber desaparecido ya. Del mismo modo, la cola de la ballena puede haber muerto; pero la ballena aún no lo sabe, pues el dolor que le llega es el de millones de años-luz.

El sol se ha puesto; en la refracción de la luz aún lo veo en el cielo de la tarde. La realidad está más allá de la realidad; se origina en la mente, en un centro vibratorio, en algo que no se puede alcanzar si no es creando, transformando, inventando, perdiéndose o divinizándose.

¿Sabrá esto la ballena? Por lo menos yo creo que lo saben los hielos. No me parece que sea asunto privativo del hombre, sino común a la creación. Hacer diferencias entre la naturaleza animada e inanimada, es una simplicidad nuestra. En el cosmos todo es vivo y sensible. La diferencia es de grados y categorías. La distinción es real únicamente en los valores de la razón que clasifica de modo antojadizo y personal. Pero el juego es uno, y la condenación y el engaño, universales.

Voy a intentar explicar aquí cómo también los hielos efectúan un juego semejante y se engañan a sí mismos, con una ironía muy similar a la

del hombre. Pero antes, diré que al regresar un día a la base en construcción, divisamos sobre el blanco manto de nieve, que se extiende hacia el este, por encima de la península, dos puntos negros, parecidos a hombres, que observaban nuestra llegada. Los puntos se movieron, deslizándose hacia el sur, para desaparecer. Pudo ser un espejismo, una visión producida por el viento poderoso del este que bate las planicies nevadas de manera incesante; pero en la mente de todos quedó palpitando una incógnita.

La bahía se mostraba despejada de hielos últimamente, los que eran arrastrados por las corrientes polares y el viento de esos sitios. Era fácil fondear ahora a corto trecho de la base, recomenzando la descarga de los materiales.

Una mañana, Fellenberg y yo descendimos a tierra. Después de vagar un rato solitario, sorprendí al fotógrafo inclinado sobre unos témpanos en la ensenada que queda a espaldas de la base. Estaba fotografiando unas aristas del hielo.

Y es de esto de lo que deseo hablar.

Al comienzo, Fellenberg no reparó en mi presencia. Tan ensimismado estaba. Mas, pronto, el crujido de la nieve le hizo volverse. Tenía los ojos perdidos, como quien retorna de otras distancias. Debíó dejar pasar un rato hasta habituarse. Entonces me hizo señas para que me acercara.

Me mostró exactamente los puntos de los bloques de hielo que estaba observando con una lente de aumento y que luego reproducía en la cámara oscura de su máquina. Eran pequeños trozos, ángulos, aristas irregulares. La luz caía sobre esos puntos y se descomponía o refractaba como en las distintas secciones de un diamante. Todos los colores del arco iris jugaban, combinándose en una movilidad asombrosa; semejantes a una fuga de sonidos escalaban y ascendían repitiendo el motivo o traspasándolo en diferentes tonos, hasta el extremo de la escala cromática. Después, retornaban al origen, en un movimiento de pasión, o de sublime ironía. Y todo quedaba envuelto en un temblor irradiante, de magia y de sortilegio.

—Lo interesante —dijo Fellenberg— es que esto se produce en un pequeño punto del témpano. En una milésima de su espacio. El resto permanece opaco y nada debe conocer del glorioso suceso que, después de todo, no altera la realidad de su existencia fría y pesada. Es una ilusión.

—Quién sabe —dije.

—¡Observe! Ya ha cambiado. ¿Qué resta ahora? Nada. ¿Hay alguna huella del suceso? Ni una partícula guarda la impresión. Depende de donde caiga la luz. Y el tímpano entero, en cualquiera de sus partes, podrá repetir el fenómeno. Toda la fría masa indiferente tiene la misma posibilidad de entrar en éxtasis, alcanzando la vida suprema. Es asunto de donde golpee la luz. ¡Es una ilusión!

—¿Y quién dirige la luz? —le pregunté—. ¿Acaso el azar? No estamos tan seguros de que no queden huellas. Nuestro ojo es limitado. Si nuestro espíritu se compenetrara y nuestro corazón se hiciera de hielo por un instante, podríamos percibir otra cosa; quién sabe si una herida, un éxtasis, o un placer incurab'les. El hielo enloquece en un determinado punto y su locura adopta la forma suprema de la indiferencia y de la ironía. La luz cae... y nadie sabe dónde, ni sobre quién.

Pero Fellenberg ya no ponía atención. Estaba otra vez haciendo funcionar su máquina fotográfica. Ella era su corazón. Su máquina veía más que él mismo, pues le había conferido una parte de su alma. La mejor prueba de ello es que mañana reproduciría una extraordinaria flor de luz. Lo que él no había visto lo captó la lente. Una flor de locura, de amor y de muerte. En el pequeño trozo, en la arista afilada, se abrían sus pétalos de colores veloces y eran verdes y rojos terribles. La instantánea había logrado fijar el momento en que el rojo se descomponía en azul. Y esa transición, esa duda, ya era espíritu; casi inexistente, señalaba la línea de la demencia, de la ilusión y de la alegría. Alegría de la liberación, alegría de la comedia. Porque ahí, en ese punto, la imagen había logrado demostrar que todo era una farsa y que la flor del hielo y de la luz no existía, siendo una imitación, una forma simulada, un juego con la luz; con la complicidad y la aceptación de la luz... Tal vez el hielo y la luz se amaban e iniciaban las múltiples posturas de ese juego. La muerte les esperaba en el extremo. Pero, mientras tanto, creaban, transformando.

—Mire usted, Fellenberg, esa flor luminosa nos prueba que al hielo le sucede como a nosotros. También crea, también pretende ser algo distinto, una flor... ¿Se engaña, acaso? Yo creo que no, si realmente vive el instante de su flor... Al menos se *engaña* tanto como nosotros.

—La diferencia —dijo Fellenberg— es que el hielo no deja de ser

hielo. Es decir, juega fríamente, se mantiene sereno frente a su propio drama.

—Quién sabe —repetí.

Después —no podría asegurar si fue este mismo día— estuvimos observando una gota de agua en una de las innumerables pozas formadas por el deshielo. En esa gota, miles de microorganismos vivían y se agitaban, tomando formas inverosímiles. En la Antártida, la vida es rudimentaria en apariencia, y lo es para el biólogo. Pero adquiere un tono heroico, de epopeya ignorada. La vida busca situaciones interiores, subjetivas, por así decirlo. Durante la gran noche es el reposo, y sólo el gemido del viento y el golpe afilado de las cuchillas de cristal se deja oír en la fría oscuridad. Las grandes profundidades del Océano son negras, como una pupila ciega. Ahí se cimbran las pequeñas esponjas, acunadas suavemente como por una brisa tardía. Esos seres pacíficos, que incrustan sus ósculos en la noche húmeda, son hilados por el balanceo eterno de las aguas y por las corrientes del polo. Sus galerías, sus pasadizos blandos, como panales, albergan a millares de seres diminutos, vermiformes, filiformes, anélidos, que se apegan a sus pasillos, o los recorren al compás de la ingestión del agua del mar. Aman, mueren, combaten, viven de la vida de las suaves esponjas, comen sus lóbulos putrefactos; cual parásitos, le sustraen su alimento y hasta respiran al vaivén del líquido que llena sus grutas y cavernas. Fuera, todo es paz. Oscilaciones rítmicas, imperceptibles, hacen crecer en una existencia idílica; las líneas se curvan, a veces, hasta semejar diminutas copas de árboles de ensueño.

El paso de los seres de agua salada a las lagunas de agua dulce se facilita por la semejanza de temperatura. Cuando llega el verano y se rompe la costra helada del mar, en las playas los guijarros se desnudan, aparecen los musgos y los líquenes, sobre los conchales de lapas polares. Y ahí nacen las algas y los hongos en la maraña del tapiz de musgo. En las pozas de las rocas se mueven las amebas, deambulan protozoos y crustáceos. En la piel de la foca cangrejera vive un piojo pequeñito. Y todas estas manifestaciones de vida son emocionantes, pues luchan por permanecer con una tenacidad y un heroísmo propios de la furia de la creación. Tratan de afirmarse aún aquí, en el más inhóspito lugar, donde sólo las potenciales raíces persisten.

Fellenberg descubrió en la nieve una pulga rara, que se movía y sal-

taba; extraída de ahí pareció morir y secarse. Observada al microscopio era como hormiga con múltiples extremidades. A alguien se le ocurrió ponerla en una gota de agua, a la temperatura del mar, y esa pulga adquirió vida nuevamente, empezando a agitarse.

Las nieves negras están manchadas por millones de esos seres mínimos.

La vida adquiere una intensidad proporcional a su breve tiempo. El invierno congela los mares, cubre el continente. Un cambio leve de temperatura hará imposible la vida a millones de seres. Cabe preguntarse si es tan fervorosa esta voluntad de existencia y si realmente la naturaleza dispersa aquí por millares a sus criaturas. ¿No será más bien que todo se repite y que la vida no termina sino que reposa y se recrea? Es decir, tal como esa pulga, una vez llegado el invierno, los seres de las pozas caen en un sueño total y ya no reviven sino hasta el próximo deshielo. Ellos también han descubierto la inmortalidad, el rejuvenecimiento. La energía es limitada y así se conserva. Da pavor pensarlo.

Existe además una relación entre el color y el polo. Los pájaros negros tienden a desaparecer de estos mares y les es muy difícil alcanzar las latitudes extremas de la Antártida. En cambio, las aves de plumaje blanco soportan el frío mucho mejor. Sus plumas no absorben los rayos de la luz externa e impiden que el calor interior se escape, creando zonas térmicas propias. El blanco es el color del frío. No se sabe cuál de los dos ha precedido al otro. Puede que la Antártida sea Antártida porque es blanca. O al revés. El que quiere conservar calor interno debe evitar el calor del mundo exterior. Los hielos serán ardientes por dentro, en un punto central y desconocido. Y las ballenas tal vez posean un lugar oculto en donde también el color alcanza la intensidad del blanco. Por lo menos allí, en su capa de grasa. La grasa es fría, es antitérmica, es insensible, no permite salir ni entrar las vibraciones. Aísla. El calor de la sangre de las ballenas no se transmite con facilidad a través de las muertas fronteras de su grasa. Por la misma razón la foca, tendida sobre la nieve, vencida por el milenar cansancio que la coge apenas emerge del agua, no derrite el témpano que le sirve de lecho, pues su epidermis es tan fría como el mundo que la cobija. El calor se guarda en un espacio interior, reducido como un cofre, y palpitante como una entraña.

La inteligencia y la voluntad también actúan en la Antártida; parece que lo hicieran desde fuera y con mucha lentitud. Es una intelligen-

cia externa, inquietante, que no tiene prisa, que también se encuentra congelada y que observa como un ojo sin párpados desde las cumbres del cielo velado. Ella necesita edades para modificar las cosas. Los petreles hacen sus nidos subterráneos, aprovechando a veces las galerías de los deshielos. Con los torrentes, con las aguas y las nieves, se inundan estos nidos y las crías mueren ahogadas. Un sesenta por ciento de las crías perece de este modo. Sin embargo, todos los años los petreles repiten el error. Un instinto secular, anterior a su vida en los hielos, los lleva a construir viviendas inadecuadas. El petrel aún no desarrolla el nuevo reflejo, o el nuevo "concepto". La idea, como la luz, aún no alcanza más allá de sus plumas y rebota en el aire delgado. Cae como el sol, desde el cielo; pero lo hace lentamente, sin pasión.

No otra cosa ha sucedido con los pingüinos. Desde que hemos llegado a este lugar, nos acompañan. Sus nidos se encuentran raleados o destruidos por el continuo transitar de los hombres. Muchas crías han sido involuntariamente muertas. Pero ellos no se van y su colonia aún perdura en el roquerío. La mayoría de estas aves son de las familias "papúa" y del "collar". Las últimas llevan este nombre debido a que lucen un barboquejo negro en torno del cuello. El pingüino "papúa" es el que construye los nidos de piedrecitas más primorosos, y el "adelia" es el más descuidado en estos menesteres. El pingüino "emperador", soberbio y grandioso, no se encuentra en estas latitudes subantárticas; contempla las auroras del Mar de Ross, o resiste los vendavales de las tierras de la Reina Maud.

Durante largo tiempo nos ha sido dado observar los juegos de amor de los pingüinos y sus robos de huevos, de polluelos y de piedrecitas de los nidos vecinos. Pero pienso que ya debieran haber partido, pues sus crías son adultas y un peligro inminente se cierne sobre ellos. Los hombres aún los respetan, obedeciendo las órdenes del comandante de dejarlos en paz. Pero llegará el momento en que no lo hagan. Después de tantos siglos solitarios, los pingüinos no acaban de convencerse de la existencia del hombre. Será necesario que se los transforme en víctimas para que la realidad de la presencia humana penetre en su sangre, se haga idea o reflejo, capaz de movilizar sus voluntades. Así el destino, a través de la muerte y la destrucción, cumple con el mandato impuesto por una inteligencia velada.

El terrible dios del hombre alcanzará también a estas criaturas, tal

como antaño llegara hasta los altares y los templos del sol, hoy reducidos a polvo y ruina.

Se destruirá la forma. Sin embargo, todo es como esa flor de hielo. Simulacro, inexistencia. Una fuerza dura y fina, igual que hoja de acero, yendo subterráneamente, crea múltiples apariencias, las que sólo sirven para encubirla, para disimularla, o tal vez para distraerla. Aquí, en el hielo, la forma transmigra. Resurge, resucita. Se ejercita para el más allá. La pulga que un día llevamos a bordo, murió y no murió, porque en el agua reviviría. ¿Estaba viva? ¿Estaba muerta? Pienso que ni lo uno ni lo otro. Primero simuló la vida y luego simuló la muerte. Inventó ambas. Las *recreó*.

Para realizar tanto, se necesita *voluntad*, y, sobre todo, ironía. La flor del hielo nos da la clave y nos indica el camino.

Tal vez, algún día, le pediré a Fellenberg que me regale una imagen de esa flor.

LA GRAN MESETA

El roquerío sobre el cual se construye la base forma una amplia puntilla, unida al continente por esa delgada lengua de piedras, azotada por el oleaje y la marea que asciende desde la ensenada silenciosa. No hay ruido de derrumbes y los tímpanos vienen a cobijarse perezosos y mudos.

Por ese pasadizo de rocas se llega hasta una planicie inclinada y siempre cubierta de nieve profunda. Ascendiéndola, se descubre una pequeña colina desamparada. En la cima de la planicie, bastante más retirado, hacia el sur, divísase un cerro esbelto, que deja caer su sombra por encima de la base.

En la planicie se practica el esquí. Los soldados, el médico y Poncet descienden veloces, como puntos móviles sobre la blanca sabana. Hacia el este se destaca una meseta de hielo y nieve, surcada por sombras y ondulaciones. En dirección al sur aparecen, a veces, las cumbres de la cordillera.

He subido a escudriñar el horizonte. Encontré aquí al comandante Rodríguez, que miraba hacia el oriente. De cuando en cuando volvía su cabeza. En la lejanía monótona, vastísima, un resplandor palpita, como siempre. La gran meseta recoge esta señal y la proyecta desde su escudo de hielos y de escarchas. Esa luz blanca cubre toda la línea del horizonte. Pareciera que en esas distancias una comarca diferente, o tal vez el mar, se extienden. El comandante Rodríguez balancea la cabeza, parece espantar una idea. Al tornar su mirada, me descubre y se sobresalta. Se aleja ostensiblemente de este sitio.

Otro día sorprendí en esa cima al mayor Salvatierra. Estaba sentado en el hielo con una brújula y un mapa sobre las rodillas. También miraba fijamente hacia el este. Ahora el resplandor que proyectaba el horizonte era lechoso y relámpagos lo cruzaban. Toda la lejanía temblaba. Luego volvía a su quietud incisiva y nostálgica.

El mayor también me vio; pero no se marchó como el comandante. En su rostro se dibujó una sonrisa de complicidad.

LA GRUTA ENCANTADA

El pequeño bote penetró suavemente, avanzando con débiles golpes de remo por entre los témpanos inmóviles. A bordo iban Fellenberg, el médico, el comandante Rodríguez, Julián, Poncet y dos marineros. Reconocieron la ensenada de aguas quietas. Dos focas nadaban buceando por bajo de los témpanos; asomaban de vez en cuando su nariz y sus redondos ojos. El bote se aproximó a la barrera, descubriéndose la entrada de una caverna abierta en la pared de hielo. El agua formaba ahí una rompiente, de modo que para acercarse había que esperar el movimiento favorable de la marea. El bote fue arrastrado hasta la boca de la gruta. Pudo verse que era profunda y que el agua se introducía en ella por un pasillo, a través del cual podría avanzar el bote. La decisión fue rápida. Unos enérgicos golpes de remo impulsaron a la embarcación y el movimiento de la resaca hizo el resto. Los hombres se encontraron en el interior de una caverna de hielo, horadada en la entraña del glaciar.

Al principio los ojos se resistían a ver, no a causa de la oscuridad, sino debido a la luz que penetraba a ras del agua, golpeando la bóveda y las paredes de hielo. Algunos pequeños témpanos llegaban impulsados por la corriente e iban a dar contra los muros de la gruta. Del techo colgaban cientos de estalactitas que semejaban barbas de un lobo prehistórico o de un extraño monstruo en cuyo vientre se encontraran los navegantes. La luz se refractaba en esas lágrimas del hielo produciendo nuevos tonos y una mayor movilidad. Al igual que en otras partes, también aquí el trastorno y el juego de la luz repetíase; mas, debido al espacio hermético y al temor de un posible desprendimiento, su influencia y sugestión en el ánimo eran muy superiores. La realidad se alteraba y el frío profundo embotaba la mente, haciendo lentas sus percepciones. A medida que el bote avanzaba, parecíase ir cruzando por distintas escalas del color. Primero el verde; luego el amarillo; después el escarlata y el azul. Las puntas de las estalactitas pendían tan bajas que los hombres debían doblarse para no rozarlas. Hablaban despacio por temor a que el sonido de la voz produjese un derrumbe.

—Esta caverna debe tener una edad fabulosa —dijo Julián.

—Puede que no —respondió el médico con voz muy queda—. Lo que en otros lugares necesita un largo tiempo para formarse, en el hielo se consigue en días o en semanas. También perece con idéntica rapidez.

Para corroborar las expresiones del doctor, la luz trazaba en las paredes toda clase de siluetas y de formas veloces. Rostros, flores, animales, sombras, que sólo duraban un instante y luego desaparecían dando lugar a nuevas creaciones. Sobre el fondo insobornable del hielo, lo que estaba sucediendo en esa caverna era como un símbolo o una imagen reducida del universo. El hombre piensa desde su visión temporal y cree que las cosas persisten, que perduran más allá del instante. El universo es una fábrica de símbolos en tránsito, un juego de la luz sobre un fondo de hielos.

—A lo mejor, encontraremos dibujos rupestres de algún habitante remoto, de un lejano antepasado de la edad glacial —continuó Julián.

—¡Qué más dibujos rupestres que esos colores y estas transposiciones luminosas en las paredes! —dijo el médico—. El habitante remoto es la luz. Ella es nuestro antepasado.

Ciertamente. Esa caverna parecía ser la mansión del Lejano Antepa-

sado. Era el recinto mágico de la luz. Pero de la luz cósmica, increada. Los hombres se cubrían los ojos con las manos y el bote continuaba avanzando por su cuenta hacia el interior, impelido por la tenue corriente. Iban transitando por campos de maravilla; lugares en donde la luz nacía, sembrados en los cuales crecían espigas y flores, y a ellos les era dado asistir a su cosecha y floración. En los amplios calveros solares la púrpura y la esmeralda vivían. Los visitantes se compenetraban de ese suceso instantáneo. La luz es la voluntad creadora de la forma. Es la simiente anterior al símbolo. La luz es el Viajero Errante, el Anciano de los Días.

—Aquí se conserva la memoria de todo lo que una vez fue —decía el médico.

La atmósfera de la caverna se hacía más enrarecida.

De nuevo alguien habló:

—En las cavernas de la edad glacial debe irse hasta el fondo, pues es ahí donde se encuentra el punto sagrado, el santuario anterior al diluvio, las huellas de las manos sin dedos, de las pisadas de pies monstruosos, están grabadas en la oscuridad del final; también el signo hermético.

De pronto la luz se interrumpió. Se hizo una oscuridad total. Los marineros quisieron detener el bote, remando a la inversa, haciendo palanca con los remos en el agua; pero no les fue posible y la quilla tocó fondo y se embarrancó. El ruido del agua, chocando contra una pared frontal, se oía con nitidez ahora. Nadie se atrevió a prender una cerilla. Poco a poco, desde la entrada de la gruta, un débil rayo avanzó por el agua alcanzando otra vez a los hombres. Quizás un témpano interrumpiera el paso de la luz. Hallábanse en el fondo de la gruta. El bote afirmaba la quilla sobre guijarros de hielo y el agua verde golpeaba el muro por el cual ascendían estalagmitas. La claridad se proyectó distinta, extrahumana; rebotaba en el espejo de hielo y no era posible mirar. Los hombres se esforzaban y parece que lograron percibir un círculo que rodeaba a las estalagmitas; como un débil espacio traslúcido, enmarcado por las venas azules del hielo, a través de las cuales corría la sangre inmaterial de la luz. Fijando aún más la mirada, aquello parecía una esfera mágica. De muy adentro, o de muy lejos, asomaban unas sombras. El comandante Rodríguez se aproximó cuanto pudo. Entonces, todos creyeron ver un signo en la circunferencia. Sus rasgos eran precisos; pero quizá se borraría luego. Era algo así como un mapa reproducido en la pared de hielo; una

visión instantánea, retenida en el glaciar, o una memoria presa en el frío. La visión de algo remoto, enormemente lejano, se reprodujo en esa esfera; una vasta llanura, primero, surcada por grietas; luego, sombras y las cumbres de montes escarpados. Cimas y abismos. Un hilillo de agua serpenteaba deslizándose hasta un sitio en donde colosos de hielo interrumpían el paso. Pero el hilillo indicaba el camino; sumergíase por bajo los torreones helados y reaparecía en el centro de un valle. Había un gran lago de aguas tranquilas, que desprendía vapores. A su alrededor crecían árboles y se levantaban viviendas. Veíanse prados de vegetación extraña. Un animal, tal vez un perro, se acercaba a un monte. Y dentro, dibujábase la imagen de un gigante reposando.

Todo esto reflejábase en la pared final de la gruta. Nadie podría asegurar que ello fuera realmente así, ni si todos interpretaban del mismo modo el suceso; pero Rodríguez murmuró:

—¡Ese es el perro! ¡Ahí está! ¿Quién podrá llegar ahí? Habría que ser un hilillo de agua... O estar muerto...

Lo cierto es que ninguno creyó descubrir en esa visión la zona en que se estaba levantando la base. El trazado parecía corresponder a un continente central, infinitamente lejano.

—La caverna se nos ha entregado —dijo alguien—. Hemos descubierto su santuario.

Los hombres se sacudieron. Distante, llegaba el rayo de luz.

Con dificultad alcanzaron la salida de la caverna.

VUELO A BAHIA ESPERANZA

El comandante Urrejola deseaba alcanzar por cualquier medio hasta el campamento inglés de Bahía Esperanza. Como se ha explicado, ésta se encuentra justamente en el extremo norte de la península, en el estrecho que comunica con el Mar de Weddell. En el viaje de exploración, la fragata se puso a la "cuadra" del paso antártico, siendo bloqueada por el *pack-ice*. El comandante temía que igual cosa sucediera de nuevo. Por ello recurrió al hidroavión.

Rodríguez se había trasbordado al petrolero en uno de los viajes periódicos hasta Soberanía, aprovechando un sistema de canje que el comodoro había implantado, con el fin de que los tripulantes del petrolero también pudiesen conocer la nueva base.

Nadie se explicaba por qué el comodoro no solucionaba el problema de un modo más directo; haciendo venir el petrolero aquí. Prefirió mantenerlo al ancla hasta el final de la expedición.

Rodríguez se trasbordó al petrolero y no volvió más.

El comandante Urrejola mantenía fijamente su idea de realizar el vuelo a Hope. Su intención confesada era estudiar un *truck* para la fragata. Púsose en contacto telegráfico con el petrolero y solicitó la venida del hidroavión. El comandante Rodríguez accedió y todos pensamos que volveríamos a verle, con su barba crespa y sus ojos afiebrados.

No fue así.

El ronquido del hidroavión se escuchó antes de que pudiera vérselo. Luego un punto negro se movía sobre el fondo azul y blanco. Voló en círculo sobre la bahía y descendió picando sobre el buque, casi encima de la chimenea. La cabeza del piloto se inclinó y su mano hizo un saludo. Se veían los números pintados sobre las alas. Poco después el Vaught Sikorsky amará a regular distancia y permaneció cimbrándose, hasta que un bote estuvo a su costado. El hidroavión echó el ancla y unos pequeños rempanos golpearon la quilla de los flotadores, como si quisieran cerciorarse de la existencia real de esa *rara avis*.

En el bote desembarcó un joven subteniente de Aviación, de nombre Velásquez. Explicó que el comandante Rodríguez le enviaba en su lugar.

Después del almuerzo, Urrejola subió al hidroavión. Llevaba puesta su "parka" de plumas y, en torno al cuello, su bufanda de seda blanca. Al subir se quitó la gorra para calarse el casco de cuero del aviador. Velásquez le ayudó a ajustarse un salvavidas y el paracaídas. Con todo eso, además de las correas del asiento, Urrejola quedaba casi inmovilizado, logrando apenas sostener la cámara fotográfica, la carta naval y sus prismáticos. El piloto iba en la cabina de proa, pudiendo comunicarse con el comandante por medio de un teléfono.

El hidroavión empezó a moverse hacia el norte. Giró y se puso a co-

rrer sobre la superficie tersa del mar. Descolló limpiamente, ascendiendo por sobre la puntilla. No tomó de inmediato rumbo al sur sino que dio varias vueltas en círculo, de modo que el comandante pudo ver a los hombres que trabajaban en la construcción de la base, haciendo señas. Del mismo modo los marineros del buque le saludaban. Parecían manchas sobre un estilizado listón de acero. Reflexionó en que esa cosa era su barco; constituía su refugio en estos sitios hostiles, en estas soledades. El comandante sintió un ligero estremecimiento; era la primera vez que abandonaba su buque.

No tuvo tiempo de seguir meditando, porque debajo asomaba la Antártida y el hidroavión ponía rumbo al norte, hacia el extremo de la península. Primero volaron sobre el continente, a unos sesenta o setenta metros de altura. Se veía esa sábana lisa, arrugada a trechos, cubierta de líneas, como la palma de una mano. Las grietas profundas surcaban la meseta y era posible contemplarlas hasta el fondo de sus abismos sombríos. Los hielos ondulaban siguiendo la misma dirección del viento. El avión descendió casi hasta juntarse con su sombra de pájaro en la meseta. Urrejola miró hacia atrás. No se divisaban los montes por ningún lado; pudiera ser que en el norte ellos se inclinaran hacia el Weddell. El avión comenzó a girar y a poco el mar surgía de nuevo. Volaron sobre la costa, recorriendo trozos de la barrera y acantilados sombríos. A la izquierda aparecía el horizonte de agua con leves penumbras y con islas lejanas. Urrejola reconoció la rada del este donde permanecieron al paio durante la incursión de la fragata. Descubrió unos bajos fondos en la parte oriental, los cuales se destacaban nítidamente desde el aire. Gran cantidad de hielo se acumulaba y el comandante vio unas islas que no pudo reconocer, debido a la imperfecta representación geográfica de la costa del cuarterón por el que sobrevolaban. Bien podría ser la isla Gordon o la isla Esperanza.

Unos breves instantes más y el rumbo del vuelo se alteró sensiblemente hacia el sur; empezaban a seguir el contorno del litoral oeste del canal antártico. Hacia proa aparecieron las islas D'Urville y Joinville. Innumerables imágenes acudieron a la mente de Urrejola. Ahí, en Joinville, naufragó Larsen. La dramática aventura de Nordenskjöld se reproducía en su imaginación. Y la Bahía Hope comenzaba a verse tal como se describe en el libro en que se narra la expedición de 1901 a 1903. Entre las

dos islas surgió el canalizo que se conoce con el nombre de Paso Activo, al sur del Canal Antártico, en la entrada del Mar de Weddell. Se divisaba la isla Rosamel, desprovista de hielo casi en su totalidad, bastante más pequeña que las otras, y el *pack-ice* cerrado extendíase por toda la amplitud del canal, continuándose en mar abierto, aun cuando desde el aire se observaban algunos pasos claros. Era un hecho que la fragata no podría alcanzar hasta aquí. Sin embargo, la Bahía Hope permanecía libre de hielos. Su contorno le era familiar al comandante en los dibujos de Duse, de la expedición de Nordenskjöld, con sus planicies del lado sur, el ventisquero al fondo, sus imponentes grietas y la figura soberbia del monte Bransfield, guardián de ese extremo de la península, tal cual si una vértebra de los Andes lejanos emergiera de pronto. Urrejola calculaba en unos cien kilómetros la distancia que separaba este punto de su base. "Bien podrían los militares intentar una expedición por tierra para unir la base chilena con la inglesa", pensaba. Cogió el fono, consultando a Velásquez acerca de la posibilidad de amarar. La voz del piloto llegó extraña. Decía que iba a sobrevolar todo el perímetro de la bahía hasta avistar el campamento. Pronto apareció éste y unos hombres saludaron con los brazos el paso del hidroavión.

El amaraje fue perfecto. Mientras se libraba de las muchas correas y movía sus piernas entumecidas, el comandante vio que un bote similar a una chalupa pescadora se acercaba llevando a su bordo a tres hombres.

Los tripulantes del bote venían a invitarles a pasar a la base. Urrejola y Velásquez hablaban inglés. Los recién llegados fueron muy amables. Ya en el bote les explicaron que la bahía era profunda y que ellos no podían conocer si todo el canal estaba congelado, pues, desde el campamento, no había posibilidad de hacer la observación. Habían llegado a este lugar dos años atrás, navegando en un buque especialmente acondicionado. Desde entonces no vieron otros rostros humanos. Debían permanecer un año más en este lugar. Todo esto lo explicaron con naturalidad y con una entonación monótona, sin inflexiones ni emoción.

El muelle lo constituía un roquerío natural; de ahí a la base había un breve trecho. Una restinga de rocas cruzaba de norte a sur. El coro de aullidos de una jauría de hermosos perros del Labrador les recibió. En la puerta de la base podía leerse: "Eagle House", "Post Office" y "No Beer". La base tenía unas ventanas minúsculas y la nieve estaba alcanzando hasta más arriba de la mitad de los muros de madera.

Uno de los ingleses explicó:

—Realmente la iluminación es mala y nos deprime; pero debe tenerse en cuenta que aquí el clima es el peor de toda la Antártida. Cuando en la isla Greenwich ustedes tienen viento de fuerza cinco o seis, aquí el barómetro indica temporal.

El interior era igualmente triste. Componíase de un comedor central rodeado por dependencias, un laboratorio, sala de radio, cocina, cuarto de la dotación, sala para guardar herramientas y un pañol para las correas y los trineos. La biblioteca era nutrida, compuesta de obras científicas. El laboratorio contaba con una cámara oscura para el revelado de las fotografías. En probetas y ficheros se coleccionaba la fauna y la flora regionales. Destacábanse dos calaveras de elefantes marinos.

Los ingleses sirvieron té. Eran cinco; cuatro civiles y un militar radiotelegrafista. El que los dirigía se llamaba J. M. Roberts, un médico de Twyford. Reemplazaba en la dirección al verdadero jefe, quien había partido en una importante expedición por tierra, hasta Bahía Margarita, en el otro extremo de la Península de O'Higgins. El jefe era Elliot, explorador de los Himalayas. Por esa fecha se encontraría en las planicies desoladas de las costas del Mar de Weddel.

El médico inglés fumaba su pipa y observaba con indiferencia a esos extranjeros. Pero le impresionaba el rostro serio de ese marino chileno, joven y cortés, un ser humano que llegaba de pronto entre los hielos. Sin embargo, dos años en este mundo le habían quemado prácticamente el alma; casi sin víveres, alimentándose de la carne de las focas y bebiendo su sangre aún tibia, para ahuyentar el hielo del corazón.

Urrejola miró el techo. No había lámparas eléctricas; únicamente faroles a parafina (1). Se levantaron para salir. Al pasar vieron los instrumentos para medir coordenadas y una completa serie de aparatos meteorológicos. El doctor Roberts explicó que la permanencia de tres años en la Antártida les ofrecía la posibilidad de realizar estudios sistemáticos.

(1) Tiempo después la base de Hope fue semidestruida por un incendio y los militares de la base chilena trataron infructuosamente de prestar ayuda a la base inglesa. Dos cruces señalan el lugar donde reposan los que murieron congelados. ¿Quiénes habrán sido?

Afuera el día seguía abierto aunque el viento empezaba a soplar. Velásquez se adelantó unos pasos en la nieve y sintió que un bulto se le venía encima y el peso de un cuerpo velludo le arrojó de espaldas. Vio encima la cabeza de un perro y sintió su lengua húmeda y su aliento cálido.

Amarrados a una cadena de unos cien metros de largo encontrábanse los perros del Labrador. Permanecían separados, de modo que no se pudieran alcanzar entre ellos. Vivían en la nieve durante todo el año, cavando boquetes para protegerse de los temporales. Eran hermosos, de suaves pelambres aceitosos y aullaban como lobos al cielo claro. Restos de sus alimentos se veían sobre la nieve, carne cruda de foca, huesos roídos. El empleo de estos perros es un arte y una ciencia difíciles de aprender.

Cerca se levantaba un promontorio de nieve. El comandante Urrejola lo escaló para observar la distancia con sus prismáticos. Miraba en dirección de la isla Joinville y pensaba de nuevo en Nordenskjöld. La expedición había sido terrible. Dividida en tres grupos, uno de ellos pasó un invierno a la intemperie. Los hombres tuvieron que untarse el cuerpo con la grasa de las focas y devorar su carne cruda. Tomaron aspecto salvaje y casi no fueron reconocidos cuando por fin arribaron a Snow Hill.

Urrejola también pensaba en Pilniak. Le veía otra vez con un cuchillo en la mano, resbalando sobre el témpano, encima ya de su víctima.

Trató luego de imaginar la meseta del sureste, al otro lado de la cadena montañosa, extendiéndose sin fin, junto al mar. Por ella marcharían ahora algunos ingleses, resistiendo los vientos, los fríos y el implacable sudario de hielo. Quiso interrogar al médico, pero le vio tan lejano, con sus ojos vacíos, casi blancos y su piel exangüe, tan fuera de sí mismo, que prefirió callar, intentando percibir esa claridad que latía como siempre en el confín velado de la meseta.

“Estos hombres han olvidado las palabras —pensó Urrejola—. Sus expresiones están muertas, heladas. Nada me podrán explicar fuera de lo que yo adivine en sus rostros...”

¡Sin embargo, cuánto daría él por marchar con los que iban por la gran meseta, hacia la claridad del sur!

NOCHE DE LUNA

Hacía largo rato que dormitaba sobresaltado. No sabía decir si veía. Una angustiosa sensación de lucidez subconsciente me mantenía sobre la litera. De pronto, alguien me habló. Pensé que sería menos difícil despertar; pero estaba como fuera del cuerpo y me costaba volver. Desperté por fin y vi un rostro opaco. No le reconocí al momento. El hombre llevaba un gorro de lana y estaba cubierto con una casaca de pelo negro.

—El comandante le manda a buscar. Dice que vaya a ver la luna. Le espera en el puente.

Descubrí al marinero y sus facciones empezaron a hacerse familiares.

En la litera de enfrente estaba durmiendo el contador de a bordo; en las dos de abajo no había nadie; sus ocupantes eran un subteniente de máquinas y el oficial navegante. Este último pasaba los días y las noches en el puente, junto al radar y al girocompás. Me puse las zapatillas y la bata de levantar e inicié el camino hacia la torre.

En la caseta, bajo el puente, encontré al timonel. Hacía girar levemente la vara del timón. Le di las buenas noches, y me contestó con una entonación melodiosa, sin volverse.

Una claridad irreal bajaba del puente. Todo estaba allí envuelto en la luz fantasmal de la luna. Al pie de uno de sus instrumentos se encontraba el navegante, la cabeza descubierta y la mirada perdida. Más allá, erraba un personaje extraño, un teniente, o quién sabe si un almirante, seco, alto, con el cabello rubio y el rostro sin barba. Contemplaba a través de los vidrios de la cabina, apoyando sus manos sobre un catalejo que le pendía del cuello. Usaba un chaquetón de finísima piel y sus manos estaban cubiertas con guantes de pluma. En sus labios sostenía una pipa de arcilla y una sonrisa imperceptible le iluminaba el rostro.

Entonces el comandante Urrejola entró, cerrando la puerta tras de sí. Venía vestido con su uniforme de gala y con su gorra blanca. Me estrechó la mano:

—Buenas noches... He aquí la luna...

La atmósfera era cálida; una estufa eléctrica temperaba el ambiente. Los oficiales de la guardia nocturna la mantenían encendida.

La luz irreal nos circundaba, haciéndonos experimentar una singular sensación.

Quise contemplar el cielo y abrí la puerta. Llevaba conmigo el calor de la cabina, por lo que pude permanecer largo tiempo afuera.

Del cielo estaban cayendo capas sucesivas de neblinas lunares. Descendían sobre la bahía cubierta de témpanos de todas formas y tamaños. Algunos pájaros volaban lentamente, como si tuvieran que abrirse paso con dificultad por entre la membrana inmaterial de la luz de la luna. Hasta donde la vista se extendía todo estaba impregnado de esa fantasmagoría. Los montes eran una pura leyenda, una comarca de otro mundo. Convulsos, envueltos en efluvios, parecían visitados por las almas de los muertos. El velo se rasgaba y nuevas capas de cenizas se posaban sobre las nieves. También en el lejano Oasis la luna brillaría y su suave misterio, su encantamiento, sería contemplado por visitantes eternos. La miré, la vi: enorme, próxima, como nunca nadie la habrá observado. Era la luna de la Antártida, la luna del Polo Sur. Se caía por el cielo hacia el mar, hacia el extremo del horizonte, resbalaba en esa atmósfera sutil y delgada que no podía sostenerla. Pálida, un poco menos que los hielos, la luna los tocaba, extendía sus brazos sarmentosos, se deshacía en polvo de cenizas argentadas, como una momia sin tiempo y sin memoria. Entonces un pájaro voló y atravesó su rostro, lo hirió y, al deslizarse hacia la sombra, pareció perderse dentro de su esfera.

Me pasé la mano por el cabello, pues mi cabeza estaba blanca de esa ceniza imantada.

Desde muy antiguo los hombres han temido a la luna, porque su luz produce la locura. Ella está muerta en el cielo.

Regresé al interior. Ahora el frío se me había metido en los huesos.

El comandante ya no estaba ahí. Detrás de su cortina hablaba, hablaba de la luna y de cosas lejanas. Y aquel teniente seguía de pie, inmóvil, fumando su pipa de arcilla. Sonreía con la vista fija en las nieves de comarcas ansiosas.

La rueda del timón se movía con el ruido de un reloj que camina en la noche. El oficial navegante se apoyaba en el girocompás y su rostro estaba blanco. Era un rostro de anciano, envejecido por la luna.

Sucedió así. Me hallaba en la litera. Los párpados se me hicieron pesados como de granito y creo que me dormí. De pronto unos brazos esqueléticos cruzaron por el techo, a través de los hierros. Eran los brazos de la luna. Y el camarote se iluminó con un haz angustiosa, de difuntos. Los brazos me cogieron del pecho y comenzaron a tirar, como para sacarme. Me resistí con todas mis fuerzas y una y otra vez me levanté, volviendo a caer sobre la litera. Por fin esa corriente magnética me venció. Y entonces me vi *fuera*, rodeado de una poderosa claridad, flotando en el aire. Aunque fue sólo un instante, me pareció contemplar un buque varado entre los hielos, junto a los arrecifes de una isla; pero era un navío de otros tiempos. Nadie había en él. Pronto empecé a subir, con lentitud al comienzo, luego cada vez más rápido. Ahora la luz había desaparecido y el espacio era negro. Comprendí que me aproximaba a una esfera. Lo que tanto temía estaba pronto a suceder; la luna me había cogido entre sus tentáculos y su corriente me arrastraba hacia su mundo. Aterrorizado la observé acercarse cada vez más hasta que su círculo tenebroso me ocultó la visión de todo el resto. Ahí estaba, enorme como la tierra, cubierta de sombras y de cráteres. Y yo iba cayendo a gran velocidad. Quise detenerme. Fue imposible. Me resistí con mis últimas fuerzas, pero las sombras se esfumaron para dar paso a una luz aguda y a dos tentáculos, como de pulpo, que me envolvieron. En vano me debatí en contra de esas viscosas fuerzas. La presión era tal, que pareció que el pecho me estallaba. Con seguridad sería tragado por esa vorágine, absorbido por ese mundo azul azufroso.

En ese instante, cuando todo parecía perdido, dos figuras irrumpieron. Eran blancas y con cabellos de hielo. Pronunciaron palabras de un idioma extraño, y la presión desapareció. La corriente que me arrastraba se interrumpió en su centro.

No puedo recordar si aquellos seres llevaban sobre sus cabezas gorros puntiagudos de pieles de foca.

Cuando abrí los ojos, estaba siempre tendido en mi litera y por el ventanuco se introducían los pálidos rayos de la luna. Una hebra de luz jugueteaba sobre las frazadas.

CON EL MAYOR

Me senté en la cámara a leer un libro sobre exploraciones en las tierras antárticas de la Reina Maud.

Se descorrió la cortina, y un soldado de silueta magra se acercó a hablarme:

—Vengo de parte de mi mayor Salvatierra. Le urge hablar con usted. Le espera en su cabina.

Me levanté y le seguí por el pasillo.

¿Para qué me quería el mayor? Recordé su expresión un tanto festiva. De estatura mediana, tenía más bien el aspecto de un burgués y no se imponía de inmediato por su apariencia. Pero en su rostro vagaba una sonrisa imprecisa y sus ojos pequeños relucían algunas veces de manera extraña.

El mayor Salvatierra leía junto a una mesita. Se levantó al verme. Estaba enfundado en su capote militar y con la cabeza al descubierto. Me ofreció asiento junto al ventanillo y se quedó un rato de pie, mirándome sin decir palabra, con ambas piernas abiertas y balanceándose sobre la punta de sus zapatos.

Para evitar la insistencia de esa mirada y de esa sonrisa, me puse a observar el camarote. Había tres literas. Dos eran ocupadas por el comandante de Aviación y el arquitecto. Ninguno de ellos se encontraba en la actualidad en la fragata; Julián dormía en la base en construcción y el aviador se hallaba en Soberanía.

Por fin el mayor habló:

—Le he enviado a buscar porque tengo algo muy importante que decirle. —Y volvió a sonreír.

A duras penas podría intuir dónde deseaba llegar el mayor; pero no sé por qué el corazón me dio un vuelco.

Salvatierra se sentó cerca de la mesa.

—¿Recuerda que nos hemos encontrado allá arriba, en el vértice que da a la gran meseta? Trataba de dibujar una carta de ese territorio... He visto algo fabuloso, extraordinario... Usted también lo habrá visto. ¿No es verdad?

—¿Qué cosa —pregunté.

—He visto una luz que viene del horizonte, del este... ¿No la ha observado usted? —Y los ojos del mayor brillaron como ascuas. Su rostro entero se había transformado, adquiriendo una expresión desusada—. ¡Venga! —exclamó.

Fuimos hasta la mesa donde aparecía una carta dibujada a tinta china.

—Esta es la meseta. Aquí están los montes. Y aquí... ¿Sabe usted lo que hay aquí? ¡El mar! ¿Entiende? ¡El mar!

Vociferaba.

—Lo he sabido por esa luz, por esa claridad. No puede estar muy lejos. En este lugar la península tiene que ser muy angosta. Doscientos, cien, treinta kilómetros, a lo sumo... Porque esa luz viene del mar, es la claridad del Océano. Si estuviera lejos no la proyectaría con tanta intensidad... ¡El Weddell! ¿Se da usted cuenta? Nunca nadie ha cruzado aquí. Son territorios inexplorados. Nadie ha visto las costas del Weddell viniendo desde las costas del Bransfield. ¡Nieves vírgenes, regiones solitarias durante millones de años! ¡Y nosotros escalaremos los montes y llegaremos hasta el mar...! ¡Qué de cosas veremos!

Yo había cerrado los ojos, pues una sensación de vértigo me tomó. ¿Sería verdad lo que estaba ocurriendo? Y me puse a hacer al mayor las más absurdas objeciones; absurdas porque esa aventura era la que yo había pensado realizar con el aviador. Y en este instante, cuando se hacía posible por otro conducto, empezaba a objetarla.

El mayor me mostró una brújula de alta precisión, con montura de oro.

—Es nuestra mejor garantía —me dijo—. Con esta brújula no nos podremos perder.

Y en seguida, de pie:

—Le he enviado a buscar porque pensaba invitarle a mi expedición. Será el único civil. ¿Está usted dispuesto a acompañarnos?

—No deseo otra cosa. Iba a pedírselo en este momento. Mis reflexiones son producto del entusiasmo, pues me siento ya parte en la empresa. Sonrió.

—Lo sabía —dijo—. He pedido permiso para usted al comodoro. Dice que debe entregarle una carta en la que declare que a él no le cabe responsabilidad en su determinación. Que lo hace por su propia volun-

tad. Partiremos dentro de algunos días. Vamos a instalar nuestro campamento en la meseta de hielos. El entrenamiento y la aclimatación son imprescindibles. Llevaremos tres carpas de alta montaña y vamos a construir una caseta en la nieve. Debe preparar un equipo adecuado para trasladarse al terreno en su oportunidad. Y nada más por hoy. Le doy las gracias.

—Yo soy quien agradece, mayor. Usted no sabe...

Me interrumpió, riendo con su risa inquietante. Y sus ojos me atraían, fijos en el umbral.

Me afirmé en la puerta, pues el buque se movía. Y salí del camarote.

ME PREPARO

Una de esas tardes me retiré a mi cabina y escribí varias cartas. La primera fue para el comodoro y la redacté en los términos sugeridos por el mayor. Las otras aún las conservo, pues me fueron devueltas por el oficial contador de la fragata. Las abro ahora, después de tantos años, y las leo. Las he guardado. Tienen la fecha de aquel año, y la tinta es borrosa.

Alguien entró a la cabina. Era el contador de a bordo.

Este marino tenía una personalidad extraña. No le interesaba la Antártida. Ni una sola vez había bajado a tierra en la expedición. Nunca hacía referencias en su conversación al continente en que nos hallábamos. Por eso me extrañó que se refiriera a él ahora, mostrando variados conocimientos:

—Me han dicho que usted formará parte de la expedición. Yo que usted no lo haría. Esa expedición es una locura. No se poseen medios adecuados para realizarla. No hay perros aptos, ni gente con experiencia. El equipo es insuficiente y la época no puede ser peor. Si por casualidad les sorprende un temporal con fuerza doce, ninguno de ustedes volverá. Toda la Antártida está cruzada de grandes grietas en esta época cercana a los deshielos. Septiembre y octubre son los meses buenos. Como compañero de cabina considero mi deber advertirle. Piénselo bien, no se deje llevar por sus fantasías. Mas, si a pesar de todo, no le convengo, le ruego que haga su testamento, y me lo entregue para guardarlo.

Esto último lo dijo en ese tono irónico con que acostumbraba hablar. Creí, por lo tanto, que no debía darle importancia. Pero él insistió:

—Soy el contador de este buque y debo preocuparme de estas cosas. Usted me lo entrega y yo lo guardo, lacrado. Anote en él todo cuanto posee y el nombre de la persona a quien lo deja.

El contador se columpiaba en la litera y estaba satisfecho.

Por fin tenía algo que hacer en la Antártida.

Aquella noche, mientras la claridad se proyectaba en la cabina, yo permanecía inmóvil en mi litera, con los ojos abiertos y velando. Crucé las manos sobre el pecho e invoqué al Ángel prisionero de los Hielos:

“Bajaré a tus dominios. Voy a abrir las puertas del Oasis, que tú guardas”.

Los párpados se me hicieron pesados y un letargo se apoderó de mi cuerpo. Suaves corrientes, agradables al comienzo, recorriéronme de los pies a la cabeza. Y creo que me dormí. Pero frente a mí apareció un tubo negro en forma de espiral, que empezó a dar vueltas vertiginosamente. No podía apartar la vista de este embudo, en cuyo lejano extremo veíase un punto luminoso, como la salida de un túnel. A medida que la vista se acostumbraba a ese *maelstrom* etéreo, una fuerza invencible me cogía del pecho, tirándome hacia afuera y hacia abajo. Sentí espanto. Aunque tenía conciencia del suceso, no poseía dominio sobre él. Por un momento me pareció verme lejos, en un espacio hondo y negro. Una risa sobrehumana repartía sus ecos en ese abismo. Luché, me resistí. Y logré vencer la corriente que me arrastraba. Pero la vencí a medias; porque no pude despertar. Quedé *desdoblado*. Dentro de mi cuerpo y al mismo tiempo fuera. Vibraciones me recorrían entero. Era como un émbolo interno, acelerándose sin control. Y esa fuerza se hallaba incapaz, a pesar de todo, de proyectarme fuera del cuerpo, pues mi conciencia diurna se había introducido en el proceso y, manteniéndome semidespierto, medio en vigilia, enredaba los delicados cables y todas las sutiles conexiones del acontecer oculto. La causa de este desastre bien pudiera encontrarse en ese terror que me había dominado. Otras veces ya había experimentado cosa semejante; pero lo de hoy era de tal magnitud, que mi cerebro parecía estallar. Unas flores luminosas giraban en el espacio. La llama helada acer-

cábase a mi corazón. Un segundo más y todo habría terminado. Entonces ahí apareció un pequeño tiesto de metal, lleno de agua. Con ansiedad, con desesperación, sumergí mis dos manos en él y derramé el líquido en mi cuerpo. Las vibraciones cesaron de manera repentina. Pude abrir los ojos. Y me encontré en la litera, reclinado en la misma posición de hacía un momento.

¿Quién habrá puesto al frente mío ese tiesto de metal?

La serpiente del agua sumergía otra vez al torturado continente.

Y sólo el fuego nos entregará la inmortalidad.

El contador se había despertado en su litera y me contemplaba con los ojos redondos.

EL CAMPAMENTO

Desde temprano, una de las chalupas balleneras estuvo transportando el equipaje. Componíase éste de tres carpas pequeñas, un trineo, un transmisor de radio, teodolitos, esquís, sacos de dormir. El vestuario de cada explorador comprendía dos "parkas", una de piel de oso y otra de plumas. La ropa interior era de seda y de lana. Como se sabe, la seda tiene propiedades aislantes, conservando muy bien el calor. Fuera de las bufandas y pañuelos, se nos entregó un gorro, también de seda, para usarlo bajo los cascos forrados en pieles.

Esperé la tarde para bajar. Dejé a bordo mis frazadas y la provisión de alimentos secos, calculada para un período de unos veinte días. Pensaba volver en busca de estas cosas.

Además del equipo que acabo de mencionar, poseía uno propio, el de mis viejas excursiones de montaña: una "parka" delgada, pantalones de tela gruesa, unas polainas de gabardina, fabricadas especialmente para este viaje, y un pantalón-funda, impermeable. Los zapatos eran gruesos, algunos números más grandes que el pie, para ser usados con varios pares de calcetines. Pude luego comprobar que los zapatos tan amplios son sumamente incómodos y que, después de todo, da lo mismo llevar un par de calcetines que tres. Mis viejos zapatos con clavos eran los mejores y hasta usé con buen éxito calzado rebajado con suela de goma. Los zapatos de esquí me habían sido prestados y me quedaban estrechos.

Cuando llegué a la planicie donde se había levantado el campamento, los militares terminaban su instalación. En el pequeño campo reinaba un entusiasmo contagioso.

Se eligió la parte alta de la planicie, junto a una colina pequeña y rocosa, que serviría de protección contra el viento. Las carpas eran bajas, del tipo "Aconcagua". Sus "vientos" se hallaban tensos y enclavados en la nieve. El día estaba cubierto de niebla. Caminando hasta las rocas, descubrí el refugio construido por el mayor Salvatierra. Era éste un hoyo en la nieve, semejante a un *igloo* esquimal. Sus muros estaban contruidos con piedras revestidas con nieve; encima de ellos se extendieron palos y sobre éstos una tela resistente. La caseta podría pasar inadvertida; semejaba un accidente natural de la planicie.

Sentado junto al hueco de la puerta, se encontraba el mayor, con un lápiz y un mapa en las manos. Al verme me hizo señas. Parecía contento con su refugio y me invitó a pasar. Debimos introducirnos casi a gatas. Dentro había dos camastros. El del mayor y el del capitán Homero Riquelme, oficial de radio. Libros de Geografía y de Matemáticas aparecían cerca de unos faroles a parafina. El piso se había empedrado de igual forma que los muros; sobre él, se extendió otra tela impermeable. Los reflejos y las filtraciones de una luz vaporosa, de color amarillento, entraban por algunos resquicios, sumiendo a la cueva en una atmósfera alucinada y enfermiza.

—Me siento a mis anchas, aquí —expresó—. Al fin estoy en "el terreno" —y esta palabra la empleaba en sentido profesional—. Los militares no nos sentimos bien sobre el agua. Ella es para los marinos, que son gente rara. No entiendo aquello de permanecer en una cáscara de nuez sobre un elemento inseguro. ¡Al fin en tierra! —Y soltó una risita cascada.

Después, el mayor alineó a la gente en un extremo del campamento. Le habló:

—Señores, en este momento empieza la vida de campaña. Todos saben cuál es nuestro objetivo al permanecer aquí. Para alcanzarlo, nos sujetaremos a una férrea disciplina. Haremos entrenamiento diario de esquí, a las órdenes del brigadier Morales. La gente deberá recogerse temprano en sus carpas y aquellos a quienes se designe para las exploraciones preparatorias tendrán que encontrarse en buenas condiciones físicas. Se hará oír un toque de diana simbólico a las seis de la mañana. La diana se to-

cará aunque nadie pueda salir de las carpas por el mal tiempo. Todos cocinarán por turno. La cocina es aquel hoyo. Por turno, también, se recolectará la provisión de agua para el día. Los dos civiles quedan sujetos a la disciplina militar del campamento. ¡Serán nuestros reclutas! ¡Ya nadie puede volver atrás!

El otro civil en el campamento era un joven radiooperador de una emisora de Punta Arenas. Con rostro mustio contemplaba el espectáculo.

En seguida el mayor distribuyó las carpas. El radiooperador ocuparía la primera, con un teniente de apellido Narváez. El sargento y el cabo quedaron en la segunda. La tercera nos correspondió al brigadier Morales y a mí.

El teniente era un muchacho fuerte y alegre. El sargento y el cabo tenían esa apariencia huraña y ruda que, por lo general, oculta un alma sencilla y bondadosa. Del brigadier Morales me ocuparé más adelante. El operador de radio miraba con ojos lánguidos y lacrimosos.

En la cumbre del roquerío se había instalado el aparato transmisor. Ahí encontré esa noche al capitán Riquelme, tratando de comunicarse con la fragata y con el petrolero para fijar un programa de transmisiones periódicas. Era un hombre amable, de trato fino. Tenía unos pelos rubios en la barba y los ojos de un azul destañado. Sonreía siempre. Esa noche no fue posible establecer conexión, limitándose el aparato a expulsar toda clase de ruidos curiosos, parecidos a balbuceos primordiales, a retazos del caos. Aquel bullicio era como una historia sonora de los años anteriores al descubrimiento de la mecánica. Como un remedo de esos ruidos que debieron preceder a la invención de la radio en el cerebro de sus creadores.

La antena, muy larga, se cimbraba en el viento de la noche antártica. Desde lo alto del roquerío se podía contemplar la ensenada silenciosa, medio oculta en la niebla. Por sobre la planicie bajaba la luz lechosa de la meseta, dando a esta noche el aspecto de un día singular, al margen del tiempo.

Me fui hacia la carpa y, con bastante dificultad, entré en ella.

Acostado en su saco de dormir, se encontraba el brigadier. En esos momentos trataba de encender una pequeña lámpara a parafina, para entubiar el recinto. No le dio ninguna importancia a mi llegada. Comencé a desvestirme. Era ésta una hazaña que el brigadier contempló de reojo.

El pequeño espacio de la carpa no habría permitido desnudarse a dos hombres al mismo tiempo. Pensé meterme en el saco de dormir con los pantalones y un chaleco de lana. Pero el brigadier me detuvo:

—No haga eso. Desnúdese por completo. La ropa le impedirá la circulación. El objeto del saco de dormir es el de mantener la temperatura del cuerpo, formando una atmósfera templada que le proteja. Pero el calor tiene que producirlo usted, no la ropa. El saco no deja entrar el frío, ni tampoco salir el calor. Mientras más liviano, más adecuado. Es el objeto de las plumas con que se lo rellena.

“Como las aves —pensé—, y también como la grasa de las ballenas. ¿Qué extraño pájaro o ballenato es este brigadier?”

—Por ahora quédese con la ropa de seda; pero los pies deben estar desnudos, sin calcetines.

Dirigió la operación minuciosamente. Era un hombre rudo, rojizo —la palabra exacta es “rucio”—. No era muy joven. Notábase que deseaba mostrarme sus conocimientos. Pero lo hacía con ese tono cordial, aunque no muy seguro, del que desconoce al camarada que le ha tocado en suerte.

Antes de apagar la lamparita, se encasquetó su gorro de seda, atán-dolo fuertemente bajo la barbilla.

—Haga lo mismo —me dijo—. La cabeza queda fuera y debe permanecer abrigada.

A menudo yo “pienso” tanto durante el sueño, que jamás se me enfriaba la cabeza. Lo que se me enfrían son los pies. Pero le obedecí.

Apagó la lámpara. Y la carpa quedó completamente a oscuras. Estábamos uno al lado de otro. El espacio era tan pequeño que apenas si podíamos movernos. Afuera empezaba a soplar el viento y la tela de la carpa se agitaba. Sobre el piso no había más que una delgada cubierta impermeable. Debajo quedaba el duro hielo y su frío constante, tenaz, pasaba a través de la tela y del saco, llegando a mi espalda, a los pulmones y hasta a los huesos. Lo sentía en forma aguda, casi quemante, sin fuerzas ni poder alguno para combatirlo. Lentamente se iba apoderando de mí, como un dolor irresistible. Todavía los pulmones eran animales tibios, pero dentro de poco serían alcanzados por el cortante filo. Me moví. Traté de ponerme de costado.

El viento traspasaba la carpa.

El brigadier tampoco dormía. Empezó a hablar. No hay nada mejor que las palabras para proteger al hombre. Nos dan aquello que ya no pueden darnos los objetos. Las palabras nos dieron calor.

—En Suiza —me dijo— también he dormido en la nieve de las montañas. Allá son montañas diferentes, otro tipo de rocas, están como domesticadas. No son salvajes como las nuestras. Se las ha cubierto de pinos y el hombre las controla. Hasta la nieve parece menos fría. Hay toda una técnica perfeccionada y compleja para escalar. Aquí las cosas se hacen de otro modo...

Era un hombre distinto el que me hablaba. Con una entonación dulce recordaba su viaje por Suiza. Mezclaba algunas palabras francesas. Parece que la sombra le había transformado.

—Allá estudié la técnica *parallèle*. Cuesta dominarla, principalmente para quien se ha educado en el sistema de las "cuñas".

Con el gorro de seda, sentía un intenso calor en la cabeza. Tuve que quitármelo.

—Las montañas nuestras —continuaba el brigadier— son las que más se recuerdan. No tienen iguales en el mundo. Ahora mismo las echo de menos. En esta sabana enorme, lo que me anima, lo que me impulsa es la esperanza de que esas montañas, que a veces vemos, se parezcan a las del norte. Yo creo que son más bajas. Es a ellas donde debemos llegar. A mi mayor le interesa el Mar de Weddell; pero a mí me interesan esas montañas.

—¡A mí también! Morales, usted y yo buscamos lo mismo —exclamé.

Entonces el brigadier volvió a encender su lámpara, pues le parecía que la entrada de la carpa se había abierto y se colaba el viento. Revisó la cerradura y luego buscó algo entre sus ropas. Pareció encontrarlo:

—Mire —me dijo—, esta es Suiza... Pero es otra cosa la que deseo mostrarle. Esto.

Y me señalaba la fotografía de una mujer en la nieve, vistiendo pantalones de esquí.

—Es mi esposa. Juntos hemos escalado los montes. Ambos tenemos el mismo amor por las montañas. A ella le habría gustado tomar parte en esta exploración.

Después, el brigadier estuvo bombeando su pequeña lámpara, con la

que pretendía caldear un poco el recinto. Y así pasó esa noche, entre la luz y las sombras, hablando ambos de cosas que mañana olvidaríamos y tratando de combatir con los recuerdos la mordedura del hielo.

Hasta que débilmente, entre el ruido del viento y la indecisa luz del alba, escuchamos la diana, como si fuera el grito angustioso de una garganta helada.

EL DÍA

El día estaba cubierto. Nos lavamos sacando agua de un hoyo cavado en la nieve.

Un bote se llevó al radiooperador. Amaneció con fiebre alta y se temía una complicación pulmonar. Lo transportaron en camilla hasta el muelle de la barrera. Me pareció adivinar que el hombre estaba feliz de marcharse.

El mayor Salvatierra permanecía a la entrada de su *igloo*, con la brújula y un mapa sobre las rodillas. Ese buen burgués se había transformado en un hombre fanático y voluntarioso. Con ironía, casi con desprecio, miraba al radiooperador.

Me dijo:

—Ahora quedará un espacio en la carpa del teniente. Es mejor que se traslade ahí. De este modo el brigadier tendrá más comodidad. El es nuestro guía.

Esa mañana escalamos hasta el límite de la planicie. Y el brigadier dio comienzo a sus lecciones de esquí. El mayor y yo éramos los alumnos, porque el teniente esquiaba muy bien y el sargento y el cabo podían deslizarse veloces por la pendiente. Las nociones que el brigadier nos dio fueron las rudimentarias: girar, caminar sobre la nieve blanda, canteo los esquís sobre el hielo, ascender por un plano inclinado, descender en *semiderrapage* y frenar en "cuña". El brigadier estimaba que para este terreno el sistema de "cuñas" era el más adecuado.

Sorprendía ver al mayor repetir una y cien veces la misma práctica, caer y levantarse, cubierto de nieve. Ese hombre ya no era joven; pero mostraba el entusiasmo y el empecinamiento de un muchacho. Golpeado, magullado, insistía para que el brigadier continuara instruyéndolo, a

pesar del cansancio. El brigadier transpiraba y nosotros también, sin que para ello fuera un impedimento el intenso frío. El mayor practicó hasta pasado el mediodía. Sólo entonces regresamos al campamento.

El almuerzo fue cocinado en forma rústica. Entre dos grandes piedras colgaba la marmita. La carne y la verdura eran de conservas. La base alimenticia la constituyó el chocolate y los alimentos secos.

Por la tarde hubo un corto reposo, para luego continuar con los entrenamientos.

El viento sopló fuerte, sin que por ello la niebla se despejara. Sólo al caer la noche vino la explosión de luz blanca sobre el horizonte. Pero fue momentánea, como siempre, porque en seguida retornó esa penumbra irreal.

Nos refugiarnos en las carpas. Y aquella noche fue aún peor que la anterior; porque el teniente Narváez no poseía una lámpara para calentarnos. Estuvimos en la oscuridad desde el principio y ni siquiera la alegría permanente de este oficial pudieron hacernos olvidar el terrible frío. Pienso que él se sobrepuso a la mordedura del hielo, que a mí me mantenía al borde de la "clarividencia". Y digo esto porque, superada la primera etapa de desesperación y dolor del cuerpo, iba entrando en un estado de indiferencia lúcida, como si flotara en un mundo liviano y puede que hasta ardiente, en que el cuerpo era ajeno, como una piedra. Podía, si quisiera, abandonarlo para siempre, sin ninguna emoción ni angustia.

Pero la inflexible voluntad del mayor nos volvería a la conciencia: el toque de su corneta rasgó el alba gris de un nuevo día.

PERDIDOS EN EL MAR

Fui a bordo en busca del resto de mi equipo. El mayor me despidió con la recomendación de volver temprano. Al día siguiente se haría una exploración preparatoria en la meseta.

Todo ese día disfruté de las comodidades de la fragata. Tomé un baño, sabiendo que pasaría un buen tiempo antes de que pudiera hacerlo de nuevo. Después junté las bolsas de alimentos y todas las frazadas que encontré a mano.

Esa tarde las chalupas con materiales seguían yendo a tierra. Lo hacían a pesar de la niebla que no dejaba ver a un metro de distancia.

Me descolgué por una cuerda y entré a una de ellas. La chalupa transportaba madera. Su tripulación estaba completa. Antes de partir, el patrón del bote, un cabo de mar, ofreció a sus hombres un trago de aguardiente. Los marineros llaman a esta bebida la "chica".

Partimos en dirección del muelle. Envueltos en las "parkas", los hombres íbamos bajo un cielo demasiado encapotado para ser sereno. Contemplaba a los marineros bogar en silencio, concentrados. A ratos me parecía que el bote navegara por los aires, entre los vapores de un mundo impreciso. Esos marineros remaban en la eternidad y sus movimientos no tenían sentido. La proa de su chalupa no tocaría jamás un puerto.

Hacía rato que navegábamos. Si mis cálculos no eran errados, ya deberíamos estar atracando a la puntilla. Observé a los marineros y al cabo. Pero ellos no demostraban inquietud alguna; reían, haciéndose bromas. Traté también de reír, participando en la charla de los boteros. De este modo pasó otra media hora. Y el rostro de los hombres no cambiaba. El cabo de mar iba con la barra del timón entre las manos y, de vez en cuando, dirigía palabras casi rituales, ininteligibles para mí.

Con un movimiento involuntario miré mi pequeña brújula de bolsillo. En ella comprobé lo que temía. Marchábamos en dirección opuesta, bogando hacia el norte en lugar de hacerlo hacia el sur. Me dirigí al cabo:

—¿Sabe usted que andamos perdidos? Hace rato que vamos en sentido contrario.

Pero el cabo rió, afirmando que eso no podía ser, porque habíamos partido en buena dirección. Los demás marineros confirmaron. Les mostré entonces mi brújula y ellos me argumentaron que en estas latitudes las brújulas servían poco, pues frecuentemente "enloquecían", debido a la proximidad del polo. El cabo se extendió en una argumentación muy curiosa sobre la posibilidad de que no fuera el polo norte el que atraía la aguja, sino el polo sur que la repelía.

Admiré la tranquilidad de estos hombres, sobre todo al comprender que ellos no estaban seguros de lo que afirmaban.

Intenté un último recurso para convencerles:

—Mantengamos por lo menos el rumbo; de este modo nos será fácil volver, virando en redondo hacia el sur.

Respiré cuando vi que aceptaban esta propuesta. Creo que esto nos salvó.

Porque de pronto las olas comenzaron a levantarse, dando la impresión de que ya no estábamos en la bahía. Por entre la tupida niebla vislumbrábamos a ratos las sombras de unos islotes que luego se perdían. Y después, unos grandes témpanos pasaron tan próximos que la emanación del hielo nos alcanzó con su tajante hálito. El viento soplabá. Y el ruido de derrumbes no muy distantes se dejaba oír entre el oleaje y la niebla.

A nadie le cupo en duda que nos encontrábamos perdidos en el mar. El cabo exclamó sonriendo:

—Parece que su brújula tiene razón. Hace tiempo que yo pensaba lo mismo; mas, ¿qué habría ganado con decirlo? No podemos volver al buque. El capitán se pondrá furioso; creer lo contrario, es no conocerle. Es mejor que tratemos de encontrar la puntilla...

En esta difícil situación el temple de esos hombres se mantenía firme. Estábamos perdidos en la Antártida. El temporal podía desencadenarse en cualquier momento. El clima y el mar nos eran desconocidos. Sin embargo, los marineros no demostraban inquietud.

Tampoco yo sentía temor por la situación en que nos hallábamos. Sólo deseaba, vehementemente, llegar a la planicie del campamento, en donde me esperaba el mayor. Lo que nos ocurría en este bote era para mí un serio obstáculo.

Con especial sentido del humor, los marineros me dijeron:

—¿Para qué vamos a regresar a bordo? Si nos morimos aquí, “pasaremos a la historia de un viaje”.

Comprendí. Pero callé. Porque era su *razón* y no la mía. Y desde aquel instante comenzó una lucha sorda entre ellos y yo. Era la lucha de su mito en contra del mío; del mito del mar en contra del mito de las montañas. Sabía que únicamente el mayor me estaba ofreciendo la posibilidad de un acuerdo entre su mar de Weddell y mis transparentes cumbres.

—Regresemos al buque —insistí—. Cualquiera otra cosa será considerada por el capitán como imprudencia. ¡Usted, cabo, es el responsable de las decisiones que aquí se tomen!

Uno de los marineros dijo:

—En aquella isla, tras la niebla, podríamos pasar la noche.

—¡No! —grité—. Es absurdo. Busquemos la fragata. Recuerde, cabo, no se olvide del capitán. A esta hora ya se habrá notada la falta de esta chalupa y estarán buscándonos.

El miedo que el cabo sentía por el capitán me ayudó a vencerle. Nunca pensé que el irascible capitán pudiera llegar a ser un día mi aliado. Sin embargo, en esta ocasión me favoreció definitivamente. Esos hombres le temían y el sentido de la disciplina se impuso sobre el sentimiento del destino. El cabo prefirió enfrentar el enojo de su superior antes que ser acusado de incumplimiento del deber.

Una hora más bogamos hasta que el oído finísimo de los marineros distinguió unas vibraciones imperceptibles para mí. Era el ruido de los motores de la fragata. El cabo dirigió el bote en esa dirección. La escena de la aparición del buque fue fantasmal. Emergió de la niebla como una mole que se nos venía encima. Sin embargo, estaba inmóvil y anclado. Las nubes huidizas daban la impresión de que se movía; sus cañones y sus chimeneas tomaban proporciones colosales, elevándose por sobre nosotros.

Parece que en el buque también se escuchó el golpeteo de los remos, porque un marinero de guardia dio voces y luego otros se agolparon sobre la escala de a bordo. El capitán se acercó, mirando hacia abajo:

—¿Dónde andaban ustedes?

—Nos perdimos —respondió el cabo, de malas ganas.

—Así lo veo. ¡Qué clase de marino! ¡A ver, denle una brújula de bote a este hombre, para que pueda alcanzar tierra!

Vi cómo el cabo se ponía rojo y me miraba de soslayo.

El capitán le pasó una brújula grande, parecida a una lámpara, y le ordenó zarpar inmediatamente, pues las otras chalupas ya estaban regresando de la puntilla.

Llegamos al atracadero de anochecida, cuando la claridad iniciaba sus señales nocturnas en la planicie. Me despedí de los marineros y cargando mis bolsas y frazadas, ascendí por la pendiente de nieve hasta el campamento.

Un pesado silencio me esperaba. Las carpas estaban cerradas y sólo el capitán Riquelme me recibió junto a la colina. Me dijo que el mayor había ordenado que me recogiese en seguida, pues la gente reposaba pa-

ra partir de madrugada en la exploración de la meseta. No podría tomar parte en ella a causa de mi atraso. El capitán trataba de transmitirme las órdenes del mayor amablemente, para no decepcionarme.

El no sabía que cosas peores pudieron sucederme en esa jornada.

Creo que hasta dormí esa noche. Aunque bien pudo deberse a que bajo el saco de dormir junté varias frazadas para defenderme del hielo.

EL FRACASO DE UNA EXPLORACION

El mayor partió acompañado del brigadier, del sargento y del cabo. Los demás permanecimos en el campamento. El grupo de exploradores subió por la pendiente para continuar hacia el este, por la gran meseta.

Fue una exploración muy accidentada.

Desde el comienzo, la niebla interceptaba casi totalmente la visibilidad. Las grietas aparecieron en la planicie. El brigadier se hundió en una y debieron ayudarle tirando de las cuerdas. Marchaban en fila, sorteando los accidentes peligrosos del terreno. Hacia el mediodía apareció el viento. El *blizzard* les envolvió. Pensaron detenerse, pero como el temporal arreciaba, continuaron en la misma dirección. El mayor quería poner a prueba la precisión de su brújula y el temple de su gente.

En la tarde, el hambre, la sed y el frío se acentuaron. El sargento cogió un puñado de nieve y se lo llevó a la boca. Tenía los ojos hundidos. A poca distancia de ellos, la niebla empezó a girar en torbellinos. Entonces el cabo cayó de bruces, y comenzó a gemir.

El mayor se le acercó y le golpeó con su bastón.

—¡Levántese! —gritó—. ¿Qué significa esto? ¿Acaso no es usted un hombre?

El cabo se sobrepuso y continuó marchando hasta la noche.

Volvieron tarde al campamento, famélicos y tristes. El brigadier parecía desconcertado, aunque erguido. Sólo el mayor sonreía, como siempre, con su rostro cubierto por una barba hirsuta y sucia.

Pasaron los días sobre el campamento. La niebla cerraba continuamente el espacio. A menudo venía el viento del este que asolaba la planicie, impidiéndonos toda actividad. No podíamos cocinar, teniendo que permanecer en el interior de las carpas, inmóviles, y sin tener siquie-

ra un libro para leer. Nevaba a todas horas y las cuerdas resistían apenas el vendaval. Parecía que la tela de la carpa se fuera a partir. El viento se colaba batiendo furiosamente. Nuestro entretenimiento consistía en seguir los hilillos de agua que se deslizaban por el declive de la tela. Si llegábamos a tocar con el dedo, el agua se filtraría. Pero a medida que nevaba, formábase una corteza de hielo por sobre la carpa, que nos protegía, aislándonos.

Durante estos días de encierro forzoso nos alimentábamos de frutas secas y de un cierto concentrado enriquecido con vitaminas. Personalmente había dejado de practicar las recomendaciones del brigadier. Entraba vestido al saco de dormir y me echaba encima cuanto abrigo podía, llegando a acostarme con la "parka" y el capuchón puestos. No se trataba ya de hacer experimentos, sino de salvarse de la congelación. Creo que ni el brigadier en su carpa solitaria estaría cumpliendo con sus reglamentos. Cuando el frío y el viento arreciaban, el teniente y yo tratábamos de darnos calor aproximando nuestros sacos. Menos que seres humanos, reducidos al puro instinto de conservación, nos movía un fuerte deseo de sobrevivir.

Nuestra apariencia debe haber sido igualmente primitiva. Nos lavábamos a veces, cuando conseguíamos salir de la carpa, con una agua amarilla, como orín, en los hoyos del deshielo. Su contacto hería el rostro. El cabello y la barba se enmarañaban. Deducía mi aspecto por el de los otros. El mayor había perdido varios kilos de peso y tenía los ojos rodeados de sombras móviles.

Por fin, el viento se calmó y volvimos a las prácticas de esquí.

Fue éste uno de los peores tiempos de nuestra permanencia en la Antártida. Por suerte no hubo temporal de viento en escala superior. Si ello hubiese sucedido, ninguno de nosotros podría contarlo. La expedición y el campamento se montaron en las más inapropiadas condiciones. Disponíamos de escasísimos elementos; tampoco era ésta la temporada propicia para arriesgarse en exploraciones en la Antártida, ignorando además la configuración de la zona. Sin embargo, soporté con alegría y serenidad todas estas inclemencias. Sólo una cosa rebasó el límite y me exasperó: tener que cocinar. Con el cabo pasamos todo un día encendiendo un fuego que el viento apagaba, cumpliendo así con un oficio para el cual no venía preparado y del que ya no restan conocimientos atávicos en mí.

Un día el comodoro nos vino a visitar. Le vimos llegar al campamento cubierto con su gorro de pieles. Se sentó junto al fuego y bebió con nosotros una taza de té. Contempló el grupo, distraído, cansado, como si muchas veces hubiera hecho esto mismo. Luego dejó caer algunas palabras:

—¿Han visto esa luz?

Era ya tarde y desde la lejanía de la meseta llegaban las señales blancas.

El comodoro se fue, sin volver el rostro. Pero todos nos sentimos con renovados bríos. El mayor me llevó hasta la cima de la pendiente. Extendió el brazo y me habló:

—Esa claridad viene del mar. Es el Weddell. Brilla de noche más que de día. En el día, la niebla nos impide ver. Ya tenemos la experiencia de una excursión diurna. El mar conserva la luz invisible del día, que tal vez sea claro en esos confines, y la proyecta en la noche para indicarnos el camino. La próxima expedición la haremos de noche. Marcharemos en dirección de Hope, hasta alcanzar la base inglesa. Será la última expedición preparatoria antes de la definitiva. Prefiero la noche. ¡Ya no quiero saber más del día!

Entonces me alejé y subí la pequeña colina rocosa a un lado del campamento. Desde allí, y con tiempo claro, se domina la bahía. Me senté sobre una piedra manchada de nieve y de estiércol. Cercana, entre dos rocas, encontrábase una gaviota *skua*. Estiraba su cuello ascético y sacudía sus plumas grises y feas. Solitaria, era como un anacoreta en estas regiones, consciente de su poder, centrada en sí misma, fea y soberbia, en medio de los elementos hostiles. Estiró aún más su cuello y pareció penetrar la niebla en dirección de la bahía invisible. Abrió las alas y se elevó por entre la bruma, hacia el mar.

Me dije: "He aquí el rey de la Antártida. Es duro y cruel; pero se basta a sí mismo, está completo. Es igual que el hielo o que el frío, se encuentra más allá de todo pensamiento. Ninguna definición lo alcanza. El soberano de la Antártida no es la foca linfática, ni el pingüino enternecedor. Es el *skua* cruel y descarnado".

Esta noche, mientras permanecíamos en la carpa, oímos ruidos. Semejaban pasos de alguien que caminara sigilosamente. Desde hacía un

tiempo se escuchaban estos ruidos en las noches. Tal vez fuera el crujido que hace la nieve al endurecerse.

POR LA MESETA, HACIA HOPE

La expedición a Hope se llevó a cabo de noche.

El brigadier iba delante, le seguía el mayor, yo y el sargento. No me explico la razón por la cual se dejó al teniente sin participar en esta expedición.

Nos dirigimos hacia el noreste. Marchábamos en fila, unidos por cuerdas y arrastrando los esquís sobre la nieve blanda.

De esta expedición no es mucho lo que recuerdo con claridad, a pesar de ser la primera en que participé. Tengo una sensación borrosa de haber caminado horas y horas, siempre hacia el norte, con una leve inclinación hacia el este. Luego giramos hacia el Estrecho de Bransfield y las barreras de la península. La marcha era monocorde, casi sin interrupciones. Los zapatos me apretaban y la "parka" de piel de oso me hacía transpirar. La impresión del sudor en un clima de frío intenso, en medio de los hielos, es sumamente desagradable.

Desde la partida, la niebla nos aprisionó y casi no veíamos al que iba delante. Al principio la mente estuvo clara, atenta a los accidentes del terreno; pero luego, la monotonía increíble, el color blanco de la nieve, la bruma pesada que nos envolvía como un saco, que nos dejaba apenas pasar, para cerrarse de nuevo, la luz difusa, existiendo en algún punto más allá de esa niebla, que hacía señales inextinguibles, nos fueron introduciendo en un clima mental también denso, llegando muy pronto a no distinguir el mundo en que nos hallábamos.

El brigadier avanzaba silencioso. De vez en cuando se escuchaba su voz, como si viniera de lo alto.

Cada media hora el mayor indicaba el rumbo. Detrás mío sentía respirar al sargento. A veces la cuerda oprimía mi cintura. Debíase a que el mayor, el sargento, o bien yo mismo, habíamos perdido el ritmo de la marcha.

Se comprende que al caminar de este modo, sumidos en la niebla y en ese mundo fantasmal, pronto las impresiones se confundieron, haciéndose igualmente vagas. Si a todo eso se agrega esa sensación única de frío y

calor mezclados, de hielo y transpiración, el cansancio que no se siente, pero que va introduciéndose en los huesos, entonces hay que aceptar que la mente no pueda fijar los detalles y que el recuerdo de esta expedición sea el de una caminata que bien pudo efectuarse en un solo punto, sin avanzar ni volver, girando todo el tiempo en torno del campamento.

Una hora más de caminar en esa Antártida nocturna y quizá todos hubiéramos comenzado a ver visiones. Pero el brigadier se cansó de la niebla y el mayor debió reconocer que aún estábamos lejos de Hope, a pesar de que en ciertos momentos creyó acercarse lo suficiente al campamento inglés como para descubrir las luces de las instalaciones.

Regresamos tomando la dirección de nuestra base. Y mientras lo hacíamos, el mayor nos explicó:

—Esta expedición será de mucha utilidad para cuando iniciemos la conquista del Weddell. Descansaremos toda la semana y, a comienzos de la próxima, emprendaremos nuestra gran aventura. Nada quedará por conocer. Nada se nos puede resistir.

Hasta entrada la mañana permanecí tirado en la carpa.

En todo el sector del campamento la nieve se había solidificado, de modo que en la superficie había una costra de hielo duro y resbaladizo.

En la tarde alcancé hasta el roquerío. La pendiente se encontraba nevada. Puse un pie en ella y resbalé, cayendo de bruces sobre un cascote de hielo afilado. Una herida profunda sobre la ceja derecha me cubrió el rostro de sangre. Con el pañuelo la restañé. Seguí subiendo hasta la cumbre de la colina. Estuve sentado un momento junto a la roca picada de hielo. Mojando mi dedo en la sangre de la herida tracé con ella unos signos sobre la nieve de la Antártida. Los envolví luego en un círculo. Rojo sobre el blanco, los signos permanecerán adentrándose hasta el corazón del hielo. Aún deben vibrar en esos calveros desolados.

Volví al campamento. El brigadier me curó la herida.

Los días comenzaban a pasar lentos, angustiosos. Al mayor no le veíamos. Se encontraba en su cueva, trazando rutas y estudiando mapas, con la brújula en las rodillas. De vez en cuando se oía su risa cascada.

El sargento y el cabo hicieron algunos intentos por arrastrar el trineo cargado hasta la meseta; pero fracasaron. El mismo brigadier debió reco-

nocer que era un trabajo superior a sus fuerzas; el trineo no podría ir en la expedición. Fue un serio contratiempo. Al dejar el trineo también renunciábamos al radiotransmisor. El teniente Riquelme permanecería junto a su instrumento. No demostró por ello ningún pesar.

Creí ver un buen augurio en que el aparato fuera descartado. La esterilización mecánica de la vida quedaba atrás. El destino tal vez pudiera actuar.

Volví una noche a la altura de la planicie y miré el confín. Allá lejos palpitaba la luz velada y trágica, proyectando sus señales sobre el espejo pálido de la meseta. Busqué los montes; pero la niebla los cubría. Pensé en mis oasis y en que ahí alumbraría el sol blanco de la medianoche. Alguien me aguardaba y la hora estaba próxima. En voz baja repetí: "Por fin he llegado".

Así transcurrían estos últimos días.

Me recogí en la carpa. Mientras soplaba el viento, volví a soñar con los ojos abiertos. Y entonces alguien vino, pisando en la nieve que crujía. Me esforcé para ver y descubrí la imagen del Maestro. Cuánto tiempo que no le veía. Ahí estaba ahora, de pie junto a la colina. Tenía un aire de preocupación y sus ojos me miraban con afecto. Me hizo señas para que me aproximara y le obedecí con gran esfuerzo. Me era difícil levantarme, dejar el saco de dormir y todas esas cosas que me abrigan; entre ellas, el cuerpo.

Me acerqué. El Maestro extendió una mano hacia el hielo.

—Esto quema —dijo—. ¡Qué soledad y cuánta sombra...! ¿Has mirado dentro de esta grieta?

Y me mostraba la boca de un abismo, mientras se inclinaba para contemplarla. Miré también y vi un pozo profundo, sin fin, que llegaba hasta el centro de la tierra.

—Ahí está El —me explicó—. Ahí reside. En lo más profundo crece el hielo; porque el hielo y el fuego son una misma cosa. El fuego helado, de cuya mordedura nadie puede curarse, porque destruye la forma densa, y eterniza. Quien ahí vive es el guardián del fuego y habita entre los hielos. ¿Recuerdas a Dante? Debió cruzar a través de El, hasta alcanzar este mismo sitio en donde te encuentras. Pero en lo alto del cielo brillaba entonces la Cruz del Sur. No la podremos ver ahora hasta que desaparezca esta niebla que la vela. Para lograrlo deberás luchar con El, ahí al-

jo, o aquí arriba. Se aproxima tu prueba. ¿Te atreverás a descender a este abismo en mi presencia? ... ¡Cuántas cosas te serían evitadas...!

Involuntariamente me eché atrás y creo que mi cuerpo comenzó a temblar.

El Maestro exclamó:

—Lo siento. No podré evitarte la dura prueba que te espera en tu vida real. Si te faltan las fuerzas para descender por dentro de ti mismo, entonces tendrás que destrozarte en lo externo, aprendiendo a morir una vez más. Aún te queda tiempo humano en el corazón... Pero no olvides, la prueba que se avecina es dura y si fracasas, dañarás a muchos; porque la vida de los hombres está misteriosamente unida y la aventura de uno alcanza a todos. Existen hilos invisibles que entrelazan la humanidad. Tu triunfo o tu fracaso repercutirán hasta el último confín del Sur...

Volvió el rostro y observó la nieve blanca sobre la cual había trazos rojos.

—¡Estos signos...! Siempre que ellos vibran, yo debo venir... ¿Qué tienes en la frente?

Se aproximó. En sus ojos sorprendí un rápido reflejo.

Y me pasó la mano por la herida.

Sentí alivio.

—Que la suerte te sea leve...

Y le vi partir, sin volver el rostro, separando la niebla con su atmósfera azul.

HACIA EL WEDDELL

El teniente Narváez portaría cien palos cubiertos de brea, para señalar la ruta del regreso, clavándolos en la nieve a intervalos de un kilómetro. Desde las siete de la tarde el campamento estuvo en actividad. Se preparaban las provisiones y los aperos. Los esquís se forraron con una tira de piel de foca para facilitar la ascensión por la pendiente helada.

Los que se quedaban se formaron delante de las carpas. Nos saludaron levantando los brazos. El mayor acababa de salir de su caseta de nie-

ve y estaba despidiéndose de sus hombres. Se ató detrás del brigadier, indicándonos que hiciéramos lo mismo en el orden correspondiente. Me tocó después de él. A mis espaldas iba el teniente Narváez.

La primera parte del trayecto se efectuó por la planicie. La niebla nos envolvía como siempre, aunque esta vez era un poco menos densa que en noches anteriores. Distinguía al brigadier haciendo de cabeza y marcando el ritmo de la marcha. Las cuerdas dejaban dos metros de distancia entre cada hombre.

Media hora tardamos en ascender hasta la planicie. Sobre la gran meseta, el mayor cambió el rumbo hacia el sur, para bordear la ladera de ese cerro alto que en los días claros arroja su sombra encima de la base en construcción. Empezamos a subir nuevas pendientes. A causa de la niebla, no pudimos distinguir la ladera montañosa, presentándonos el primer inconveniente de orientación. Tuvimos dudas acerca de si estaríamos girando en torno del cono de la montaña. El mayor se detuvo a consultar su brújula. Y el teniente aprovechó el alto para clavar la primera estaca. La puso inclinada, en dirección del viento. Cuando de nuevo partimos, la estaca era como un punto negro o como una línea amiga sobre la palidez de la planicie. La nieve estaba blanda y se hacía necesario pisar fuerte con los esquís. Sentí que los zapatos me apretaban más que en ocasiones anteriores.

Habíamos ascendido bastante y la brújula nos indicaba ahora el rumbo del este. Siempre subiendo, mantuvimos esa dirección. Aparentemente no volveríamos a cambiarla. Frente a nosotros aparecía una meseta de ondulaciones sucesivas, que se continuaba como olas de un mar endurecido.

Así caminamos durante largo rato, con la misma impresión de días anteriores. Sin distinguir claramente si íbamos por la tierra o por un mundo imaginario. El encapuchado de enfrente era una sombra gris entre humos de pesadilla. El ritmo de la caminata enervaba la mente y la voluntad.

El mayor levantó un brazo y la caravana se detuvo otra vez. El teniente sacudió la nieve de sus esquís y se adelantó hasta ponerse al lado mío. Le vi bien. Tenía nieve en las barbas. Me pidió que tomara una de las estacas con brea que portaba a sus espaldas, dentro de una suerte de carcaj. "Tienes que quitarte el guante", me dijo. Lo hice. Y el frío me

agarró los dedos. La brea era pegajosa y la mano se quedó negra. El teniente clavó este nuevo palo en la nieve, tal como lo venía haciendo cada kilómetro. El viento batía mis guantes, unidos por una cuerda al cuello de la "parka". Entonces el mayor empezó a repartir caramelos de limón y de anís. Me pareció extravagante y me resistí a aceptarlos, pretextando que no me hacían bien. Pero el mayor se enfadó, diciendo: "¡Tiene que comerlos! ¡Se lo ordeno! ¡Usted está bajo mis órdenes! Estos caramelos son absolutamente necesarios". La breve inmovilidad nos helaba, debiendo agitar de continuo los brazos y las piernas.

La meseta prolongaba su pendiente y la temperatura crecía de manera inexplicable. Sucedió de pronto un fenómeno inusitado en la Antártida. Se puso a llover. El agua cayó fina y nos empapó. Mi "parka" rezumaba, mojándose más que las otras. Trataba de aspirar la humedad de la lluvia, tan particular en este aire seco y sin olor; pero era también una lluvia especial, entre vapor y hielo, sin humedad y casi sin agua, como polvillo, o como agujas penetrantes y finas.

Alcanzamos una cumbre, y el viento sopló cada vez con más fuerza. La lluvia cesó y debimos avanzar en plano inclinado, luchando contra el viento. La temperatura volvió a descender y el frío se hizo insoportable, lo que no impedía que al mismo tiempo transpiráramos. Creo que pudimos morir congelados sin que el cuerpo por ello dejara de transpirar. Un ruido como de cristales y tenues chasquidos se producía encima de las ropas; el agua de la lluvia se estaba helando sobre las vestimentas impermeables. El clima irreal de la niebla, unido ahora al viento poderoso y al frío, producía de nuevo esa lucidez cercana a la clarividencia, que hacía mirar los hechos acaecidos con indiferente serenidad, como si también fuésemos antes de hielo, apartados de todo sufrimiento.

Nos detuvimos otra vez.

El cansancio hacía efectivo adentro, de un modo casi intelectual, por deducción o raciocinio: pensábamos que debíamos estar cansados, que no podía ser de otro modo. El frío nos impedía sentir físicamente el cansancio, quitándonos, además, la posibilidad de detenernos para reponer las fuerzas. Hicimos alto por un brevísimo tiempo. Pretendí sacarme los guantes para abrir la mochila y noté que me hallaba completamente cubierto por la escarcha. El agua de la lluvia se había congelado en las cuerdas, encima de los guantes y de los capuchones de las "parkas". Nos sa-

cuadimos unos a otros. El hielo caía en pequeños trozos. En las amarras era tan compacto y duro que no había modo de desatarlas. Instintivamente me llevé la mano a la cara y la sentí fría, como de piedra. La barba era un trozo de hielo. Unicamente entonces descubrí el aspecto del mayor Salvatierra y el de los otros. Parecían ancianos de hielo, cubiertos de estalactitas desde la cabeza a los hombros. Golpeé mi barba con los nudillos y se quebró por la mitad, cayendo con ruido de cristal.

Entonces el mayor nos habló, con voz que salía por entre sus labios escarchados:

—¿Oyen el viento? ¿Huelen? ¿No descubren nada? ¡Es el olor del mar! ¡Es el mar! Este viento viene de muy lejos. Tal vez no tanto. Porque aquí, en la Antártida, todo alcanza lejanías, la vista, el viento... y también nosotros... ¡Hoy llegaremos al mar!

Experimentaba un dolor agudo en los talones y habría deseado quitarme por un momento los zapatos. El mayor estaba de nuevo controlando el rumbo.

La meseta se prolongaba siempre igual. Ahora íbamos sobre el hielo y la piel de foca de los esquís raspaba la superficie. El brigadier marchaba muy lentamente, con vacilación y tanteando con ambos bastones. De este modo continuamos durante algunas horas. Hasta que de improviso el brigadier se detuvo, hundiendo su bastón en el hielo.

—Una grieta —dijo.

Hicimos alto. El mayor consultó:

—¿Es profunda?

—Bastante —respondió el brigadier, mientras sumergía el bastón hasta la empuñadura.

—¿Se puede pasar? —continuó el mayor. Y el tono de su voz era decisivo.

El brigadier dio vuelta el rostro. Adiviné por su mirada lo que ocurría en su interior.

—¿Pasar...? Se puede —respondió.

—¡Bien —dijo el mayor—, para eso estamos!

Y se aseguró la cuerda en la cintura.

Escuché que el teniente comenzaba a silbar muy quedo mientras nos separábamos hasta que las cuerdas se pusieron tensas.

El primero en cruzar fue el brigadier. Lo hizo con cuidado. Pisando

como si quisiera elevarse, como las mulas cordilleranas, clavando un bastón delante y otro detrás. La grieta estaba cubierta por una capa de hielo delgado que crujía y chasqueaba como si se fuera a partir. Le tocó en seguida el turno al mayor. Pasó rápidamente, sin darle importancia, como si estuviese pisando sobre suelo firme. Le seguí. Afirmé un pie y después el otro. Estaba ya sobre la grieta. La capa tenue crujía, se rompía en partes. Hundí un bastón delante y me di impulso. Estuve del otro lado. Mientras cruzaba el teniente, el mayor explicó:

—Es muy difícil que una grieta sea tan ancha como el largo de un esquí. ¡Estoy convencido de que no hay ningún peligro en esto!

Desde ese instante nos encontramos en medio de un campo de grietas y únicamente al término de esta desesperada expedición vinimos a librarnos de ellas.

Las grietas nos rodeaban y el brigadier ordenó que cambiáramos la formación; en lugar de ir uno tras de otro, nos alineamos horizontalmente. Quedábamos distanciados, aunque con las cuerdas flojas entre nosotros. Aún no comprendo la razón de ello. Cada uno iba solitario, abandonado a sus propios recursos.

Por primera vez en la Antártida experimenté la soledad. Una soledad que no era producida por lo externo, sino que provenía del interior. Era una soledad lejana, primordial, congénita a la existencia y que se hacía consciente debido al cansancio casi metafísico que nos dominaba. Intuía, realizaba la fatiga del ser, en las células, en las entrañas; los huesos dolían, con un frío que les penetraba en la médula. El talón me torturaba como si lo estuvieran cortando. A mi alrededor todo era sombras vagas que se desplazaban sin ruido. Niebla gris. Luego, oscuridad impenetrable. No me atrevía a moverme, sino que a pasos lentos, vacilando en esa oscuridad de pesadilla. Al caminar horas entre grietas, sin saber dónde, sin ver a nuestro lado, una invencible sensación de horror se apoderaba del ánimo. Y un deseo irresistible de tirarse en la nieve y reposar por fin. Lo superé con una sabiduría casi ajena. Me ordené seguir adelante. Un gran desfallecimiento se posesionaba del cuerpo, una fatiga blanca subía desde los pies, los que se negaban a avanzar. Era el "abrazo de la Virgen de los Hielos", del que habla Amundsen; la tentación de reposar en el hielo y de probar ese abrazo místico. Me detuve un instante. La

duda me asaltó de improviso. ¿Qué hacía yo aquí? ¿Qué cosa era ese mundo y qué tenía que ver conmigo? En un relámpago se me descubrió lo absurdo de la aventura y me vi como un niño empeñado en un juego sin sentido. Quizá sí estaba próximo a aniquilarme, a dar término a una vida a cambio de un sueño, una sugestión mantenida con engañosa habilidad, transformándome en víctima de mis propias creaciones. La duda me torturó: "¿Acaso me quedara otro camino? ¿Acaso allá, allá lejos...?" Una exultante agua, unos profundos ojos, grandes como el universo... Con rapidez, el corazón volvió a latir y la sangre encontró sus viejos cauces. Sin embargo, en alguna parte de mi ser, una conciencia pura admirábase de este repentino cambio.

La duda ya no me abandonaría hasta el final. El horror, la niebla, el ambiente de pesadilla, las grietas, el ritmo insufrible de esa marcha continua, el frío y la proximidad de la muerte me habían transformado. Ya no era dueño de mí mismo. En el fondo, estaba asombrado de este cambio.

Sucede que en los climas extremos, en las cercanías del polo, se producen curiosos fenómenos y alteraciones de los estados psíquicos.

Un tirón de la cuerda me obligó a avanzar. El inmenso campo de grietas continuaba rodeándonos. Reconocí unos palos negros que el teniente había clavado. Tal vez estaba volviendo sobre mis pasos. Oí una voz que nos ordenada detenernos. Y frente a nosotros se abrió una grieta enorme, como con seguridad no veré otra. Extendíase en zigzag hasta perderse de vista en la planicie. Me aproximé y observé que era negra y profunda, como la grieta de mi sueño. Sentí el mismo terror al contemplarla, no atreviéndome a acercarme demasiado. Entonces todos nos juntamos y nos pusimos a girar siguiendo el curso de esta grieta. Con el brigadier a la cabeza dábamos vueltas y más vueltas. Nunca sabré lo que hicimos para atravesarla. Mas, pronto, nos encontramos del otro lado. Al menos así lo creímos.

De nuevo formamos la fila. El brigadier vacila ahora. Le veo ir despacio. Le oigo respirar con interrupciones, volviendo el rostro para consultar al mayor. Detrás, el teniente marcha vigorosamente aún. No me pide ya que le saque las estacas del carcaj, sino que trata de ayudarme. Hemos llegado al borde de una pendiente, o quizá de un precipicio, pues el brigadier se detiene con brusquedad y espera. Entonces el mayor se pone a gritar y a reír. Salta sobre los esquís y vocifera contra el viento:

"¡He aquí el mar, he aquí el mar...! ¡Huelen, sienten este viento salino? ¡Es el mar! ¡Es mi mar de Weddell...!" Y golpea con los bastones sobre la nieve.

Yo escucho el viento, suavemente lo oigo. Y en medio de él, muy lejos, me parece percibir un aullido penetrante y agudo, que me llama, que me espera...

(Aúlla el Perro)

"¿Eres acaso tú, que me recuerdas los oasis, ese puro y grandioso sueño del comienzo de los tiempos? ¿Dónde te encuentras? Has sido fiel, porque has venido en el instante en que más te necesito, para señalar-me el camino hacia mis amigos, los héroes, los inmortales. Ellos te envían. Y tú aúllas, aúllas en el viento, en la nieve... Diles que ya voy, diles que vacilo, que no estoy seguro de encontrarlos, que aún dudo... dudo de tu aullido... porque bien pudiera ser el viento que sopla en las mesetas desoladas. ¡Perro mío, demuéstame tu existencia, aparécete aquí con tu imagen de bucles rubios, destrozada por los feroces *skuas*! ¿Eres la voz de Dios, o el aullido del Destino? Pienso que si te obedezco me equivocaré. Tiemblo. Estoy débil, no sé lo que me sucede. Una voz que no es la tuya me dice que aún no ha llegado el momento, que bien puede no ser éste el camino. Me dice que debo abandonar el último sueño, que no es por mar, ni por tierra por donde encontraré la paz, ni a los héroes legendarios, a quienes tú hoy sirves... ¡Sueños, agua...! ¡Aúlla contra el viento!... ¡Te he abandonado...!"

El teniente me sostenía del brazo, empujándome hacia adelante. Me observaba con curiosidad.

—¿Qué te sucede? ¿Te ocurre algo?

—Nada. ¿No sientes como aúlla? ¿No oyes al perro?

La sorpresa se reflejó en su rostro. Y me soltó el brazo.

—¡Tú también! —exclamó—. ¿Te estás volviendo loco? ¡Reacciona! No es más que el viento.

Estábamos descendiendo por el abismo. Lo hacíamos cantando los esquís sobre el hielo. Nada se veía abajo. Todo estaba negro, envuelto

en la niebla. La pendiente era casi vertical y sólo con el canto de los esquíes nos manteníamos adheridos a ella. Bastaría que uno resbalara para arrastrar a los otros tres. El mayor no dejaba de comunicarnos que habíamos llegado al fin de la expedición y que el Mar de Weddell se encontraba al fondo de este precipicio. Entonces el brigadier se detuvo. Vi en sus ojos la expresión de un animal aterrorizado. Al encararse con el mayor comprendíase que estaba dispuesto a no seguir avanzando. Una palidez mortal cubría su rostro.

—No veo —dijo—. No sé a dónde vamos. Creo que si damos un paso más será realmente el fin de la expedición, como usted dice... ¡Está bueno con esto! ¡Yo me quedo aquí!

El mayor también se detuvo. Vaciló un instante. En la voz del brigadier descubría el germen de la rebelión. Entonces hizo algo muy extraño. Se dirigió a mí y me miró al fondo de los ojos, como inquiriendo, como preguntándome. Supe así que si le apoyaba, si decía una sola palabra alentándole a seguir, daría la orden. Conmigo de su lado, avanzaría, para cumplir el destino. En un relámpago intuí el misterio de esta aventura: el mayor no era más que el vehículo de mi sueño. El también parecía comprenderlo. Pero si yo dudaba, nada más tendría que hacer... Permanecí silencioso, como una estatua de sal y sufrimiento.

El mayor se irguió cuan alto era, puso sus manos en la cintura y gritó contra el viento, hacia los espacios fríos y el fondo del abismo:

—¡Mar de Weddell, me has vencido! ¡Pero volveré! ¡Ya nos veremos otra vez las caras!

De este modo concluyó la expedición. Nunca supimos dónde habíamos estado ni cómo efectuamos el regreso. Volvimos con mucha más rapidez y facilidad, pues lo hacíamos de bajada. Las estacas alquitranadas nos fueron muy útiles, señalándonos la ruta. A pesar de ello, el brigadier se perdió y no pudo encontrar el camino exacto. Pero el mayor consultó su brújula y nos orientó. La gran grieta no se vio esta vez por ninguna parte y creo que no fue necesario esquivarla. En la cima de las pronunciadas laderas, quitamos la piel de foca de los esquíes y empezamos a deslizarnos velozmente. Debido a que los cuatro íbamos amarrados y a que el mayor y yo no éramos buenos esquiadores, a menudo rodábamos por la nieve, arrastrando en la caída al brigadier y al teniente. Dolíanme cada vez más los pies y apenas si me sostenía ya sobre los esquíes.

A fin de evitar las caídas en conjunto, se efectuó un cambio. Deshízose la formación, para continuar en grupo de a dos. El mayor iría con el brigadier y yo con el teniente. El mayor se ató la cuerda sobre el pecho, mientras su extremo era tomado firmemente por el brigadier, quien marcharía detrás sujetándole cada vez que la velocidad aumentara demasiado. Narváez hizo otro tanto conmigo. De este modo, cuando la pendiente me arrastraba y el viento cortaba con gran fuerza, el teniente frenaba en "cuñas" y la cuerda daba un tirón seco. Me era imposible mantener el equilibrio y caía contra la nieve.

Varias horas se prolongó esta singular carrera por las nubladas planicies de la Antártida. De tarde en tarde divisaba delante, como un punto móvil sobre la sabana de hielo, al mayor y al brigadier. Descendían, rodando a menudo largos trechos.

De improviso, la niebla se deshizo. Fue en un minuto, quizá sólo en segundos. Increíblemente se disolvió en el aire y por primera vez en tantos días, en tan penosas horas, el cielo hondo y sutil del polo apareció diáfano, delgado. A nuestro rededor se hizo el mundo y a nuestros ojos les fue dado contemplar el paisaje. Nos hallábamos a grandes alturas, sobre lomas de hielo y nieve. Hacia abajo deslizábanse suaves colinas ondulantes y hacia atrás, las cimas convulsas que no fuimos capaces de alcanzar. En el cielo aún no aparecía la Cruz del Sur, velada por los resplandores de la luz de oriente. Extasiados ante este milagro, agradecidos, olvidamos el frío y la miseria de nuestros cuerpos. Miramos el panorama que nos circundaba, surgiendo de la nada y de las sombras. Y allá, muy abajo y muy lejos, sobre la franja azul y dilatada del mar, entre témpanos pequeños y vagabundos, divisamos una lucecita que parpadeaba. Era la fragata, anclada en la bahía. Con qué emoción la contemplamos. Ese era nuestro hogar, nuestro refugio en estas vastedades, en este continente de hielo invencible y de misterio defendido por barreras impenetrables.

La última etapa del regreso se hizo individualmente. Fui el último en llegar al campamento. Avanzaba apenas, tambaleando y con los pies destrozados. Era ya de amanecida. Junto a una hoguera nos esperaba un té con aguardiente. Lo bebí a sorbos cortos. Ahí se hallaban los demás, tirados sobre la nieve. El capitán Riquelme les contemplaba con dulzura. El mayor sonreía aún. No se sentía derrotado. Había cumplido con su deber. "Ya volveré...", repetía.

Me alejé hacia el roquerío y escalé la pequeña colina. Iba en busca del nido del *skua* entre las rocas.

Lo encontré ahí. Estaba como siempre, solitario. Estiró el cuello al sentir mi proximidad. Después agitó sus plumas revueltas y se levantó. Oteaba hacia el lado del mar. Empezó el vuelo. Se alejaba hacia las islas del poniente. En el horizonte apareció un punto. Era otra ave de la Antártida. El *skua* del roquerío se reunió con su pareja y juntos se alejaron, describiendo círculos sobre las islas felices.

“Dios mío —me decía—, hasta el solitario invencible, el eremita, el rey, busca su opuesto, su defensa en la soledad. La niebla me impidió verlo antes. ¿Es necesario velar ciertos hechos, para que se pueda cumplir un destino, para mantener la fe y la ceguera necesarias a toda realización? ¿Cuál es la verdad? ¿La niebla o la luz?”

Comprendí que una ironía sutil, una sabiduría traspasada de humor estaba manejando estas últimas horas y desplegaba ante mí símbolos perceptibles, pero ya inútiles.

Vestido, me tendí dentro de la carpa y me dormí. Por mi alma pasaban otra vez las escenas de la expedición y veía la meseta, las grietas insondables. Delante el mayor y el brigadier, detrás el teniente. Alguien más iba con nosotros, alguien que tenía alas de pájaro y que aullaba como un perro. Era un perro con alas; un perro en forma de serpiente, que aullaba dentro de mí mismo, en la base de mi columna vertebral. No, el que aullaba era el brigadier; aullaba como un animal lastimero, hacía el poniente, de donde venía su mujer, aproximándose con unos pantalones de esquí en la mano. Entonces el mayor metió uno de sus bastones en la garganta del brigadier y éste ya no pudo aullar más. Todos nos pusimos de acuerdo para matar al mayor. Le enterramos en la nieve. Y sobre su tumba cruzamos sus bastones y sus esquís. El perro con alas de *skua* permaneció velando. También vino el comodoro y nos explicó: “Hay que evitar que este hombre se immortalice; porque cubierto de este modo por el hielo logrará resucitar eterno. Para impedirlo me quedaré aquí y le haré descubrir otra vez la muerte. Soy especialista en estos manajes, porque yo soy...” No me acuerdo lo que dijo. Pero el comodoro se sentó sobre la tumba de hielo del mayor y se quedó ahí para evitar que resucitara.

A ratos despertaba para volverme a dormir. En algún lugar apareció

el rostro del Maestro. Me miraba con fijeza y curiosidad. Después se hizo un gran vacío en mi corazón. Yo había perdido, yo no fui capaz. Los hielos me rechazaron. Aquel que reside en las tinieblas blancas, en el fuego frío, no aceptó el combate, porque no me encontró lo suficientemente solo. Vio que en mi corazón perduraban aún las esperanzas y las ilusiones. El amor también desplegaba ahí sus alas volando hacia yermas lejanías. ¡Dulce agua, lejano recuerdo, dedos tibios de sangre humana y de consoladora ternura! ¡Olvido y sueño! ¡Rueda de las reencarnaciones! No fui digno del hielo ni de la última desesperanza. Lo sabía ya al partir, con mi corazón henchido de mensajes y de poemas boreales, sujetándome a una última ilusión...

Empecé a aullar, a aullar largamente, entre lágrimas, entre hielos y escarcha. Me dolía el alma, me dolían los pies.

El teniente Narváez me sacudió con fuerza para despertarme. Aproximó su cabeza a la mía. En sus ojos se reflejaba la inquietud.

OTRA VEZ EL BRANSFIELD

Aquel día y el siguiente los pasé tendido en la carpa. El frío me paralizaba; a ratos pretendía levantarme; pero el dolor de las articulaciones y de los pies me lo impedía. Me había quitado los zapatos; los calcetines eran una sola masa sanguinolenta, pegados a la carne viva de los talones y de los tobillos.

A mediodía vino un bote de la fragata y atracó cerca de la barrera. Sus ocupantes subieron hasta el campamento para informar que me trasladarían a bordo. Traían una orden del comodoro en este sentido. Sólo en la tarde me pude levantar y salir al aire. Una niebla delgada dejaba pasar a trechos el cielo claro. Descendí hasta las rocas y esperé el bote. Salté con mucha dificultad por encima de la resaca. Uno de los marineros me ayudó.

A bordo, el capitán me transmitió la orden del jefe de la expedición: debería permanecer en la fragata para ser conducido a Soberanía. Protesté, diciendo que la expedición aún no había finalizado y que no podía abandonarla en este instante.

Pero el capitán insistió en trasladarme a mi camarote, afirmando que mi aspecto era de cuidado.

Ya en mi cabina, me miré en un espejo. La pobre luz me devolvió una imagen irreconocible. Con razón los marineros me miraban con curiosidad. La imagen de un enfermo se reflejaba en el espejo. Los pómulos estaban tensos bajo una piel sucia y transparente, los ojos hundidos detrás de sombras, con señales de un dolor visible. Una barba hirsuta enmarcaba ese rostro en que el miedo había dejado su huella y donde se dibujaba la angustia y la gran desorientación del presente.

Entonces vino el comodoro y se sentó a los pies de mi litera. Estuvo largo rato contemplando la luz pálida. En su rostro había un cansancio de siglos, de edades. Permanció silencioso. Nada podría afectarle ya. Tan-
tas veces había visto a los hombres en trances semejantes. Aunque pudiera ser que un despunte de fe surgiera a veces en su alma. Y tal vez fuera éste el momento; porque en sus ojos la luz jugueteaba y lágrimas parecían abrirse camino. ¡Pero no! Era sólo la luz que creaba sus fantasmas. Fantasmas de lágrimas, fantasmas de esperanzas.

—Lo sé todo —dijo—. Siempre lo he sabido. Siempre lo sabré. Estoy tan cansado...

Y se levantó. Vestido de negro, la luz le daba sobre el pecho.

El comodo se fue cantando por el pasillo. Esa vieja canción del mar y de los hombres...

Otra vez el Bransfield. La proa sube y descende. Las nubes son témpanos que navegan en el azul delgado. Abajo, en el mar, ellos nos acompañan, hablando su lenguaje de mínimos chasquidos, con su frío persistente y sus juegos difíciles. Las ballenas nos enseñan la vida de los mares amplios y sus chorros de vapor unen los horizontes. Las orcas y las palomas blancas llegan como los embajadores de los últimos tiempos. El polo mueve sus latitudes. Y el mar es ya nuestro amigo, seguro de tenernos, como tiene a sus olas.

De espaldas, dejo que mis sueños se pierdan y que mi alma y mi corazón entren en el deshielo. Sobre las aguas del Bransfield, quiero recuperar mi personalidad de hombre y le abro las esclusas al recuerdo.

Pero entonces descubro que mi alma está quemada por los hielos y que es muy difícil que otra pasión que no sea la del frío y la de perderme entre sus témpanos y sus oasis surja de nuevo de sus lejanas y profundidades.